

Elsa Drucaroff

Checkpoint

CHECKPOINT

ELSA DRUCAROFF



Elsa Drucaroff, *Checkpoint*
Primera edición digital: octubre de 2019

ISBN epub: 978-84-8393-652-8

Colección Voces / Literatura 286

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

© Elsa Drucaroff, 2019

© De la fotografía de cubierta: Pedro Roth, 2019

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2019

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Dícese del punto de chequeo, lugar donde hay que detenerse, dar cuenta, responder; allí donde alguien examina el vehículo en que circulo, las valijas que llevo, los documentos que soy capaz de presentar. Refiere sobre todo a frontera, borde, encrucijada.

ANTEÚLTIMA CITA

Aunque las cifras oficiales determinaron ciento noventa y cuatro muertos in situ en el recital de la banda Callejeros, el 30 de diciembre de 2004, tres años más tarde, a raíz de graves secuelas físicas y psicológicas de la tragedia, se suceden fallecimientos de sobrevivientes, elevando la cifra final a ciento noventa y nueve víctimas.

www.wikipedia.com.ar

Ella sabe, tiene la absoluta certeza de que él es una porquería y que la reunión solo va a traerle más dolor y más rabia pero al fin y al cabo es madre. Él está hartado, lo irrita todo de ella: su voz nasal en el teléfono, «tenemos que hablar», el modo en que se la siente respirar por la nariz a través de la línea. Lo irrita que respire. Sabe que está mal, que no debe ser así, que le hace mal a su hijo, es padre y le importa; por eso, para no irritarse todavía más trata de verle la cara lo menos posible, por eso y porque sabe, tiene la absoluta certeza de lo que ella va a decirle y de que va a contestar que no (ella sabe que él va a decirle siempre que no a todo lo que pueda, está segura). Él viene explicándole hace meses que tiene mucho trabajo, que encontrar tiempo para un café es complicado, que se le viene encima el fin de año. Ella insiste porque sabe que él es un padre cómodo que si puede no se ocupa, no se interesa, no destina tiempo para hablar de su hijo con ella, su trabajo siempre está primero, ese trabajo tan interesante pero que nunca da el dinero suficiente cuando ella sabe (tiene la absoluta certeza) que él podría ganar mucho más si realmente lo quisiera, si realmente su hijo le importara, porque él antes, cuando estaba con ella, ganaba mucho más. Ella ha insistido porque tienen que hablar, es importante, es urgente y ella sabe insistir, sostenerse como un tábano; él conoce esa fuerza insoportable, la sufrió, es simple: ella insiste y gana porque si se prueba y se trata y se prueba y se trata y se prueba y se trata sin límite, alguna vez el otro cede aunque más no sea para dejar de escucharla zumbando cuando no se la puede aplastar de un golpe, porque ella no es tábano ni mosca y si la aplastás vas en cana, así que al final, para callar esa voz nasal que se queja todo el tiempo, ese grano infectado en el medio del culo, decís que explote y ya, hasta la próxima vez, que escupa su pus y se seque un ratito, a ver, ¿podés el jueves después de mediodía?

Así que ahora hay una cita. Y ella sabe que va a ser doloroso y además inútil y siente la adrenalina que circula por sus venas, el hueco en el estómago que anticipa la impotencia, el dolor, la rabia que va a sentir cuando él le diga que no, pero está parada frente al placard buscando su mejor pollera, de corte elegantísimo, la que deja ver el final de sus pantorrillas todavía bien

firmes, delicadas, la que resalta sus nalgas redondas y bien paradas (dieciséis años atrás él lo elogiaba), la cintura que desde entonces apenas se ensanchó en tres centímetros, ella sigue delgada y alta, casi no echó panza. Busca la pollera y piensa que es demasiado linda, él va a creer que se la puso para él y además puede parecerle de noche porque es oscura, no se encuentran a una hora para vestir de noche, pero la tela es algodón, se ve que no es de fiesta. Busca el top color manteca, escotado aunque discreto, le queda perfecto bronceada. Pancho se restriega contra sus piernas, ella sabe que el perro la quiere, se agacha y lo acaricia con gratitud, Pancho la entiende y le lame dulcemente la mano, ella sabe que el perro le está diciendo «ánimo, estoy aquí».

Él la ve entrar y le parece repugnante: vieja, agria, ácida, seca (piel arruinada por el sol), desgrasada (grasas consumidas por el odio), mal vestida con una pollera de fiesta y una remera ridícula, no sabe decir por qué. Sabe: dan asco los hombros y los brazos con músculos que se elongan bajo la piel vieja, ejercitados seguro con pequeñas mancuernas. Cuando va al gimnasio él ve mujeres tomando clase y puede imaginarse a esta ahí, los puñitos cerrados aferrando la pesa, golpe rítmico imaginado contra una mandíbula que tiene nombre, el nombre de él, del padre de su hijo, su víctima, el imbécil que una maldita vez se enamoró de ella y fue todavía más imbécil y tuvo un hijo con ella, un hijo hermoso, el sol, la inmensa dicha de su vida pero también el horror de su vida porque hace catorce años que tiene una tenaza que le retuerce los testículos, el pico del buitre que revuelve las entrañas y ella es la tenaza, ella es el pico, Lauti es sus entrañas, su sangre, sus testículos, su vida misma y ella los tiene prisioneros a Lauti y a él. A Lauti le hace mucho daño pero es chico y no tiene claridad para pedirle pará, no sigas, él en cambio entiende todo y ella lo sabe y cuenta con eso, ella sabe que no hay anestesia y disfruta de eso, monstruo viejo de remera ridícula y músculos hechos de tomá, tomá, tomá, su nombre, su nombre, su nombre repetido mil veces en esa guerra enfurecida que libra contra él desde que se separó hace catorce años. Mancuerna y piel sudada, qué asco, qué asco el tostado en la piel pecosa contra el color de la remera, tostado laborioso de balconcito patético de un departamento patético que huele a perro mojado, se descomponía cada vez que iba a buscar a su hijo, trataba de no subir pero a veces Lauti insistía. Cuando tenía ocho años él empezó a pedir que Lauti se tomara el colectivo y él lo esperaba en la parada, o si no caminaba la cuadra que faltaba, no era para tanto, así no tenía que ir, pero la basura de la madre se negaba, decía que era chico y le llenaba la cabeza de miedo a Lauti, pobrecito, qué miedo tenía de viajar, qué horror la vez que se pasó en el colectivo y todos desesperados hasta que lo entregó la policía. Qué bestia, ocho años y él quería que fuera a su casa solo en colectivo, el señor no tenía tiempo para venirlo a buscar, el gran urbanista estaba diseñando barrios para comunidades aborígenes, esos proyectos que se hacen para lograr que el dinero de la mala conciencia de algún país europeo se lave sus culpas y de paso le dé un sueldo apenas digno a un arquitecto brillante que decidió malvivir enseñando en la universidad de Buenos Aires y dedicarse a obras «comunitarias» a costa de su familia, una ong autoportante en busca de ong que banque algo, diseñar plazas y calles para chicos aborígenes que nunca se hacen mientras empuja al chico suyo a viajar en colectivo aunque tenga ocho años, y si digo que no es porque soy una madre imbécil que sobreprotege, y así Lauti tenía once y medio cuando hizo el *acting* volviendo en colectivo de la casa del padre, precisamente, es todo tan claro, no hay que ser psicoanalista para ver que si no se bajó donde debía y se distrajo y se perdió, estaba pidiendo ayuda, le estaba diciendo al padre dejá de hacerme crecer de golpe, ocupate de mí. Cómodo, indiferente, no va a mover el culo para buscar a su hijo, eso nunca, qué quiere decir el amor que proclama. Pero él sabe que ese problema fue superado porque estaba en la naturaleza de las

cosas, como será superado todo un día, Lauti sabrá finalmente quién fue el buen padre en esta historia y quién el monstruo, ahora que está creciendo, ahora que Lauti hace rato por suerte que viaja solo y aunque todavía no se atrevió a plantearle a la madre que no quiere venir solamente los días de visita, esos miserables dos días cada catorce en que lo tiene a su lado, él ya puede hablar todo con su hijo cuando viene a su casa, arreglar todo sin tener que hablar con su madre porque hablar con su madre no sirve para nada.

Y sin embargo ella se las arregla para sentarlo en un café una vez más después de un año, aguantarla personalmente una vez al año es duro, es la primera vez que ha logrado tanta tregua, esta vez sí, desde el cumpleaños anterior, más de doce meses, qué éxito, pero eso no hace menos repugnante tener que mirarla ahora, como si fuera ayer nada más que tuvo que hacer lo mismo, acá está sentada en el bar con su tostado de vieja que trata de no parecerlo, la remera se la debe haber sacado a Camila del placard, robarle ropa a la hija, qué patético, mi mujer siempre dice que las que le sacan la ropa a las hijas dan pena. Pobre Camila, qué hermosa nena era, cómo la arruinó, cómo la odia él a ella porque sabe, tiene la absoluta certeza, de que ella es la única y activa responsable de cómo estuvo Camila, de cómo está.

Ella lo ve llegar y calcula cuánto cuestan las zapatillas que está usando, mira la marca de sus bermudas y piensa que debe haber cobrado algo y que ahora a él le interesa la ropa con prestigio y se la puede comprar. Cambió tanto, piensa, cambió de golpe, ella recuerda el día en que lo vio llegar a buscar a Lauti sin su hermosa barba, sin sus rulos, el pelo cortito, la cara que ella nunca le había visto, no lo conoció así en ese bar de Corrientes a donde ella iba con antiguos amigos de la militancia, aunque la militancia desconfiaba de los intelectuales de café pero iba al café, especialmente a ese, famoso y de moda en los años setenta y también en esos ochenta democráticos en los que ella lo había conocido, en los que tantos exmilitantes pedían perdón por el pasado y ella no, y también por eso él la eligió, por eso y por cosas que valoraba gente con barba y pelo largo como él, barba y pelo largo que de pronto desaparecieron el día en que llegó a buscar a Lauti todavía chiquito y ella lo vio prolijo, súbitamente yuppie (palabra que por entonces se había puesto de moda desprestigiar en los bares de Corrientes) y le preguntó «¿te estás poniendo al día porque cayó el muro de Berlín?». Porque ella sabe que aunque ya no lo reconozca él valora su ironía y el muro había caído nomás la semana pasada y él debe haber sentido que le decía traidor. Por eso ahora se descubre haciendo una humorada muy negra sobre los niños esclavos que cosen en algún lugar de Asia las bermudas que él usa y fabrican sus zapatillas pero se calla cuando él le pregunta si el último estudio de marketing que ella hizo fue para la misma empresa. Cómo se atreve. Qué basura. Cómo es capaz. Le quiere gritar, le quiere pegar. Hace mucho que quiere gritarle y pegarle y a veces lo sueña, sueña que le clava las uñas en la cara y le saca la carne a jirones, que lo muerde y los dientes le entran en las mejillas afeitadas y ella siente la sangre caliente de él en su cara y le mastica la carne mientras llora y le grita que es una mierda, que quiere que se muera. Pero no está soñando ahora, está despierta, es la madre de Lautaro y lo citó en el café para algo necesario, no para insultarlo aunque se lo merezca, aunque le diga esa infamia que le acaba de decir sabiendo todo lo que ella trabaja, las veces que se pasa la noche en vela para mandar a la consultora el informe que cada vez le pagan menos y cada vez quieren más pronto, gastándose los dedos y el cerebro para esos hijos de puta porque tiene que darle de comer a sus dos hijos y él no pasa casi plata, y el otro, pobre infeliz, el otro no pasa ni pasó nunca nada pero ese es un inútil, ese es incapaz de ganarse la vida, no como este, no como el padre de su hijo menor, esta porquería que le está diciendo lo que le dice cuando sabe que a veces pasan semanas

sin que una agencia o una consultora la convoque y ella y sus hijos tienen que vivir como pueden con esa cuota de mierda que él le pasa después de que ella dejó la salud en un juicio por alimentos, esa cuota que el juez subió bastante pero no lo suficiente porque no se fijó en lo que este hombre podría ganar con su capacidad, con su currículum, con su prestigio, si realmente quisiera, si se dispusiera con responsabilidad a ocuparse de su hijo en vez de estar siempre haciendo malabares para vivir de lo que le gusta, como si ella viviera de lo que le gusta, como si fuera tan fácil saber lo que te gusta. Acá está él, humillándola con la mirada, soberbio con su ropa de marca y su cara afeitada desde hace catorce años; ahí está montado en la felicidad egoísta de vivir como se le antoja y que los demás se hagan mierda, que su hijo se haga mierda, que Camila se haga mierda. Camila lo quería tanto, él la cuidaba como un padre y sin embargo no tuvo problemas en decirle a ella no soy el padre de Camila cuando ella le pidió que le siguiera pagando las clases de danza, no tuvo problemas en dejarla sin más danza cuando se fue, quería dejarla sin música a su hija, llevarse el equipo y los discos, qué hijo de puta, no soy el padre de Camila, me decía, hacele al padre el juicio que no le hiciste nunca, por qué la tengo que mantener yo. A ese padre él siempre quería que le hiciera juicio, a ese pobre infeliz, a ese tipito destruido que me saqué de encima hace diecinueve años, cómo le iba a hacer un juicio si no hay nada que sacarle, si formó ya dos familias más y no tiene ni para alimentarlas. Pero a él sí, si no gana más dinero es porque no quiere y además tiene para darme más, la mujer también gana, tienen vacaciones mejores que las mías y cenan afuera, Lauti me cuenta que lo llevan a restaurantes caros. Por eso la lucha por sentarlo acá, por lo de siempre, por la cuota, así que ella está peleando por Lauti y es inteligente y no va a caer en la trampa de responder su agresión canalla sobre los niños esclavos quienes según un e-mail de procedencia dudosa fabricarían ciertas marcas de ropa, marcas internacionales para las que a lo mejor ella sí trabaja, qué sabe ella bien para qué clientes son algunas de las cosas que le piden que haga, qué sabe ella cómo trabajan algunos de los clientes que contratan a la consultora, aunque sepa los nombres de las empresas no lo sabe, no puede saberlo, ella no tiene certezas absolutas salvo la de que tiene que trabajar como una negra, como una niña esclava, para poder vivir y la de que al fin y al cabo es madre y hace lo que sus hijos precisan. Por eso ahora puede tragar el odio y decirle, fingiendo una especie de sordera benevolente, helada dignidad, que quería hablar con él por cosas verdaderamente importantes. Que las cosas están mal, Lauti ya tiene otra edad, sale con sus amigos y gasta mucha más plata, y para ella el trabajo como siempre es impredecible, pasa meses donde no tiene nada pero de pronto le llegan dos encuestas al mismo tiempo y no puede rechazar ninguna porque consultora que se rechaza, consultora que no te llama más, hay momentos donde duerme tres horas por noche durante una semana para sacar todo adelante y después vuelve la sequía y no le dice todo porque le parece indigno, le parece llorón y no va a darle el gusto de lloriquear, pero en la sequía el trabajo sigue porque además de la casa y los chicos, que deberían pero no ayudan, no limpian, no se lavan la ropa, dejan todo tirado, además de los problemas de los chicos, de las anfetaminas que le encontró a Camila, otra vez muy flaca, de lo que le encontró a Lautaro, de las noches en que hay que rastrearlo teléfono por teléfono entre sus amigos para saber dónde está y si piensa volver a casa, además ella tiene que hacer relaciones públicas laborales, hacer acordar a sus proveedores de que está viva, que la llamen, aceptar changas por muy poco dinero para que los que no la conocen descubran que es una profesional de calidad.

Él tiene la absoluta certeza de que conoce todos los argumentos de ella. Escucharla lo irrita. Él sabe que todo lo que ella argumenta desde hace catorce años se resume en algo simple: ahora

que él no la mantiene como la mantuvo (dos mucamas y niñera, casona en Palermo Viejo) ella tiene que trabajar otra vez; ahora que no la mantiene, no hay un hombre que la tenga como ella le contó que su mamá le enseñó que la tenían que tener: como una reina. «Vos te merecés uno que te tenga como a una reina». Él sabe que la mamá de ella es una hija de remil putas y que ella se llevaba muy mal con su mamá cuando la conoció y le contó esto, entre tantas otras cosas, para mostrarle que su madre quería que ella fuera una prostituta legal, una elegante esposa, que su madre tenía moral burguesa, una expresión que todavía seguía de moda en los cafés de la calle Corrientes, aunque ya no en otros lados. Pero entonces no se imaginó que alguna vez ella iba a ir a contarle a un abogado que él la tuvo como una reina y ya no, para que el abogado se lo explicara a un juez y el juez lo obligara a pasar más dinero del que pasaba para Lauti (porque a diferencia del basura de padre de la pobrecita Camila, él siempre dio dinero, sacándolo de donde no tenía), no se imaginó que esa mujer iba a firmar una demanda judicial donde decía que ahora, por culpa de él, tenía que trabajar otra vez.

Otra vez; porque cuando la conoció, trabajaba. Era admirable, independiente y adulta, más grande que él no solo en años, o al menos eso creyó. Había militado en los setenta comprometida hasta las tripas y era mamá de una hija que mantenía sola, ocho años de psicoanálisis y dada de alta (¡De alta! ¡Un psicoanalista famoso, de moda en los cafés de la calle Corrientes, la había dado de alta!). Él apenas empezaba a ejercer como arquitecto y ella tenía ya varios años de profesión. Él estaba lleno de ideas sobre urbanismo y de proyectos sociales para cambiar la calidad habitacional del mundo, pero empezaban tiempos diferentes y le habían confiado apenas la remodelación de un bar en el centro (hizo una maravilla, inventó un bar temático cuando ni la idea se conocía), era su primer trabajo importante y lo cobró muy bien pero ella ganaba por mes bastante más que él, socióloga con muy buenas perspectivas que hasta había traducido del francés un libro de un filósofo de moda en los cafés de la calle Corrientes. Y ahora la tiene sentada ahí, llorando miseria con más de cincuenta años, casi inútil para ganarse la vida, cara y cuello arrugados del sol en el balconcito del departamento de tres ambientes con olor a perro y azulejos color caca de gato, donde nada parece haber sido hecho después de los setenta, previsibles cacharritos y tapices latinoamericanos y una biblioteca despreciable (la de él tiene casi tres mil volúmenes) en la que está seguro, tiene la absoluta certeza de que los únicos libros diferentes de los que ella tenía cuando él la conoció son los que le robó, negándose a que él se los lleve (como sus discos, como su equipo de música, todo comprado antes de conocerla, como hasta el más diminuto adorno que le había regalado a él, personalmente, algún amigo) cuando abandonó la casona que él mismo recicló para que vivieran juntos. Una idiota que malgastó todas sus posibilidades profesionales a partir del nacimiento de Lautaro y ahora viene a contarme que consultora que se rechaza, consultora que no te llama más. Él se acuerda con claridad de ella rechazando consultoras, rechazando agencias, rechazando editores que ofrecían traducciones, pedían revisiones técnicas, se acuerda de él mirándola asombrado, preguntándose quién era entonces en el fondo esa mujer, la madre de su hijo, que cada vez se parecía menos a la que lo había enamorado, que de pronto parecía tener un único deseo real: que tuvieran una casa en el mismo country que una amiga de ella para ir a aburrirse en familia todos los fines de semana en tiempos en que los countries empezaban despacio a ser lo que serían durante el menemismo pero todavía no lo eran, todavía no estaba de moda condenarlos en los cafés de la calle Corrientes, que tuvieran el mejor auto y veraneos burgueses, quería jugar con su bebé rubio como una señora fina que no se ensucia las manos después de que la niñera se lo trajera del parque y le cambiara el

pañal, mientras ordenaba a la mucama que le hiciera la leche a Camila y a él que comprara un televisor exclusivo para el cuarto de la nena (lo compró), para que no se pusiera celosa ahora que tenía un hermanito. Esa mujer que ya casi no ganaba dinero tenía doméstica con cama adentro y le había pedido una segunda mucama para planchar «porque había mucha ropa», más una niñera que llevaba a Lauti a la plaza mañana de por medio «así yo puedo usar esas horas para mí», mientras él no las tenía, él gastaba diez horas diarias en el estudio para sostener todo eso con su excelente sueldo ganado a cambio de imaginar casas para ricos y rumiaba con la almohada proyectos sociales que nadie estaba dispuesto a pagarle de ese modo o incluso a pagarle. Acá está sentada, arruinada, miserable, la mujer a la que le pasó el teléfono esa vez que atendió y la llamaban de México, después Lauti lloró todo el tiempo mientras ellos se gritaban, Camila lo abrazaba y Lauti todavía casi en media lengua decía no peleen más y él vociferaba mientras ella trataba de explicar (pero no sabía cómo) por qué había dicho que no a la editorial grande y prestigiosa. Ella sabe que no estaba entonces ni está ahora en condiciones de dirigir una colección de libros de ciencias sociales, menos aún para la editorial más importante de teoría social que hasta comienzos de la dictadura publicaba en Argentina y entonces planeaba regresar. Ella sabe, tiene la absoluta certeza de que es inteligente y fue uno de los mejores promedios de su carrera, pero no de que la sociología le gusta, ella sabe que no quiere trabajar en algo tan comprometido, tan expuesto, que no quiere que su nombre sea responsable de todo, no quiere estar arriba de todos esos libros, no quiere que se los critiquen colegas, gente como él que lee y critica hasta la guía telefónica, está mal organizada y él sabe con certeza cómo hacerla bien, todos son imbéciles, nadie se da cuenta de lo que él se da cuenta, nadie es tan original, nadie leyó tanto, piensa tanto. Ella no tiene la culpa de que él se haya entusiasmado así con ella cuando la conoció. Ella no quiere un lugar visible, no quiere ser socióloga siquiera o no lo sabe, en el fondo nada de lo que estudió le interesa tanto, la aburre interpretar encuestas, sabe que es culta y le gustaba ser culta y delgada y elegante y leer francés (hablar, no, no puede hablar, le da vergüenza) y ser la mujer de un profesional brillante de izquierda que sabe ganar dinero. Hoy él sabe lo mismo que ella y además sabe, tiene la absoluta certeza de que ese trabajo pedorro de interpretar encuestas, del que vive, es lo único que ella es capaz de hacer bien, no da para más. Pero en ese entonces estaba enceguecido y creía otra cosa; le compraba libros de Foucault, que en ese momento empezaba a estar de moda en los cafés de Corrientes. Son los mismos libros que hoy, con Foucault tan conocido, están sin haberse abierto nunca en la biblioteca con cacharritos latinoamericanos que ella limpia con plumero las semanas en que hay sequía y tiene un poco de tiempo. Limpiando así, dos días atrás se le ha caído un cacharro grande del último estante y ella ha corrido la cabeza para que no le pegue, entre los escombros rotos en el piso ha encontrado algo como un pan de marihuana, bastante cantidad, demasiada. Doce meses antes había encontrado un porrito en el cajón de Lautaro pero se ve que ahora su hijo ha calculado correctamente que ella le revisa los cajones más seguido de lo que limpia la biblioteca, y además por qué va a tener la mala suerte de que ella limpie el último estante y por qué el plumero va a hacer caer el cacharro que trajeron su papá y su mamá de Machu Picchu, el mismo por cuya posesión una vez él y ella se insultaron a una cuadra del jardín a donde iba Lauti, mientras Lauti miraba para abajo, jugando empedernidamente con el muñeco de un superhéroe por entonces de moda en los jardines porteños.

Ahora ella escucha que él no va a poner un centavo más de lo que dijo el juez, estaba esperando esa frase porque imaginó y planificó este diálogo muchas veces en esos días, y en realidad dijo todo lo de su trabajo impredecible para que él la dijera pronto, como cuando en el

truco apurás tirando el tres para que salte el siete de espadas y ya está, ahora jugamos en serio, te quiero ver contra mi tres en la segunda. Por eso ella pone su carta: la marihuana. Antes de que termine el relato él se encoge de hombros con hastío y le explica lo que ella también sabe que va a decir, que la adolescencia, que un porro no es para tanto. Él la escucha insistir y se harta, se levantaría en ese mismo momento y la dejaría hablando sola, cómo se volvió tan trivial, tan previsible, tan parecida a la idiotez masiva, tan hipócrita, esa mujer con la que fumó una noche hachís para celebrar que dos amigos de ella volvían del exilio, fumando juntos con los militantes devenidos drogonos tardíos que les traían hach desde el viejo continente donde habían pasado años consumiendo por influencia de la izquierda europea y los ecos resacosos del hippismo, los cuatro fumando en Buenos Aires drogas evasivas livianas que desde hacía años él consumía cada tanto como quien se toma una copita de buen cognac y estaban de moda en los cafés de la calle Corrientes pese a la desconfianza de algunos militantes como ella, que en los años setenta las consideraron veneno burgués. Pero él recuerda y entiende que esa mujer temblorosa que probó con él marihuana por primera y casi única vez, que dio unas pitadas al hachís de sus amigos, no es tan distinta de esta idiota que hace lío por un porro de un chico de dieciséis años, y ella habla y se asombra porque le está diciendo que encontró una piedra pesada, compacta, oscura, de donde sale mucho más que un porro, y que no sabe cómo Lauti pudo comprar eso, no sabe si se la está teniendo a otra persona o si la está vendiendo, y él no escucha. Entonces se lo repite muchas veces, le dice puede estar vendiendo, le dice no tiene el dinero para comprar eso, repite y repite hasta que él levanta la voz y también repite el verbo exagerar, hace citas y acusaciones políticas, habla de ejercer el poder y controlar y cita un libro de Foucault que ella tiene seguramente sin abrir en la biblioteca. Después, como ella sigue repitiendo, le pregunta cuánto pesa eso que llama pan y que dice que es compacto y grande, pero ella no lo sabe, él pregunta qué dijo Lauti pero Lauti no dijo nada salvo dámelo, y ella no sabe qué hizo después. Lauti no le habla casi, desde que dos años atrás ella trató de agarrarlo de la oreja y sacudirlo como siempre que estaba furiosa y su hijo frenó su mano en el aire y le dio un empujón, todo diálogo se cortó entre ellos. Desde esa vez ella no quiere que se ponga violento y llama a sus amigos por teléfono o lo llama a él para enterarse de dónde está Lautaro, cómo está. Pero él nunca le pasa información, él no va a ayudarla en su tarea de madre policial porque ya la sufrió como esposa policial, ya la conoce, y los amigos están entrenados para decirle lo que Lauti quiere que le digan. Ahora él está diciendo que a su hijo lo ve bien, que le va mejor en la escuela y es bueno que haya dejado de vender sahumeros en los colectivos, y ella se controla para no levantar la voz y le explica que con ese trabajo el chico tuvo constancia y disciplina, hizo ahorros y que no hay que desvalorizárselo tanto porque lindo o feo, fue la única tarea que por primera vez Lauti se tomó en serio. Él no puede creer que ella pueda describir así que su hijo se suba a un colectivo a mendigar, él no puede creer que ella no entienda que lo empuja a ser un lumpen, lumpen en la terminología marxista, excluido en esa terminología sociológica de moda en los últimos años en que los cafés de Corrientes estuvieron ya no se puede decir de moda, pero al menos con gente, al menos vivos y con cierto prestigio todavía, allá por comienzos de los años noventa. Su hijo trepando a vender en colectivos, actuando como un excluido más entre ese cincuenta y dos por ciento de excluidos que la recesión produjo en Argentina. Él le explica todo eso pero no le dice eso que él sabe, eso de lo que tiene absoluta certeza: que si ella presenta la horrorosa, vergonzosa ocupación que tuvo su hijo (y que él evitó) como una maravilla es porque lo único que le importa es que así no tenía que darle dinero para sus gastos menores. Porque desde que supo lo de los colectivos él le da plata por mes a Lautaro además de la que le pasa a ella, le da una suma que ella ignora a menos que su hijo se la quiera

decir, porque él (y pronto lo va a decir en esta conversación, es la otra frase que ella sabe que él va a decir) no discute ya nada con ella sobre Lautaro, los problemas de Lautaro los arreglamos Lautaro y yo, no tengo nada que discutir con vos, esa es la frase y ahora está apareciendo porque aunque él ha callado, no la ha acusado explicándole el verdadero motivo por el que ella apoya la mendicidad de su querido hijo en el transporte público (y lo ha callado porque puede contenerse, no se descontrola como ella y al fin de cuentas no ha ido a ese bar para agredirla), sí le recuerda que Lautaro dejó de hacer ese «trabajo» cuando él le empezó a pasar dinero por mes. Entonces ella quiere saber cuánto es, exactamente, para así poder entender si las salidas de su hijo, lo poco que ella puede descubrir, espiándolo, sobre su forma de vida, son posibles con esa suma, o si en cambio ella, su madre, y él, su padre, tienen que enfrentar la alarmante y objetiva realidad de que gasta un dinero que no es claro cómo consigue. Pero él la corta secamente porque cuánto dinero le da él a Lauti es un problema de Lauti y de él, yo arreglo mis problemas con Lautaro, vos arreglá con Lautaro los tuyos. Ella sube el tono empezando a explicar el motivo de su pregunta, repite el hallazgo de eso que llama un pan de marihuana y no puede describir, él sube el tono y vuelve a pronunciar palabras como espía, policía, vigilante, él se acuerda de ella interrogándolo de mañana por el contenido de los bolsillos que le revisó cuando dormía, mostrándole una mancha imperceptible de color rosado en el cuello de su camisa usada, afirmando que es de rouge, recuerda su espionaje soterrado, ansioso, el interrogatorio sutil para averiguar si venía de donde había dicho que venía, lo recuerda de los últimos meses pero lo recuerda también de la convivencia entera, de los cuatro años de convivencia, cuando él estaba ciego, enamorado, enternecido, y casi no tenía nada con otras mujeres porque no le daban ganas. Para averiguar y controlar ella perdió toda dignidad si lo creyó preciso, ella es una policía, policía solapada, vergonzante además, tal como es necesario para quien entró en la vida de él exhibiendo hipócritamente discursos irónicos sobre la moral burguesa que si la apurabas incluían, aunque con menos entusiasmo, el desprecio a la fidelidad y estuvieron siempre de moda en los cafés de la calle Corrientes.

Pero él conoce a su hijo, sabe quién es, no puede ser un dealer ni un adicto ni nada así porque él habla con su hijo, no rompió el puente de la comunicación, no gastó su autoridad, su hijo lee cómics de primer nivel, escucha música estupenda, un rock nacional agresivo y social, él cree que es un poco simplón, sobre todo si lo compara con el de su tiempo, pero le gusta que a su hijo le guste, le gusta ver cómo conoce las letras y las piensa y cómo discute magníficamente sobre cine. Hay que escucharlo cuando discute una película con su mujer. Él sabe que su mujer sabe mucho de cine porque a eso se dedica y es estudiosa y seria, su trabajo como periodista especializada es reconocido, pero sabe también que su hijo es muy inteligente y la ha visto a su mujer revisar sus juicios escuchándolo, la ha visto incluso dándole a leer sus críticas antes de publicarlas para que su hijo diga qué opina. Su mujer. A Lauti. Un adolescente que no terminó la secundaria. Él lo ha visto, lo sabe, tiene la absoluta certeza de que Lauti está básicamente bien más allá de algunos problemitas, igual va a preguntarle por el fumo, va a averiguar, él sabe cuánto se divierten cuando Lauti va a su casa esos fines de semana cada catorce días porque su madre horrorosa no le permite ir más, porque ir más le da culpa a Lautaro, como su hijo le dijo llorando, le da culpa verlos a su mujer y a él, le da culpa quererlos, le da culpa divertirse y estar bien con ellos, tan bien los tres, su mujer, él y Lauti, cuánto se rieron, cuánto se amaron y se aman, cuánto aprovecharon en la niñez de Lauti ese tiempo acotado del tiempo que les dieron juez y abogados para disfrutar de su hijo: todos los jueves hasta el viernes a la mañana o a la tarde, según fuera época de escuela, y de

jueves a domingo cada catorce días; poquito en sí mismo, aunque casi siempre ella se las arregló para evitar los jueves, por una cosa u otra, esa basura de mujer que acá está mendigándole, ese buitre sanguinario. Hoy no porque le saqué hora con el médico, hoy no porque a la salida de la escuela va a lo de un amigo y se queda a dormir, de ahí se va a la escuela y va a tu casa cuando sale. Él sabe, tiene la absoluta certeza de que las respuestas que recibió a sus objeciones eran mentiras: el médico no tenía otro horario, era Lauti el que quería dormir en lo del amigo en vez de ir a su casa. Mentir, mentir y mentir, él conoce su capacidad de mentir en carne propia, él sabe (no tiene la absoluta certeza pero está casi seguro) que el embarazo de ella no se debió al pequeño margen de inseguridad que tiene todo método anticonceptivo; él no tiene la absoluta certeza pero está casi seguro de que la negativa de ella a volver a ponerse un espiral fue parte de un plan y que ella se sacó el diafragma una tarde después de la siesta cuando él dormía, así como otras noches revisó sus bolsillos cuando él dormía, se sacó el diafragma sola en el baño para que el semen de él entrara y así él quedara encadenado, las tripas abiertas, el pico del buitre, la tenaza en los testículos y la posibilidad de reclamar y pedir ser tenida como una reina por lo menos hasta los dieciocho años de Lautaro. Ah, cómo quiere él que Lautaro cumpla dieciocho años, ah, cómo deseó que creciera para que la tenaza aflojara, él recuerda con exactitud el dolor insostenible, el pequeño Lauti asomado al asqueroso balcón donde estaba prisionero, pidiéndole perdón desde el segundo piso porque ese fin de semana la madre se negaba a entregárselo. Lauti pedía perdón, papá, perdoname, le decía, y él lo veía, lo escuchaba, la cabecita apoyada en las rejas, la vocecita alta para que él entendiera desde la vereda y le decía no tengo nada que perdonarte, Lauti, vos no tenés nada que ver, esto es un problema entre tu mamá y yo. No llores, mi amor, decía ella, este es un problema entre tu papá y yo, él me muestra su poder con el dinero y yo le tengo que mostrar mi poder aunque no me guste, él no me deja otro remedio, ella se acuerda del hijo de los dos en el balcón y sabe que esa frase horrible que le dijo es cierta y terrible pero justa y no fue ella la que la provocó porque él le muestra su poder con el dinero y ella no tiene otra cosa que Lautaro para defenderse, no le quedó otra cosa cuando se fue y la dejó para que se arreglara con Camila que en dos años iba a ser adolescente y con Lautaro que apenas había dejado de ser bebé, los cuarenta cumplidos y pasados en un mundo donde son los hombres los que eligen y eligen siempre a jovencitas aunque su culito siga parado y sus brazos tengan forma, sola para ganarse la vida a esa edad, obligada a vender su casa, a buscar trabajos como fuera. Él se fue, nada pudo retenerlo, de pronto no la miró más, no la tocó más, hasta el beso en la mejilla lo daba como en el aire, como si le diera asco, se fue y la volvió invisible con su nueva mirada fría, su nuevo aspecto aggiornato, insignificante y vacía porque nada de lo que ella tenía a él le importaba.

Nada no: ella tenía un hijo suyo.

Él sabe que, aún con la disposición del juez, los jueves que le correspondían no se cumplieron casi nunca pero igual él hizo fuerza y en los lapsos que tuvo se instaló en el alma de su hijo; como pudo, como pudieron su mujer y él lo vieron crecer, lo disfrutaron y lo conocen, saben (él tiene la absoluta certeza) que su hijo no es de los que venden marihuana ni está tan mal como ella dice. Puede sufrir, sí, la separación le ha hecho mucho daño y ese monstruo lo ha llenado de culpa por amar a su padre, lo ha llenado de miedos y lo quiere empujar al lumpenaje y el fracaso para tenerlo para siempre con ella, para dejarlo encadenado a la montaña como a él y darle y darle con su pico, pero que fume porros no es nada y él le dice a ella que se tranquilice, que si hay algo, él lo va a averiguar, porque él no está en la situación de ella, le dice, él no ha gastado toda su autoridad con su hijo zamarreándolo por la oreja hasta que el chico creció, se hartó y le levantó la

mano. Ella calla porque sabe que ha gastado toda su autoridad con su hijo zamarreándolo por la oreja hasta que le levantó la mano, sabe que ha criado a su hijo completamente sola mientras criaba a su hija más sola todavía y que a veces los nervios le jugaron una mala pasada y entre las presiones que recibía por trabajo y el dinero que no sobra y las gripes y los antibióticos y la escuela y las hiperinflaciones y el país y los caprichos de Lauti ella se acostumbró a largar la mano, a que la mano se le fuera a la oreja del chiquito, sí, ella hizo lo que pudo, hace lo que puede, se ocupa, se ocupa de los dos chicos, ella no puede decir que tiene que ocuparse de su vocación y por eso va a disolver la sociedad con el otro arquitecto que le daba un ingreso excelente. Ella crio a Lauti lo mejor que logró y lo ama y ahora sabe que su hijo está mal y precisa terapia, necesita dinero para eso, para pagar la terapia, con ese argumento quiere pedir un aumento de la cuota y ha creído que la marihuana en el cacharro alarmará al padre como la ha alarmado a ella. Pero el padre ha minimizado el hallazgo con preguntas objetivas sobre el gramaje que ella no sabe responder. Ni siquiera puede muy bien reproducir el tamaño y la forma del bloque de marihuana porque su memoria visual es pésima y porque no trabaja, como él, con dibujos y reglas y medidas, así que cuando él la tortura poniendo en evidencia la incapacidad de ella para describir, con propiedad, dando un número determinado para un determinado espesor, para una cierta superficie, mostrando aunque sea con las manos una dimensión de la que tenga certeza, algo objetivo para evaluar si realmente el fumo está ahí para consumo personal o para ser vendido (y en el segundo caso él, con todo lo que ama a Lauti, con todo lo que le importa y se preocupa, sí se alarmaría), ella misma empieza a pensar, sin confesarlo, que a lo mejor el padre de su hijo, arquitecto de mundo, viajero con subsidios de ong que conoció lugares que ella jamás pisó en su vida, tiene razón y ella exagera, no es para tanto, no son anfetaminas ni bulimia, lo de Camila es grave pero esto no tanto.

Aunque pensarlo no le sirve porque ella puede no saber si Lauti vende o no vende marihuana pero hay dos cosas de las que tiene absoluta certeza, algo que ningún razonamiento, ninguna cita de autoridad, ningún gesto de desprecio de su exmarido pone en duda, así que las repite: una es que ella precisa más dinero, lo que gana y lo que recibe no alcanzan para criar a su hijo y ayudar a Camila, que está tan mal (aunque ella se cuida de nombrar a Camila); la otra es que Lauti los necesita a ellos dos juntos, necesita al menos comunicación entre ella y él. Pero él es inapelable: no va a poner un centavo más de lo que dijo el juez y yo arreglo mis problemas con Lautaro, vos arreglá con Lautaro los tuyos. Contesta así porque sabe, tiene la absoluta certeza de que las dos cosas que en realidad quiere su exmujer son que él la tenga como una reina y volver a sentarse con él a tomar cafés a cada rato para imaginarse que mantienen alguna relación, que si bien ya no la desea todavía la respeta o la mira o la escucha. En los catorce años que lleva guerreando no se ha resignado nunca a haberlo perdido, para eso se sacó el diafragma esa siesta y para eso propone todo el tiempo encuentros que él evita hasta que no puede más y acá está, tiritando en el aire acondicionado de este café de mierda mientras ella alza la voz recitando la nota (que él sabe, tiene la certeza y se lo dice, leyó en una revista para mujeres o de vida sana y New Age) sobre la importancia de un discurso único en los padres de adolescentes, mientras sigue alzando la voz cada vez más furiosa, desatada, ejemplificando con el drama de Camila, recordando el día en que tuvo que internar a su chica de urgencia y descubrieron que era bulímica y el padre de Camila hizo una escena culpándola a ella en el pasillo del hospital en vez de poner el hombro en la catástrofe. Y él alza la voz recordándole que ella vivía con Camila y no la vio llegar a los treinta y ocho kilos y que un año antes le cortó la comunicación y después lo llamó enseguida para gritarle que

era un hijo de puta, me querés humillar haciéndome creer que mi hija está loca, sos una mierda, maldigo el día en que te conocí, gritaba y lloraba y cortó otra vez porque él había tratado de contarle, preocupado, que su mujer había visto actitudes alarmantes en la conducta de Camila un domingo en que la muchachita fue a visitarlos y no quiso almorzar, sos un hijo de puta, le dijo y él no sabe que cuatro días después de cortarle el teléfono ella fue a consultar a un psicólogo y puso a la nena en terapia y creyó que estaba mejor y después tuvo que tranquilizarse y bajar otra vez la guardia porque llegó mucho trabajo, él no sabe que fue así pero tiene la absoluta certeza de que ahora ella también está por gritarle que es un hijo de puta, es más, ya se lo acaba de gritar y es lo que él estaba esperando para terminar esta estupidez, este grano en el culo que es sentarse con esta inepta en este bar, así que busca su billetera, deja en silencio el valor exacto de lo que consumió en la mesa, ni un centavo más, ni siquiera la propina, y se levanta, camina hacia la puerta poniendo distancia física de esa basura hasta el año siguiente, lo que no es un gran logro dada la fecha, piensa con humor amargo, abre la puerta y la sopa tibia del verano porteño le golpea la cara y lo alivia, así de nauseabunda le parece mejor que el frío del bar donde el tábano debe estar todavía, buscando su billetera de socióloga proletarizada para completar el pago. Entonces siente la voz nasal y seca que dice su nombre, se da vuelta y la ve ahí, el odio brillando en los ojos de serpiente.

—No te dije —le dice—. Hoy Lauti no va a tu casa, va a un recital de rock cerca de mi casa y no tiene sentido que después vaya a la tuya. Mañana va a dormir, así que esperalo más bien el viernes a eso de las seis, o ya a la nohecita.

Él le da la espalda, registra que la sopa del aire se puso tan espesa que le cuesta respirar. Se va caminando, arrastrando un poco los pies aunque no lo sabe, no se da cuenta. Ella sí. Ella tiene la absoluta certeza de que obtuvo victoria aunque no haya conseguido nada de lo que fue a buscar. Ella sabe lo que ahora él va a decirle a esa hija de puta con la que vive hace trece años en una casa que ella no pisó ni pisará jamás pese a los pedidos de Lauti que quería que ella fuera, pero cómo estar en la casa donde él se acuesta con esa con quien él la humilló y la engañó durante los últimos meses de su matrimonio, la puta que se lo robó cuando ella todavía hubiera podido pelear para recuperarlo, esa mierda más joven que además después quiso sacarle al hijo, desubicada enferma que se puso a querer al hijo que no era suyo porque no tenía uno propio, ella sabe que esa noche él le va a decir a su mujer que no, mirá, hoy no viene Lauti, viene mañana a la tarde, y los dos se van a poner tristes y le gusta, aunque no fue por eso, no fue por eso que le dio a Lauti el dinero para que compre la entrada, un dinero que no le sobra. Pero fue lindo dárselo. Y no porque el recital fuera un jueves sino porque Lautaro dice que es una banda muy buena, la viene siguiendo y tiene esas letras sociales, combativas, ella cree que debe ser música que vale la pena y le gusta que su hijo sea sensible y comprometido, que no escuche boludeces para conchetos, que no ande en los boliches tecno destruyéndose el cerebro y los oídos y en cambio vaya a escuchar a Callejeros esa noche.

LILI EN SU BOSQUE

En las casas de los niños que van al jardín con Lili, hay siempre una madre todo el día. En todas. Pero en la de Lili, la madre se va a la mañana con su marido y regresa de noche: trabaja como abogada. Transcurren los años sesenta.

La madre de Lili es, piensa la niña, alta y hermosa; llama la atención en cualquier parte porque además usa unos anteojos oscuros raros, con marcos incrustados con perlititas y ropa de colores, ropa diferente. Pero sobre todo llama la atención porque habla distinto, pronuncia frases largas y seguras que Lili, con cuatro años de vida, no puede describir como sintaxis compleja pero sin embargo reconoce distintiva por sus ritmos, su brillo extraño, por las expresiones de desconcierto, respeto y hasta temor de los hombres que escuchan esa voz femenina firme, las pocas veces que van juntas a un almacén o saludan por la calle a un vecino. La madre de Lili enuncia con su sintaxis compleja ideas muy firmes sobre las mujeres y sus derechos. Lili la escucha y comprende poco, aunque su madre le dijo que son temas que le atañen; no obstante, la madre de Lili no quiere una hija despeinada, no quiere una hija que se ensucie el vestido rosa de puntillas si un domingo viene una visita y ha perforado los lóbulos de sus pequeñas orejas para ponerle unos abridores de oro, contra la débil voluntad de su marido.

En casa de Lili no hay una madre todo el tiempo pero sí hay una mujer todo el tiempo. La madre de Lili la llama «la empleada» y la trata de usted. Toda la otra gente la llama «la muchacha», «la chica», «la sirvienta», pero en casa de Lili censuran esos nombres, los consideran expresión de la injusticia social. La madre le ha avisado a Lili que ella también debe tratar de usted a la mujer que está todo el tiempo en su casa, porque si bien en muchos otros hogares (ha dicho la madre) se trata a las «empleadas» de vos y se las llama como se las llama, en la de ellos se les dice «empleada» y se les habla de usted. Así que Lili trata de usted a Mirta, que está todo el día y duerme en un pequeño cuarto con baño que está pasando el lavadero; y también trata de usted a Ester, otra empleada que viene a hacer trabajos y después se va, varias veces por semana. Mirta y Ester limpian, planchan, cocinan. Y cuidan a Lili.

Lili da poco trabajo. Cuando hay clases la llevan al jardín desde la mañana. Es un colegio que la madre eligió porque tiene doble escolaridad. A la madre esa expresión, doble escolaridad, le gusta mucho, la repite con tal entusiasmo que Lili creyó que una doble escolaridad era la maravilla, era como un hada bondadosa envuelta en un vestido de tul rosado, con una corona de flores brillantes y perfumadas en su larga cabellera. Después se decepcionó: doble escolaridad resultó ser un aula y un patio adonde estaba largas horas entre niños que se parecían todos entre sí pero a ella, en casi nada, donde recibía órdenes de dos maestras flacas, muy altas, que la corrían y atrapaban (y entonces le apretaban el brazo hasta dejarle moretones) cada vez que se escapaba del

aula, es decir, muy a menudo.

En doble escolaridad Lili por momentos trata de obedecer pero siempre le sale muy mal y las maestras se enojan muchísimo y la agarran del mismo brazo y la sacuden con fuerza. Una vez le dijo «sos una estúpida» a una niña, y la niña corrió a contarle a la maestra; entonces la maestra llegó y preguntó, gritando: «¿qué le dijiste vos a esta nena?». Lili contestó la pregunta. Esa maestra siempre decía «no hay que mentir» y ella quiso obedecerla. «Estúpida», dijo. Pero la otra levantó todavía más la voz: «sos una insolente, repetilo, ¿a ver?». Entonces Lili obedeció: «Estúpida», dijo. «¡Repetilo y llamo a tu mamá!», bramó la maestra y Lili se alegró, porque ver a su madre era una perspectiva muy deseada, así que lo repitió. Pero obedeciendo a su maestra no solo no consiguió verla, le quedó otro moretón en el brazo y estuvo de plantón en el recreo mientras lloraba sola sin parar.

Aunque Lili no usa esta palabra porque tiene cuatro años, ya sabe que obedecer es problemático: no todo lo que dicen que quieren que haga es lo que de verdad desean de ella. Otra vez obedeció a su madre y fue un desastre. Lili la quiere muchísimo, es tan hermosa, es como si la rodeara la luz cuando regresa a la casa. Siempre que tiene la suerte de estar despierta para verla se pone muy feliz. Una vez su madre y su padre llegaron mientras ella cenaba, traían pilas de volantes de los sindicatos donde los dos eran abogados. Se trataba de volantes que convocaban a un paro general contra el gobierno militar para el día siguiente; pero Lili no sabía leer y tampoco lo que era un paro general. Su madre, sin embargo, le dijo: «mañana hay paro general y todas tus maestras tendrían que leer esto en vez de ir a trabajar», así que Lili se metió un buen montón de esos papeles en su pequeña bolsa del jardín, la que tenía siempre un vaso de plástico, la que llevaba bordados su nombre y apellido con el punto cadena de la empleada Mirta. Al día siguiente, cuando Mirta dejó a Lili en el jardín, ella sacó los papeles y se acercó a su maestra. «Mi mamá dice que hoy hay paro general y usted tiene que leer esto», le dijo, y le dio uno. Y en el recreo fue con su bolsita, de maestra en maestra, repartiendo.

Al día siguiente, cuando Lili llegó a la escuela con Mirta, les dijeron que la niña no podía entrar, tenía que ir la madre de Lili a hablar con la directora. La madre se enojó mucho con Lili porque tuvo que interrumpir su trabajo y fue a la escuela. Cuando salió, Lili entendió que por su culpa iban a tener que cambiarla de jardín y que era muy difícil: casi no había jardines con doble escolaridad.

Tampoco hay jardín en esta época del año y Lili juega sola en el piso, sin niños todos iguales a los que morder y sin los peligros de querer ser obediente. Tirada en el piso de su habitación, arma historias con sus juguetes: habla sola, susurra, canturrea, hace dialogar entre sí a objetos multiformes de madera y plástico con voces distintas, los hace pelear, golpearse unos contra otros, los sube y los baja de la alfombra, los sacude y los reta y los exilia en lugares inhóspitos, los entierra entre la alfombra y el piso, los coloca bajo las patas de la cama, busca rincones oscuros donde tengan mucho miedo y sufran y se arrepientan para siempre de algo muy malo que han hecho. Cuando se cansa de jugar Lili sigue jugando, pero a otra cosa: se pone una mano sobre la otra entre las piernas y aprieta la pelvis con fuerza contra ellas, se restriega con ritmo, cada vez más rápido, mientras se le aparecen imágenes raras, mórbidas. Se mueve y transpira hasta que llega una sensación muy fuerte que ella llama «no sé lo que quiero». Cuando no sé lo que quiero llega, todo desaparece, ella misma desaparece, se pierde en eso; toda Lili se vuelve ignorancia deliciosa, infinito no saber sí querer, y ahí perdida en Lili, Lili es muy feliz hasta que la sensación se va. Entonces se queda muy quieta, laxa, triste porque sabe que hay algo oscuro y malvado en

eso que tanto le gusta.

Alguna vez Ester y Mirta la retaron, le dijeron: «asquerosa». Así que aprendió a hacerlo cuando ellas andan por otra región de la casa, aprendió a soltarse preventivamente y esperar inmóvil, sudada, respirando con agitación cuando les oye los pasos.

Esta vez es ya el atardecer y los pasos llegan, por suerte, cuando no sé lo que quiero recién ha terminado, así que las espera haciéndose la dormida, tirada en la alfombra. Mirta la toca para despertarla y le dice que Ester y ella tienen que salir enseguida, antes de que cierren los negocios, y que Lili va a acompañarlas. Pero la madre ha ordenado que esa tarde Lili se dé un baño, Mirta se acuerda de pronto y parece afligirse por la falta de tiempo. Desnuda a Lili rápidamente, la lleva a la bañera, la ayuda a enjabonarse, la enjuaga y la deja envuelta en una toalla enorme mientras va a buscarle ropa limpia. Lili se deja poner un vestido, las medias cortas, los zapatos de cuero modelo Guillermina que usan todas las niñas de clase media o alta en los años sesenta. Mirta trabaja con precipitación. «Ya está», dice mientras le tironea el pelo con el peine. A Lili le duele pero no se queja porque lo único que ocupa su mente en ese momento es que Mirta no le ha puesto una bombacha debajo del vestido veraniego. Piensa que podría avisarle y no lo hace; se queda callada y tranquila hasta que Mirta le dice a Ester «Lista, vamos», y la toma a Lili de la mano, a Lili sin bombacha. Parecen muy excitadas por salir a la calle, hablan todo el tiempo entre ellas de algo que les importa mucho. De la mano de Mirta, Lili camina por la vereda concentrada en la brisa que le acaricia la vulva y en la humedad pegajosa entre sus piernas.

Caminan por la calle peatonal, los negocios están abiertos todavía, aguardando a sus últimos clientes, y cuando las dos mujeres se paran en las vidrieras, Lili tose suavemente y siente cómo allá abajo algo se abre un poco; después, voluntariamente, lo hace abrir ella y después aprieta con fuerza, jugando. Puede sentir ese caracol oscuro y blando reptando hacia su adentro, puede sentir su baba salada, la que le impregna las manos después de no sé lo qué quiero, ese misterio tibio está ahora libre entre los muslos y recibe un golpecito de aire cuando Mirta la arrastra para que siga, «vamos que nos cierran» dice, como si no hubiera sido ella la que se paró en esa vidriera.

No les cierran. Mirta y Ester compran algo que Lili no registra, algo que les gusta mucho y las hace dar breves gritos de alegría. Lo que registra Lili en el negocio a donde entró caminando con su carne al aire es la señora que le ofrece un caramelo, el señor de la caja que le pregunta sonriendo cómo se llama. «Soy Lili y no tengo bombacha» piensa ella pero dice «Lili» nada más, despacito, y después mira al señor que sigue preguntando y ya no recibirá respuestas, Lili no piensa ocuparse de informar cuántos años tiene, si va al jardín y si quiere más a su madre o a su padre, ni siquiera escucha las preguntas, mira el rostro amable mientras piensa «él no sabe que no tengo bombacha, me habla y no sabe que no tengo bombacha». Si lo supiera, Lili entiende, si lo supiera no le hablaría así, no la querría, se pondría rojo, violeta, se le acabaría el aire, se pondría como su maestra cuando ella le contestó lo que le había preguntado, como su madre cuando supo que había repartido los volantes, le quitaría su caramelo, un enorme tajo partiría la sonrisa bondadosa de ese señor, partiría el negocio, la calle, el policía que cuida el tránsito, todo sería tragado por un túnel negro si alguien descubriera que ella no tiene bombacha. Pero no se puede descubrir, piensa Lili y una alegría muy rara, una inquietud perturba entre sus piernas. No lo puede descubrir porque solamente Lili lo sabe. Ester y Mirta parlotean en el mostrador, la señora del caramelo les recomienda algo, el señor de la caja insiste con preguntas y ahora le dice que es tímida y Lili sonríe apenas porque ninguna tela se está adhiriendo a sus labios vulvares, nada retiene esa humedad, allá abajo pasa algo completamente diferente de lo que todos los demás

sienten en sus abajos. Lili está incómoda, Lili está asustada, está feliz, está en la plenitud de una aventura.

Cuando llegan a la casa ella quiere pis y la llevan a sentar a su pelela. Entonces Ester y Mirta gritan, se ríen, se preocupan, se agarran la cabeza con las manos. La bombardean a preguntas: por qué, cómo no avisaste, por qué no nos dijiste, por qué dejaste que te lleváramos así. Lili las mira también a los ojos, las ve gesticular, las oye repetir. No abre la boca. No tiene respuesta para las preguntas que le hacen pero si la tuviera, tampoco hablaría. A los cuatro años tiene mucha experiencia en los inconvenientes que produce obedecer y esa tarde ha descubierto el poder de esa negrura misteriosa que se interna hacia arriba, hasta su vientre; ahora sabe que reside, sobre todo, en el secreto. El bosque de no sé lo que quiero fue paseado al aire y ha desobedecido al mundo entre sus piernas. Es dueña de su silencio y de su bosque, está segura. De allí en más, algo empieza.

FIESTA EN EL PRAIVAT

Para Iván, que me dio la idea

Mamá entró a mi cuarto para avisar que Noelia y Sabrina habían llegado y me miró decepcionada.

—¡Están tan lindas las chicas! —dijo—. ¿Por qué se te ocurren siempre cosas así?

Así era mi aspecto, mejor dicho mi disfraz. No sé por qué se me ocurren, de modo que no le contesté. Igual yo me sentía contenta. Y claro que las chicas estaban preciosas, no necesitaba verlas. Noelia me había dicho que se iba a disfrazar de conejita sexy virtual, con esas nuevas máscaras flexibles que se te pegan al cuerpo y la cara y te dan como un aspecto de animada en 3D. Pensaba pasar la tarde entera en la peluquería implantándose el cabello de nuevo para que se viera bien rígido pero al mismo tiempo suelto sobre los hombros, con estrellitas flotantes, y se había elegido un corpiño y una calza de ténster color uva fosforescente que le debían quedar brutal con tanto gym, ahora que se hizo los glúteos otra vez (la primera no le gustó lo que le hicieron, estuvo llorando dos semanas y no quería ni aparecer por la escuela).

En cuanto a Sabrina, me había avisado que optaría por un disfraz melancólico: diva de Hollywood. Era tan bella Sabrina, tenía tanta plata para operarse y sus padres le daban tantos gustos, que no podía menos que estar espectacular.

Ahora me esperaban y yo quería irme. La abuela Teresa me miró como si no fuera a verme de nuevo, me abrazó muy fuerte.

—Mi amor —murmuró—. Que te diviertas.

—Sí me voy a divertir —le contesté sonriendo.

Algo le brillaba en los ojos negros, esos ojos viejos tan intensos en su cara arrugada y morena, que ella dice que está amarillenta, como la de todos, por la falta de sol.

—¿Pasa algo? —pregunté inquieta.

Hizo que no, pero yo la conozco y entendí que se estaba tragando las lágrimas. ¿Sería emoción porque crezco, porque cumplo quince en dos días y porque hoy mis padres me dejaron ir —por dos días no iban a hacer historia— a mi primera fiesta extasial? Pero la abuela no le da ninguna importancia a las fiestas extasiales, y mucho menos a los cumpleaños de quince. Opina que quince años es una edad y nada más, que toda edad es importante y por qué los quince en una chica son diferentes de los quince en un varón. Y tiene razón, pero mi papá y mi mamá se fastidian cuando la escuchan. Que me quema la cabeza, dicen.

—¿Tu abuela te dijo que te disfrazaras así? —aprovechó mamá para preguntar mientras

bajábamos por la escalera hasta el subsuelo de recepción.

—Para nada.

Mamá suspiró. Yo era un caso perdido, debía estar pensando. Un caso perdido por influencia de la abuela.

Grave error. Puede ser que yo sea medio rara, pero el disfraz se me ocurrió a mí.

Sabrina y Noelia estaban todavía más hermosas de lo que había supuesto, con sus cuerpos casi transparentes de blancos y cada músculo sutilmente trabajado, precisamente elongado con pastillas y ejercicios de gym. Les dije que estaban muy lindas y ellas me retribuyeron porque me quieren y no son mala gente, pero la lástima se les veía en las caras.

Y sin embargo, a mí no me importaba. Yo estaba feliz con mi traje de negrilla. Era un disfraz auténtico que me había costado tanto trabajo y preparación como el de ellas. Por empezar, nadie de los helicópteros me quería dejar mirar en los containers, insistí un montón de días y les gané por cansancio. Para seguir, la ropa gastada estaba mezclada con restos de comida y desechos de todo tipo, era asqueroso. ¿Por qué hacen eso? ¿Qué les cuesta preparar un container con ropa, otro con restos de comida y otro con desechos, y tirarlos de los helicópteros en lugares separados, así a los negrilleros les es más fácil recoger lo que sirve y no se enchastran y se infectan más de lo que ya están? Les pregunté eso a los aviadores: se encogieron de hombros, sin respuesta. Pero respuesta había, la abuela Teresa me la dio:

—Porque no les importa, Palomita. No les tiran comida o ropa, no entiendas mal: ellos tiran la basura, y que los pobres se las arreglen.

La abuela no dice casi nunca «negrilleros», dice «pobres». Eso confunde, porque pobres hay en nuestro praivat; los papás de Noelia, por ejemplo, que tienen una subtegalería pequeña donde apenas cabe la piscina chiquita, no climatizada, y andan por las subtepidistas en un auto que no cambiaron en cuatro años. Ellos son pobres, nosotros, dicen papá y mamá, somos «clase media acomodada» y Sabrina, claro, es rica. Pero la abuela dice que pobres son los negrilleros, que no hay pobres en el praivat. Y si se mira bien, tiene razón.

Hablaba de mi disfraz: conseguí unas zapatillas de mi número con un proyector de hologramas roto en cada puntera y el cuero bastante ajado y levantado. ¿Serían las zapatillas de Axel? Hacía una semana los chicos de la división lo habían pisoteado y le habían pateado las punteras hasta descomponer los proyectores, hartos de sus bromas imbéciles. Y lo bien que hicieron. Las zapatillas proyectaban hologramas de escalones y pozos, y también de esas arañas venenosas asquerosas que andan por el afuera y mutaron por el sol malo. Axel se paseaba por las subtegalerías del praivat proyectando cosas así cuando veía venir gente, y gritaba «¡cuidado!», señalando para abajo. A mí me lo hizo una vez, vi un escalón que bajaba y no había nada, había piso. Di un pisotón estúpido y me torcí el tobillo.

Menos mal que le destruyeron esa porquería. Acá no se consigue. Se las había traído un tío que fue al praivat de San Miguel en helicóptero. Queda relejos de acá, de Pilar, donde está nuestro praivat, no hay subtepidista que nos lleve y los pasajes en helicóptero están carísimos. Axel no va a volver a tener un regalo así en años, que se embrome. No entiendo cuál es la gracia de fabricar cosas para fastidiar a la gente, no entiendo a los que las compran.

Bueno, ahora que las zapatillas tenían los proyectores rotos eran simpáticas, había como un triunfo contra la estupidez humana en ese calzado y lo elegí. Negrilla iba a ser, pero negrilla inteligente. Que las hay, la abuela dice que claro que las hay, que en todos lados hay gente inteligente y —agrega— hay gente buena.

Encontré un jean común y silvestre, de los que a mí me gustan, solo que muy agujereado. No era mío, me quedaba muy ancho y le elegí un cinturón carcomido del container. Me hubiera agradado conocer al dueño del jean, debía ser de mi onda (un varón, o una chica muy gorda, pero no hay chicas gordas en nuestro praivat, o si hay, no se dejan ver fuera de su casa). Encontré una remera en buen estado color naranja; el naranja fue del año pasado, ya no se usa. Se había manchado con grasa de la basura, así que estaba bien arruinada. La elegí. Lavé todo yo a mano, porque si en casa me descubrían poniéndolo en la máquina iban a empezar a molestarme. «¿Qué hacés con esas porquerías, Paloma, en qué andás?».

¿En qué andaba? Me lo pregunto ahora, que pasó lo que pasó. No lo sé. Preparaba el disfraz para mi primera fiesta extasial, a dos días de mis quince, como cualquier otra chica. «Sos una mentirosa, Paloma», me digo o me dice mi abuela, hablando adentro de mí.

Pero no me hablé así cuando caminé con Sabrina y Noelia por las subtegalerías en dirección al Centro Cívico Subterráneo del praivat «La buena luz», de Pilar, donde nació, de donde no salí en mi vida. Caminábamos y Sabrina contaba chismes sobre el cirujano plástico más prestigioso del praivat: le ofreció a una chica de quinto hacerle labios y tetas gratis si se acostaba con él, la chica en vez de aceptar le contó a la madre y ahora parece que la madre era amante del doctor y se puso furiosa y quiere denunciarlo en el tribunal praivático. Una historia muy complicada. Yo la escuchaba sin ganas, caminando con ella y mirando los típicos afiches en las paredes: avisos publicitarios y carteles de propaganda política de la intendencia que dicen «En este momento, exactamente, un negrillero te odia» («tiene sus motivos», masculló la abuela una vez, caminando conmigo), o «Estamos tranquilos, estamos en el praivat».

Subimos por las subtegalerías hasta el lugar de la fiesta, o sea hasta la superficie. Eso es lo grande de las fiestas extasiales: no que haya introparlantes cuadrafónicos para todos, no que pasen las pastillas sin control de los adultos, aunque todo eso las vuelva tan únicas para mis amigos. La clave, para mí, es que se hacen en el Salón Antiguo, el que la abuela dice que hace treinta años, cuando todavía el sol no era el sol malo, era la confitería del country. Es que lo que es hoy el praivat «La buena luz» fue antes el country «Tierra de sol». Hablo de unos treinta años atrás, cuando los negrilleros todavía no habían ocupado Buenos Aires. La abuela y mamá vivían en la ciudad, en un departamentito que según mamá era incómodo pero que la abuela extraña. «¿Quién vivirá ahora ahí, Palomita?», me dice a veces. «¡Yo tenía tantos libros!, ¿qué habrá hecho esa gente con mis libros?».

Es una pena que la abuela Teresa haya alcanzado a traer tan pocos libros cuando tuvo que escapar del edificio. Me encanta leer, en el praivat hay una sola librería y casi todo lo que venden no me interesa. La abuela tiene libros hermosos pero ya los leí, me habló de otros que acá no se consiguen. También me habló de películas que acá no dan. Busqué esos libros y películas por internet y los encontré, pero no entregan cosas a los praivat de Argentina, los negrilleros asaltan los envíos, pocos se arriesgan. Leo libros en la red aunque no me dejan imprimirlos (la impresora la tienen mis padres y dicen que no quieren que tenga más ideas raras). Leer en pantalla no es lo mismo, que me lea el programa de voz es horrible. Un libro hay que murmurarlo en la cabeza. Qué pena que Buenos Aires no sea lo que fue: una ciudad muy grande con muchísimas librerías, cines y bares con amigos y en la calle un sol que no hacía nada. Tanto no hacía nada que algunos ricos se compraban casas en countries para tomar el sol bueno y hacer deportes en el afuera. Mamá conoció acá a papá una vez que vino con una amiga. Hoy mamá dice que no sabe si se enamoró de papá o del country y que menos mal que se casó porque la abuela nunca tuvo visión de futuro y hoy

estarían muertas de hambre o muertas en serio, como Matías. Lo dice riendo, delante de papá, y él se pone mal. No solo porque Matías era su hermanito (lo mataron en Buenos Aires unos negrilleros que también eran chicos, le clavaron una navaja en la panza para sacarle la plata). Yo la odio cuando dice eso.

Sigo contando: llegamos a la fiesta en el salón al afuera, ¡con ventanales sin cortinas! En las fiestas extasiales se aprovecha la noche para salir a besarse bajo la luz de la luna, solo hay que tener cuidado con los insectos mutados, que igual no son de ir si sienten ruido de gente. Yo estaba excitada. En quince años menos dos días no me había pasado nunca nada. Peleas con mi profe de historia, que me odia por mis opiniones. Una vez salí al sol sin protectores a los siete, porque mi papá olvidó cerrar con candado una puerta de superficie. Mamá se dio cuenta en minutos pero alcanzó para que me llagara las piernas y los brazos, dolió terriblemente. Me hicieron después varios estudios para ver el índice de posible malignización de las células expuestas, dio más alto que lo normal pero por suerte no fue alarmante. Eso fue todo. Nada más me pasó en toda mi vida. Al revés de Noelia, que se cree enamorada de un chico distinto cada vez, o de Sabrina, que tuvo novia de verdad y después lloró de amor, yo nunca encontré hasta ahora alguien que me gustara y estoy segura de que no gusté mucho a nadie. Ni siquiera me besaron...

En eso pensaba cuando llegué a la fiesta y mis amigas se mezclaron en seguida con los demás. Me quedé un poco alejada, moviéndome suavemente con la música (porque bailar me encanta), mirando el paisaje extraño del afuera bajo la luna llena y sintiendo que adentro de esa ropa suelta, blanda y rota, el mundo era mucho mejor. Soy diferente y no sé por qué. Me siento cerca de una chica que leí un libro que me dio mi abuela: se llama Frankie y es antigua, de mitad del siglo pasado, tiene padres pero está completamente sola, como yo. Vive en el sur de los Estados Unidos en la época del sol y odia el mundo (tiene motivos, diría la abuela), está llena de rabia y de ganas de salir, es amiga de negros (pero yo nunca vi ninguno y además dos negrilleros mataron a mi tío). Al final ella encuentra una amiga, Jasmine. Le va mejor que a mí. Sabrina y Noelia son buenas, tratan de «integrarme», como dicen ellas, pero no nos entendemos.

Supuse que en una fiesta extasial, con ventanas, luna llena y música, no importa tanto estar sola. Así fue. Me dediqué a mirar. Dilan estaba disfrazado de político, con el típico traje impecable y la dentadura fosforescente implantada; había dos Che Guevara, un Menem, tres Harry Potter, una Eva Perón, una pareja de Néstor y Cristina, todos con las caracterizaciones de las películas de Hollywood. A mí me miraban incómodos, varios me preguntaron cómo se me había ocurrido. Yo me encogía de hombros, no tenía nada que contestar. Pero estaba feliz. Era raro que los ojos tuvieran un horizonte hacia afuera, que la tierra siguiera detrás de las ventanas, que me rodearan personajes tan diferentes, que conociera a todos pero en realidad a nadie. Me ofrecieron una pastilla, la guardé. A lo mejor, después la tomaba. Una vez que pasaba algo, no quería engañarme enseguida. Empezó la música muy fuerte, los hologramas maravillosos, las luces de colores y las estroboscópicas, que detienen el tiempo. Me dejé llevar, lo que sonaba me gustaba, estaba lleno de ira. Vibraba mi cuerpo, vibraban mis caderas, los brazos se iban hacia el cielo como si hubiera buen sol y acariciara.

Las puertas del salón estaban abiertas, así eran las fiestas extasiales: con afuera y luna llena. Me moví hacia allá sin dejar de bailar. En el afuera descubrí a Noelia enredada con Dilan. Me pareció que me decían algo, pero yo tenía la música adentro gracias a los intraparlantes que habían repartido, y no precisaba gente y salón para bailar, quería aire, luna, cielo. Cielo: decidí seguir una estrella que avanzaba conmigo, siempre adelante. Bailé, bailé, avancé. Era raro

avanzar por un camino de piedritas, tal vez como las anaranjadas que vi una sola vez, cuando salí al afuera y me llagué. Sentía las piedritas a través de la suela de mis zapatillas rotas. Me arrodillé, las disfruté puntiagudas, lastimando casi bajo el jean, me acosté sobre ellas, sentí el polvo en los dedos. Ya estaba lejos del salón, completamente sola. Alcé los ojos buscando mi estrella y ellos chocaron con los murallones, el alambre de púa, el revés de los reflectores y las máquinas ametralladoras, todo observando hacia allá, dándome la espalda, mirando lo único que vale la pena mirar. La estrella estaba a la altura del murallón y, cuando di unos pasos, quedó titilando, inmensa, del otro lado.

Busqué la escalera que usan los técnicos cuando precisan reparar las máquinas ametralladoras. Tenía que haber varias repartidas por el perímetro. Encontré una y la trepé. Con esta ropa era fácil. Llegué, me subí, *miré para allá*. Vi mi estrella, la luna y bajé los ojos llenos de lágrimas para encontrarlos a ellos.

Estaban ahí: chicos y chicas negrilleros, a prudentes metros para no activar las máquinas, del otro lado de la fosa. Intentaban bailar con la música que llegaba. ¿Cómo se oía tan fuerte? Entendí de pronto: mi introparlante; la música me salía de adentro. Un chico de pelo enrulado alzó los ojos. Vi sus pupilas relumbrar por la luna.

—Ayudáme a bajar —le grité—. Robé un introparlante, tengo toda la música.

Atajé al vuelo la sogá y el arnés. Seguí las instrucciones que me daban desde el otro lado; sabían exactamente qué movimientos activaban las máquinas. Mientras me deslizaba colgada sobre la fosa vi que el pibe me aguardaba sonriente. Sus ojos oscuros me parecieron inteligentes, chispeantes, como dice mi abuela que todavía hoy debían tener los ojos tantos negrilleros, como dice que los tenían hace tanto, una vez en Plaza de Mayo, en Buenos Aires, cuando estuvo con ellos.

REUNIÓN CON TODOS

In memoriam tuam, Tito Rivero.

*Así es
Innombrable el jardín, abierta
la ventana a resplandor de
primavera
entera*

*Azules formidables
Lilas agudos de ensueño de morfina
Verdes recién salidos de la pura
nieve
Velos se corren
Vuelan
«Valentín»
alguien llama
—o lo nombra—
(temblor de alma partida)
Y nadie que responda?
Viajar en el vapor de trenes de frontera?
A cuidar de Mijail?*

Isabel Vassallo

Nada. Ella no pensaba hacer absolutamente nada diferente. Ese, para ella, era un día cualquiera o peor: un día peor que cualquiera. ¡Elitista!, la acusaba su familia. ¡Se cree superior y se aparta del pueblo!, decía su hermano, con la voz ronca de tanto festejar. Ella contestaba, tenía argumentos. Nada. No iba a hacer nada especial, como no lo había hecho hasta ahora en los veinticuatro días anteriores. Ni una vez el televisor prendido.

Había visto, sí, las calles desiertas durante las horas de acontecimiento y después, cuando los resultados permitían que se declarase la felicidad masiva, había visto con estupor cómo las calles

volvían a poblarse, igual que tiempo atrás, de cientos de miles que cantaban y saltaban. ¿Podían ser los mismos? Algunos sí; su hermano, por ejemplo, había estado en la calle antes pero también ahora. Parecía que habían pasado siglos desde aquellos saltos y cantos, hasta estos, tan distintos; y sin embargo eran un par de años apenas, tres, dos y un poquito, ¿cuánto?

En todo caso, ella a la calle, ahora, no salía.

Tampoco usaba los distintivos de los dos colores característicos. Ni esos, ni otros que le hubiera gustado utilizar pero eran peligrosos. En el Profesorado público donde estudiaba, el distintivo se había vuelto constante en esos días para la mayoría de la comunidad educativa. Tenían un régimen de asistencia similar al de las escuelas secundarias, de modo que ella podía observar con detalle al grupo de alumnos de su curso —no eran ni cuarenta— y también a los docentes. En la clase de Literatura en Lengua Inglesa, la profesora McMillan tenía un distintivo desde que había empezado todo; algo sutil: dos pequeñas cintitas cortadas al bies y prendidas con un alfiler a su finísimo saco Dior. No se iba a sacar eso, era evidente, hasta que la cosa no terminara. Ella se había decepcionado porque las clases sobre Shakespeare que daba McMillan eran impresionantes, quién lo hubiera dicho. Lo había comentado con los otros cinco integrantes del Grupito del Fondo, única gente con la que algo así se podía comentar, y todos habían estado de acuerdo en que era difícil de entender.

La profesora Renzo también usaba distintivo, aunque —como era de esperar— ni lo prendía a un saco Dior ni se trataba de cintitas pequeñas: se colgaba un enorme, alambicado redondel de círculos concéntricos y volados en el pullover rosa, por medio de un alfiler de gancho todavía más grande. Pero Renzo era una idiota. De hecho, tenía el honor de haber bautizado el «Grupito del Fondo» para la inmortalidad («a ver ese Grupito del Fondo, si se calla...»).

En los sectores más concientizados de la sociedad del momento estaban los silenciosos que apretaban los dientes, pero eran muy pocos. Muchos en esa parcela optaban por saltar sobre las veredas y el pavimento cuando correspondía, sabiendo que debajo de sus pies (o escondidas tras puertas carentes de marca especial, de cartel identificatorio) había catacumbas y prisiones y aparatos de tortura. Sabían, pero saltaban. Para justificarlo se decían, como su hermano, que no eran elitistas, o adoptaban explicaciones sociológicas sobre el pulmón, la vía de escape que encontraba el pueblo para lograr algo que llamaban «expresarse» y en tiempos como esos no era posible hacer de otro modo, por otra causa.

Dado que carecían de distintivos en sus solapas, una porción importante de los profesores de ella debían ser, probablemente, de los que apretaban los dientes. También el Profesor Pezzoni, el Profesor Deslumbrante, ese genio homosexual y hermoso cuyas clases el GdeF seguía devotamente, capaz de explicar la *écriture* de Derrida como si fuera él mismo una proliferación infinita, como si no existiera por esos días el corte constante a cualquier proliferación, como si él no tuviera —en definitiva— miedo, como si no lo conociera («como un actor y un poeta», decía Marcela, que estaba iniciando su carrera teatral; «a mí me parece semejante a un Dios», recitaba Cady a Safo —con la profesora de griego, Crogliano, quien tampoco utilizaba distintivo, la habían estado traduciendo—; «como la reina Maab», ironizaba Tito, que era homosexual él también y lector de Darío, «como un pequeño burgués muy inteligente y autocrítico», comentaba Jorge, quien antes —eterno poco tiempo atrás— había sido militante del trotskismo; «como si estuviera de ácido», opinaba alegremente Guille —aunque solo para ellos, en voz muy baja—, obsesionado con las enseñanzas de Don Juan).

En realidad, la minoría de quienes enseñaban en el profesorado de Castellano, Literatura y

Latín y la mayoría de quienes estudiaban tenían distintivo por esos días. El hecho solo hablaba del reducto atípico donde ella tenía la suerte de formarse: sus docentes no eran representativos. En una clase que siguió a una de las noches en que la multitud festejó los resultados parciales del proceso que se estaba desarrollando en esos días, la profesora Royo fulminó a una estudiante con una respuesta hostil (desacostumbrada, porque Royo era la amabilidad en persona). La estudiante —joven pulcra, usualmente una alumna excelente— había dicho, sonriéndole con complicidad: «¡hoy nadie trajo a Cicerón traducido, profesora!». Pero Royo le clavó unos ojos que por primera vez en todas las clases a las que ella había asistido acababan de transformarse en piedra, y afirmó: «ni entiendo su comentario ni me interesa entenderlo».

Silencio de cementerio invadió el aula. Estupor multitudinario. Aunque no: el GdeF se miró, se sonrieron.

Y hacía diez días Royo había avisado que habría un parcial, el primer parcial de Latín del año, y que iba a ser en una fecha indiscutible. No dijo que no podía discutirse pero la informó con ese tono. Algo raro, porque con Royo se discutía cualquier cosa. Hubo malestar en la mayoría: la profesora pretendía tomar el parcial pegado al momento en que iba a culminar todo. ¿Quién iba a tener espacio mental para repasar declinaciones, conjugaciones, ablativos absolutos, en los días anteriores? ¿Quién iba a tener tiempo para estudiar, si resultaba que otra vez era obligatorio ser intensamente feliz en la plaza pública? ¿Cómo regresar de traspasar y gritar, con la pesadez de la cerveza, el cabello entrelazado de papeles, y sentarse a abrir un cuaderno con la lista de los verbos deponentes más usuales?

Hubo algún intento tímido de proponer cambio de fecha pero la profesora lo eludió con una indiferencia y una calma que el GdeF juzgó admirables. Era como si nadie le hablara, como si estuviera sorda; palabras insinuantes o quejas, incluso un pedido directo resbalaban en su suave sonrisa y ella seguía repasando, preguntaba diligente quién tenía alguna duda, siempre dispuesta a volver a explicar, a mostrar otro ejemplo, a coronar con un comentario encantador una reflexión sobre la cultura clásica.

Era irreversible: habría parcial en la primera clase de Latín que seguiría al día de la culminación. Así fue como el GdeF, en una de sus sesiones de esparcimiento en sus oficinas del Barcito de Al Lado, tomó la decisión: ese domingo en que todo ciudadano y ciudadana (adultos, jóvenes, viejos, adolescentes, niños) ocuparía su lugar frente a la TV o —solo una reducida cifra— en las gradas destinadas a presenciar el acontecimiento, ellos lo usarían de otro modo. Mientras el mundo entero observara al mismo tiempo lo mismo, el GdeF prepararía su parcial de Latín.

Se reunieron en lo de Tito porque aunque vivía en el Sur y se tardaba en llegar, la casa era muy grande y había una mesa donde podían desplegar las fichas, apuntes y diccionarios que cada uno utilizaba. Sin mencionarlo, fijaron el encuentro una hora y media antes del inicio del asunto. Una hora lógica de un día cualquiera, un modo de utilizar la tarde entera para el estudio.

Ella se encontró con Marcela, Cady, Jorge y Guille en el hall de la estación. Viajaron sentados en un tren vacío. Tal vez un rato más tarde ni siquiera hubiera trenes. El maquinista, el guarda, los vendedores ambulantes y los pocos mendigos que se atrevían a recorrer los vagones en esos tiempos (invocaban a Dios y a la piedad con insistencia, para calmar la ira de los agentes del orden, siempre dispuestos a llevarlos presos y a más): cada uno estaría en su lugar, mirando la transmisión.

Bajaron en el andén desierto y no cruzaron a nadie en los trescientos metros que caminaron

hasta la casa de Tito: una mansión decadente con piscina verde de moho y un exjardín convertido en selva, en donde se habían juntado durante el verano en largas reuniones en las que habían conversado de muchas cosas, se habían retorcido de risa, tirados en el pasto, habían discutido temas Muy Profundos, habían bebido alcohol y habían fumado tabaco y cannabis —esto escondidos entre malezas, para que los vecinos no supieran— y habían posado para que Tito les sacara fotos con la cámara profesional que guardaba desde sus estudios de cine y sus tiempos de magnificencia, cuando vivía su padre, entonces dueño de una fábrica.

La tarde del domingo en la que el parcial de Latín era inminente, Tito los hizo pasar a su enorme living polvoriento. Los ventanales abiertos daban a la maleza pero también se veía con amplitud la calle, luminosa de sol. Tan luminosa la tarde y tan celeste el cielo, que Jorge hizo un comentario irónico acerca de la nacionalidad del Creador y ella, tal vez junto con varios en ese GdeF, vislumbró asqueada a un Creador que sonreía con crueldad, luciendo en Su Pecho el distintivo del que, en Su caso especial, salían lucecitas o algún tipo de resplandor, por lo menos.

Sacaron sus papeles y libros y decidieron, a instancias de Marcela y Cady —que habían estudiado ya Latín en su conocido Colegio secundario y asumían con naturalidad la conducción—, hacer primero una ronda de repaso donde dirían velozmente las declinaciones y conjugaciones verbales, comenzando por lo elemental: la primera y la segunda declinación y el modo indicativo, que habían aprendido ya dos años atrás. La idea era repasar la totalidad de la morfología de sustantivos, adjetivos y verbos. Era cuestión de atención y memoria, un modo de afilar herramientas antes de la tarea.

La ronda circulaba con cierta fluidez, aunque se detenía ineludiblemente cuando llegaban los turnos de Tito y de Guille. Tito cumplía con corrección su parte pero también era actor y pronunciaba el Latín con voz de ceremonia vieja, haciendo cada vez un gesto galante siempre distinto con los dedos de la mano que despertaba carcajadas. Guille, en cambio, nunca se había detenido a estudiar esa lengua en todos esos años, era incapaz de decir una declinación completa de memoria y el porro que había fumado antes de comenzar la ronda lo ayudaba poco. Las risas se contagiaban: las gesticulaciones del dueño de casa y las equivocaciones inverosímiles del lector de Don Juan hacían escupir el mate; volaban de labios y dientes las migas de los bizcochos. Ella sintió una gota de pis que le mojaba la bombacha. No debería haber aceptado el porro que le pasó Guillermo. Cada tanto, Marcela o Cady recordaban su rol como podían, rogaban compostura. Con esfuerzo, el grupo intentaba obedecer y a su manera, la ronda avanzaba.

Iban por el modo subjuntivo y Tito acababa de decir la segunda persona del plural del futuro mientras ella le apesaba las manos. Alguien —tal vez Jorge— interrumpió para comentar, con una entonación forzadamente natural, que era probable que el acontecimiento estuviera comenzando. Guille opinó que podrían ver en qué momento estaba, y apagar enseguida. Nadie lo desdijo.

Tito prendió la pantalla de una antigua TV; su tecnología era inferior a la que se había inaugurado hacía poco, en vísperas del asunto. El cambio había llegado precisamente porque el país iba a estar muy pronto en la mira de muchas otras naciones y ya era tiempo de incorporar esa innovación, propia del desarrollo. Muchos hogares habían adquirido en esos pocos meses previos aparatos donde se la podía disfrutar. Fue inmensa la alegría porque las pantallas reflejaron, en cada casa, imágenes más acordes con la realidad. Se descubría que un periodista que estaba al frente del noticiero desde hacía años había sido siempre rubio, que los integrantes de la familia de inmigrantes del programa cómico dominical ignoraban reglas elementales de la combinación

cromática. Esa posibilidad nueva para la visión nacional era algo más para agradecer al acontecimiento que estaba transcurriendo.

Sin embargo, Tito y su hermana no habían adquirido esta tecnología de punta. No tenían demasiado interés, pero tampoco hubieran podido. Si alguna vez, cuando su padre todavía mantenía su mediana pujante fábrica y su madre estaba enferma, pero viva, habían sido tan ricos como para erigir esa mansión de dos plantas, parque y dependencias, ahora ni siquiera podían pagar el gasto de agua que hubiera significado llenar la piscina.

La televisión obsoleta de Tito reflejaba con nitidez. Comprobaron que aún no había empezado el momento decisivo pero el lugar ya estaba repleto de asistentes; volaban pequeños copos blancos: no era nieve sino papeles diminutos que arrojaba la gente, siguiendo la insistente y entusiasta sugerencia de un popular personaje de historieta; este ser indeterminado —mezcla de animal y humano, sin brazos y de contundentes, previsibles actitudes masculinas exhibidas con supuesta picardía— aparecía en una tira cómica que publicaba en su contratapa el diario más vendido del país; el personaje se proponía como una encarnación del ser nacional, una esencia identitaria a cuyos sexismo y estupidez era obligatorio considerar simpáticos y enternecedores. Venía publicitando el acontecimiento desde hacía meses con alta repercusión popular; entre otras cosas, había impuesto la idea de que picar pequeños papeles y arrojarlos desde las gradas era un gesto de patriotismo y fusión entre conciudadanos. En la pantalla de TV obedecían, y entre esa falsa nieve se movían telas extensas como un techo encrespado, al ritmo de la muchedumbre, que ondulaba. La cámara hacía un paneo por las tribunas. Entonces, la voz sorda de alguno, en el GdeF, mascullo:

—Está repleto.

Su observación cayó en un pozo de silencio. Ella pensó que era el pozo de silencio en el que cae la frase «Así es» en un artículo que acababan de leer en Teoría Literaria. Era un artículo en el cual se cuenta lo siguiente:

Dos hombres rusos (rusos como de la Rusia de la revolución, le había explicado en voz baja la profesora Vassallo al final de la clase, a solas con ella que, ansiosa, le había pedido a escondidas datos sobre los autores del trabajo y la época en que se había escrito) observan una ventana a comienzos de primavera. Se sabe que el invierno es crudo en ese lejano lugar y su final se recibe con alegría, eso sí explicó la profesora en su clase mientras extraía las profundas implicancias del ejemplo. Era, precisamente, dijo, en este saber compartido por cada ruso de este mundo, pero no pronunciado, donde estaba la clave. En el artículo de teoría lingüística y literaria, estos dos hombres observan caer copos de nieve por la ventana a comienzos de abril. No se pronuncia que esos copos están *mal* cayendo ahí, no se explicita que la primavera es lo que debería estar manifestándose. Ni lo dice el artículo ni lo dicen los hombres. Y en ese silencio está la clave. Uno tan solo pronuncia en voz alta algo que en el papel mimeografiado, fotocopia de mala calidad que entregó Vassallo (y ella sabía que la misma profesora lo había tipeado, traduciendo del francés para los estudiantes, tomándolo de un libro que a su vez traducía uno ruso), se transcribe como la alocución «Así es».

—Así es —suspira el hombre, mirando cómo la nieve va cubriendo los lilas, los formidables azules del antiguo jardín.

El artículo dice: él *suspira* «así es». El artículo se pregunta: ¿a quién, a quiénes está dirigido ese «así es»? ¿Para qué mierda el tipo dice «así es» frente a la ventana, mirando para afuera?

No es para informar al ruso que está a su lado que la condición ontológica de las cosas hace

que estas sean, en efecto, como son. ¿O acaso el deseo de hablar, esa fuerza poderosa que impele a dejar salir la voz, puede explicarse por el impulso idiota de decirle al de al lado una estéril verdad de Perogrullo? Este señor no habla para dar a conocer a su amigo que nieva. Porque del mismo modo en que los seis miembros del GdeF podían ver esa tarde en la televisión que el lugar donde iba a empezar el momento culminante estaba, a todas luces, repleto de personas eufóricas nacidas en un mismo país (y sin embargo alguien había precisado *decir* «está repleto»), los dos rusos pueden observar con sus ojos los copos de la nieve. Ciegos no son.

«Así es» (concluye, desvela por fin nuestro articulista ruso, cuya identidad la profesora escamoteó prudentemente a sus estudiantes) expresa una *valoración*. Y por qué no (completaba, insistía la profesora Vassallo), por qué no decir que expresa un afecto, *un sentimiento*. «Así es» es por caso un resignado reproche. Ella cree que incluso figura en el artículo la palabra reproche. El ruso dirige su sentimiento y valoración contra los copos mismos, contra su crueldad helada en un momento en que debería reinar la primavera pero la primavera no aparece por ningún lado. Y además, claro, «así es» está dirigido al compañero que escucha, al otro ruso humano que también sabe hablar, pero no es un reproche para él porque, a diferencia de los copos (que bien podrían no caer), el tipo no es una inclemencia climática. ¿Entonces, para qué decirle eso, ya que no es para informar una realidad que él también ve, ni siquiera para avisarle cuánta desazón debería sentir frente a la nevada (pues si un ruso dice, lacónico, «así es», es porque descuenta que cualquier otro ruso coincidirá con su desazón y no es preciso advertirle de ella)?

«Así es» expresa —afirma el articulista— *una evaluación tácita y compartida sobre la maldad acérrima del mundo o, mejor, la de ese tiempo, esa época despiadada que se ensaña contra ellos, cubriéndolos de frío y de silencio*.

«Está repleto», dijo uno de los seis del GdeF y fue como suspirar así es. La tristeza cayó como nieve sobre la mesa donde estaban sentados. Era el momento en que sonaba una música ritual por todos conocida, una que se tocaba y entonaba desde que ellos eran niños en las escuelas, la misma que pocos años antes —pero hacía una eternidad— cantaban cientos de miles, hasta un millón o más de gargantas apasionadas, mientras levantaban el brazo izquierdo con un puño cerrado, o con los dedos índice y mayor abiertos en forma de la letra V, o levantaban, como había hecho ella, los dos brazos: en la mano derecha los dedos abiertos y en la izquierda, el puño cerrado. Y cantaban. Porque la letra de esa música era conocida por todos y ahora sonaba, y las bocas del lugar repleto en la pantalla se movían todas a la vez, mientras la cámara recorría, una por una, las caras de los once héroes de esa tarde, quienes también cantaban; pero ellos seis, sentados en la periferia sur de la ciudad, mantenían sus labios apretados. Hasta que de pronto pasó algo y los movieron: en la pantalla apareció un rostro muy flaco, rígido y marcial, de bigotes oscuros. Un largo rostro enmarcado por las aciagas solapas de un sobretodo negro.

La cámara se detuvo en ese rostro seco y una corriente sacudió al GdeF y el GdeF gritó. Encerrados en la casona del sur, en el living de muebles de estilo apolillados, los seis gritaron unánimes: a-se-sino/a-se-sino/. Un canto perfectamente escandido en tres tiempos: dos negras, dos corcheas, podría haber pensado Guille, que además de leer a Don Juan tocaba algo de piano.

Gritaron. Todos juntos. No lo repitieron muchas veces: cinco, o seis. Fue suficiente. Gritaron con tanta fuerza que la hermana de Tito se asomó a ver qué pasaba y después se retiró en silencio. Cuando callaron, ya había empezado el proceso final que tantos millones de personas seguían por televisión. Apagaron el aparato. Cady señaló el fragmento que iban a traducir y cada cual se abocó a lo suyo. Alguno consultaba algo aislado, o murmuraba un «ah claro», o recitaba en

susurros un paradigma para ver en cuál encajaba el caso que tenía que identificar. «Terminé», iban avisándose. Después controlaban entre todos el análisis y la traducción. Quien había resuelto algo que otros no habían logrado, lo explicaba en detalle.

Cada tanto un clamor llegaba de afuera: gritos desahogados que proyectaban al unísono, o en diversos tiempos superpuestos, un monosílabo largo, redondeado. Provenían de las casas vecinas e indicaban que la felicidad avanzaba, previsible e imparable iba extendiendo su lápida. Entre los estudiantes de Latín alguno repitió el monosílabo con voz ronca y rápida, confirmando: así era. Las cosas, como son.

Un par de horas después los integrantes del GdeF habían traducido buena parte de los fragmentos que Royo había sugerido como práctica, los clamores se habían repetido tres veces y ahora el ruido que venía de la calle ensordecía. El ventanal abierto mostraba un desfile de personas avanzando por la vereda en dirección a la estación de trenes; agitaban telas y plásticos con los dos colores, lucían vinchas al tono.

Era imposible estudiar más. De todos modos, se felicitaron, habían logrado aprovechar ese domingo. Sin consultar pero sin recibir objeciones, Tito bajó las persianas del ventanal y corrió de un tirón las pesadas cortinas de terciopelo. Guille sacó marihuana de la cajita de lata que se había arriesgado a llevar en el doble fondo de su morral. Jorge sacó del suyo una botella de ginebra. De la calle seguían escuchándose gritos —aunque opacados por la madera de las persianas y la densidad del terciopelo—: su ritmo consistía también en dos negras y dos corcheas, pero la palabra pronunciada era distinta, aunque igualmente unánime. Tal como la prensa del momento en diarios y televisión se había dedicado a repetir a cada rato, era una palabra que por fin unía a todos, después de tanto tiempo de enfrentamiento. La coreaban cada viejo y cada vieja, cada adulto y cada adulta, cada adolescente y cada niño, niña, bebés incluso de año y medio lograban pronunciarla defectuosamente, sonriendo gratificados por las sonrisas de sus progenitores, siguiendo el mismo ritmo mientras pitidos agudos de silbatos, percusiones variadas, acompañaban.

Entonces ella le pidió a Tito que por favor pusiera música y su amigo se acercó a un aparato enorme y eligió un disco de Pink Floyd. Uno que tenía la foto de una enorme vaca en la cartulina. Lo puso a buen volumen, pero cada tanto alguno se acercaba y lo subía. Más o menos por ese momento Cady le pasó el faso y ella pitó con desesperación, se llenó los pulmones y estuvo largos segundos el humo, antes de dejarlo salir, esperanzada.

En el mundo en el que estaban no había promesa alguna, que Pink Floyd existiera era una bendición. Ella no puede recuperar lo que hicieron durante el tiempo que siguió antes de que salieran de la casa, mientras el sol caía. Tal vez no hablaron, no había mucho para decir. Sabe que trataron de no pensar en las catacumbas sobre las cuales saltaban los festejantes, o las puertas frente a las que tocaban sus silbatos, coreaban su palabra unificadora y arrojaban papel picado. Algunas de esas puertas anónimas se abrirían a prisiones oscuras, atestadas de jóvenes como su propia prima, lugares de tormento y muerte a los que ningún cartel delataba aunque los gritos y los tiros a veces se escucharan y los vecinos dijeran shhhh a sus niños cuando preguntaban.

Para no pensar dejó que la música creara un espacio misterioso y lo habitó, lo dibujó con movimientos de danza. Tito le devolvió una hábil parodia de su baile que le cortó todo clima y se empezó a reír. Después tomó un trago más de ginebra y miró a su alrededor: Cady soñaba recostada en un sofá. Jorge observaba la alfombra llena de pelusas con el ceño fruncido. Marcela besaba con pasión a Guille en el sofá: previsible.

Bastante después (ya era de noche y la marihuana, la ginebra, las facturas, los bizcochos de grasa y la provisión entera de galletitas que guardaban Tito y su hermana en las alacenas se habían terminado), alguien propuso que tomaran el tren y se fueran a estudiar el fenómeno sociológico al centro de la ciudad. Harían acto de presencia, dijeron, para grabar en la retina lo que alguna vez relataría la Historia. Salieron muy juntos, confundiéndose con el río incesante que seguía caminando hacia la estación. Para no perderse avanzaban un poco tomados del brazo, otro poco de la mano.

El andén, antes vacío, ahora era una compacta aglomeración de cuerpos. Se dejaron empujar adentro del vagón y se quedaron apretándose entre ellos, temerosos. De pronto un canto dio el orden de saltar. Era una orden formulada como aseveración pero funcionaba como advertencia perentoria: quien no saltara al ritmo del canto era de otra nacionalidad, eso afirmaba la multitud en el vagón; quien no saltara era alguien con documento de ciudadanía extendido por un pequeño, lejano y ajeno país, bastante más rico que el que había extendido el documento de ella y de los saltarines; un país situado al norte del hemisferio Norte donde ella nunca había estado pero del cual sabía gracias a las clases de Historia del Arte del Profesorado. Un país que, tenía que admitir, le caía bastante bien y al que le había deseado en vano, en esa tarde, la mejor de las fortunas. Lo había deseado intensamente porque así su prima, las catacumbas, las puertas anónimas iban a ser un poco —apenas un poco— menos ignoradas.

Eso pensó ella muy quieta, aunque bamboleándose por el movimiento del tren y las vibraciones adicionales pues mientras tanto, a su alrededor, todos (salvo los seis) saltaban y los empujones de quienes se apresuraban a demostrar que no pertenecían a la nación norteña estaban por lastimarla. El vagón resonaba por el impacto de piernas y zapatillas, de cabezas que llegaban casi al techo, de brazos que frenaban el choque de las cabezas contra el techo. El movimiento se sumaba a la vibración propia de un tren que rueda sobre las vías. Sintió el peligro. Pero a ellos seis nadie los miraba y si los miraban, nadie los veía. Ella pensó qué pasaría si a su prima, por algún motivo inconcebible y suponiendo que aún estuviera viva, los captores la sacaran de su celda y la llevaran ahí bajo custodia, en ese vagón atestado de brincos, por ejemplo, para que observara la felicidad descomunal de sus compatriotas. Pensó que su prima estaría allí, apretada como ella, inmóvil, callada como ella, como sus cinco amigos; pero además pensó que si su prima se pusiera de repente a gritar, a avisar quién era, si dijera soy de las que ya no aparecen por ningún lado, miren, acá estoy, me trajeron estos hasta acá, los que me torturan y ahora me vigilan, observen por favor, escuchen, soy yo... *¡Así es!*... pensó que si algo tan perverso se les pudiera ocurrir a sus captores y ella estuviera viva y además allí, y dijera eso, ninguno de los festejantes dejaría de saltar y de aplaudir, ninguno pondría en segundo plano su urgencia porque nadie lo confundiera con un ciudadano de nacionalidad diferente, y entonces la prima de ella, afónica por su grito en el repleto vacío, volvería a la mudez y sus captores la arrojarían triunfales a la catacumba de la que, por ese rato, la habrían extraído.

Seis jóvenes callados y quietos en un vagón donde las dos negras y las dos corcheas ahora reemplazan sin resquicios, cada vez que la multitud pierde el aliento, la advertencia sobre lo que son los que no saltan, por no saltar. Llaveros que golpean contra los caños cromados, respiraciones agitadas y sudor, mucho sudor que cae de vinchas bicolors. En el vagón cerrado, el aire aprieta. Es la energía, piensa ella. La presión es alarmante. Ella imagina que tanta fuerza centrífuga va a hacer que vuelen el techo, las paredes del vagón. Lo mira a Tito, Tito la mira también, le aprieta la mano. Porque ya falta poco. Falta poco, murmura el amigo y la tranquiliza.

Esta vez no usó el tono con el que sabe tan bien hacer reír, esta vez fue como un hermano mayor y ella le aprieta la mano un poco más. Siente el brazo de Marcela que se aferra al suyo. Falta poco, le susurra, tomando un gajito de la calma que le dio Tito para convidarla. El tren se está deslizando en el andén de la estación final, ya están los techos de hierro y vidrio arriba, el ciempiés enfebrecido está arribando a su destino: la cueva iluminada que sirve de cobijo para depositar su carga bulliciosa. Están en la Estación Central de la ciudad y el ciempiés abre sus puertas al andén también repleto de festejantes que ya comienzan a regresar. La multitud vuelve a empujar a los seis amigos hacia afuera y ellos se dejan salir, tocan la tierra firme de la patria compartida mientras los que llegan, los que se van siguen saltando, siguen cantando. Y los seis se abrazan, se abrazan fuerte los seis en una ronda cerrada, los pies en el andén, enlazados los hombros uno con el otro, con la otra, y saltan, saltan alto, y de sus gargantas salen de pronto dos negras, dos corcheas, dos negras, dos corcheas, dos negras, dos corcheas.

Gritaron. Todos juntos. No lo repitieron muchas veces: cinco, o seis. Fue suficiente. Gritaron con tanta fuerza lo mismo que gritaban todos que nadie miró ni se asombró. Ellos sí, después: se miran con asombro, con vergüenza. Y se observan los pies. Y mientras registran por fin los cuerpos relajados, evacuados como quien llegó al final de un coito oscuro que lo dejó vacío, siguen caminando. Arrastran los zapatos, buscando la salida.

EL PELIGRO DE ACUDIR A LA CITA

*A Sol,
que se llamaba Mónica*

*¿Te acordás, hermana, qué tiempos aquellos?
La vida nos daba la misma lección.*

María Elena Walsh

Soñó con unas zapatillas verdes. En el sueño eran las que se había calzado miles de veces durante los tres años que vivió en Francia, las que la habían llevado por las picadas de los veranos europeos, completamente desnuda pero con los pies protegidos, trepando escollos de piedra en una isla de Grecia junto con otras personas desnudas como ella, como aquel holandés alto y hermoso que trabajaba en programas de rehabilitación de yonkees y la amó fugazmente una tarde sobre la arena, algo escondidos entre rocas color vino de la playita de acceso difícil, con justicia bautizada playa roja por la comunidad de hippies que había habitado la zona a comienzos de los años 70. Soñó con unas zapatillas verdes guardadas con cuidado en una caja que también tenía papeles que mentaban momentos dolorosos de aquella misma juventud, pero en el sueño había usado ese calzado resplandeciente todos esos años de su postgrado en París y también esos veranos, aunque cuando despertó se dijo que no era cierto, que en realidad había usado unas celestes y se preguntó a dónde habrían ido a parar, en qué arreglo de placares o en qué mudanza habría decidido regalarlas o tirarlas porque no daban ya para ser regaladas sin ofender a quien las recibiera. Sin embargo soñó otras zapatillas, nada feas, y lo más asombroso era que, aunque tan usadas, aunque conviviendo con el dolor de una juventud que también había sido difícil, estaban en excelente estado y ella había pensado, en su sueño, que era bueno haberlas recuperado porque bien podría ponérselas ahora, usar sus zapatillas verdes todavía varios años más. A su edad la ropa y el calzado duraban lo que nunca en la veintena: el pie no crecía más desde hacía mucho tiempo y en cuanto a la ropa, todo el secreto era saber comer y no engordar. La vida desgasta menos las telas cuando se tiene cincuenta y aunque vestirse siga siendo un arma de seducción, ya no importa usar lo último que ordenan las vidrieras o lo que indica un grupo de pertenencia porque ya se sabe quién se es, se armó un estilo, y porque además ya no se tiene ni se quiere tener un grupo de pertenencia.

Hacía más de un mes que no volvía tan tarde y años que no dormía hasta pasado el mediodía. Recordó la reunión de la noche y pensó que la serenidad de esta etapa era intensa y no aburrida e

interpretó con igual serenidad su sueño, sonriendo con orgullo porque en él, concluyó, brillaban el comprensible, imposible deseo de seguir poseyendo la perdida juventud pero también la certeza de que aunque el tiempo hubiera transcurrido, esa juventud no estaba rota: ahí estaban, sanas, sus zapatillas («las zapatillas verdes», recordó, era el título de una novela que la había conmovido cuando tenía doce años), dignas para ser calzadas cada vez que tuviera ganas.

Se estiró ruidosamente en la cama. Pese a que los sábados solían amanecer juntos, Ramiro no estaba. Anoche él había tenido su cena con los compañeros del coro y ella, la reunión extraordinaria. Agradeció una vez más la natural discreción con que los dos ejercían su libertad y no se aferraban demasiado a las rutinas, ese era el secreto de su estable, confortante, amorosa relación con cama afuera que ya llevaba diez años. Él estaba con sus amigos, sabía y podía divertirse por su cuenta; ella había salido hasta el amanecer con la gente de su escuela secundaria, un reencuentro al que por supuesto a él ni se le había ocurrido que debía asistir, a diferencia de la mujer del patético Bragnello, que anoche estaba ahí como un ser de otra especie y miraba con sonrisa estúpida, sin tener nada que hacer ni decir. Saludada con cortés indiferencia por más de sesenta extraños, la gordita era un apósito que vigilaba al hombre crecido en esa excursión a un pasado ajeno, y mientras él abrazaba, reía, se volvía otro, ella esperaba para llevárselo de vuelta a casa.

Descalza, todavía vestida con su camión de gasa roja, Dalila abrió despacio la puerta del cuarto de su hija: dormía. Cuando ella volvió de la reunión que evidentemente le había provocado el sueño de las zapatillas verdes eran casi las seis de la mañana y Milena no estaba. Salida de adolescente en viernes a la noche: no se despertaría hasta la tarde. Tenía tiempo, a las cinco la esperaba el papá en su casa así que la dejaría descansar. Cerró la puerta con emoción, imaginó las aventuras nocturnas que estaría viviendo su ya no niña, las que ella no conocía ni compartía. Su madre tampoco había compartido las que Dalila había vivido con esas chicas y chicos que (aunque ya no eran ellos) había reencontrado anoche. Mientras se desnudaba ante el gran espejo de su baño, antes de entrar en el agua tibia, espumosa de productos de aromaterapia que le había regalado un paciente, Dalila se preguntó retóricamente cuántos, además de Ariel, cuántos más de los hombres y mujeres cincuentones, canosos y teñidas, pelados y con el pelo raleado por las tinturas y la menopausia, panzones y panzonas, arrugados y arrugadas, varicosas y aquejados del ciático, cuántos de los compañeros de secundaria que ella había enfrentado durante la noche anterior (salvo Ariel) mantenían interiormente con dignidad sus zapatillas de entonces. Deseó que también Laura las pudiera soñar así de limpias, de sanas. A Laura la vida no la había tratado con tanta amabilidad como a ella, pese a su enorme éxito profesional, y sin embargo se la veía entera: no había perdido la voz vibrante ni la mirada franca, ni había permitido que de su aspecto se borrara por completo la exuberante muchacha que volvía locos a los chicos de secundaria, esos exchicos que deambularon por la reunión saludándose con un desafiante «¿quién soy?» y prosiguieron con ruidosos festejos y abrazos cuando la persona interpelada lograba reconocer detrás del cráneo raleado, de la papada, de los dientes amarillos, del abdomen, al adolescente que le había gritado turra a la Ferreyra la vigésima vez que tomó prueba sorpresa o al que había partido en dos un inodoro del baño del patio cubierto, cuando pasó toda la hora de geografía sobre él, en cuclillas para que no se le vieran los pies, intentando salvarse de la lección oral, o al que antes miraba directo a los ojos, o al que antes era ágil y flexible como un gato, o al que en un recreo juró haber tenido su primera relación sexual durante una siesta del verano anterior con cinco eyaculaciones seguidas adentro de su empleada doméstica, mostrando como prueba, a

varones que en su mayoría ni siquiera habían logrado terminar de cambiar la voz, cicatrices de rasguños en la espalda. Qué repugnantes eran, se acordaba Dalila disfrutando de la espuma de su amplia bañera, qué ideologías abyectas podían encarnar con inocencia feroz, qué mundo basura se enquistaba ya en ellos hasta arrastrarlos a eso que tantos eran anoche, murmuraba y pensaba en Ariel, exceptuaba a Ariel, la sensibilidad de Ariel que ni siquiera entonces había festejado esas cosas; volvía a ver su hermoso rostro joven y su entusiasmo cuando analizaba las letras de Moris y Charly García como programas existenciales y su silencioso interés cuando la dejaba hablar contra el machismo, su respetuosa atención. Dalila pensaba en el Ariel de hoy, los asombrosos anteojos de marco oscuro que ahora velaban un poco la misma mirada despierta, el bigote canoso, los músculos desarrollados que señalaban la continuidad y el abdomen discreto que marcaba aceptablemente la distancia con ese joven que había sido para ella un intenso, verdadero amigo, no un amor, se decía mientras se estiraba en la espuma, nunca se enamoraron, nunca se hirieron, no tenían nada que reprocharse, disfrutaba ella pulsando el botón del hidromasaje y dejando que las piernas se balancearan un poco por el impulso del agua. Ideología repugnante, mundo repugnante, pero en Ariel (hoy un próspero sociólogo que tocaba casi como hobby en una banda de *jazz*), en Laura y en Andrés ella había encontrado una sombra más apacible. Mundo repugnante pero no Ariel, no su voz cálida de entonación perfecta, no los rasguídos de su guitarra, no el inglés bien pronunciado con que entonaba en los livings de las casas donde sus amigos organizaban fiestas *Breath, breath in the air* e instaba a Dalila a acompañarlo en el canto, no la habilidad con que rehacía los acordes de Pink Floyd y alentaba a todos (pero sobre todo a ella, porque la sabía cómplice) a respirar un aire nuevo, uno que también le transmitió boca a boca en los encuentros desafortunados que tuvieron en los hoteles alojamiento de la Recoleta durante varios meses de quinto año, encuentros precedidos o seguidos por mucha risa y charlas serias donde discutieron y perfeccionaron definiciones sobre la amistad, la hicieron trascender fronteras preestablecidas, derribar muros, volverse la esperanza del mundo que advendría. Acordaron que, de él, ellos eran heraldos y en él, la amistad podría incluir sexo. Como la tarea urgente era cambiar la realidad, debatieron si la herramienta era la política o era el arte: Ariel explicaba que los militantes políticos eran rígidos, tenían miedo de su inconsciente, se aferraban a manuales y fórmulas, y prendía un joint en esa habitación de albergue transitorio a la que habían entrado rogando que nadie les pidiera documentos, y Ariel fumaba con ella por primera vez, vírgenes los dos de drogas, juntos en el compromiso de experimentar y crecer, un verbo que señalaba algo muy grande, más allá del desarrollo fisiológico o incluso existencial, un verbo que apuntaba también a todos, como si cada acto que Ariel, ella, Laura o Andrés (esos pocos semejantes) emprendieran, fuera lugarteniente del mundo por venir.

Y tal vez Ariel haya sido virgen no solo de drogas en ese hotel alojamiento en el que fumaron juntos marihuana y tomaron otra vez alucinógenos, pero Dalila no era ya virgen y con ese saber femenino sobre lo que a un varón no hay que ponerle en evidencia, nunca se lo preguntó, ni siquiera anoche, cuando volvieron a verse más de treinta años después y guardar esos secretos ya no tenía demasiado sentido. ¿A lo mejor lo haría? ¿Se encontrarían otra vez ahora, grandes, cincuentones? ¿Irían a cenar y compartirían un buen vino «a ver si somos capaces de tender nuevos puentes», como él había dicho cuando cambiaron celulares? ¿Tendría ella el espacio para preguntarle y confirmar lo que siempre había sospechado, a lo mejor otra vez entre sus brazos, otra vez en un hotel alojamiento, tirándose una de sus canitas al aire? Sería lindo, se dijo contenta, sería lindo salir y volver a encontrarse en absoluto secreto, como antes. Los suyos habían sido

tiempos de novedad y fiebre y pese a la pasión no se habían hecho daño. También habían sido tiempos de acción política, aunque en esa escuela de niños de familias acomodadas casi nadie militaba, tampoco Laura y todavía no Andrés, pero los cuatro seguían con excitación las noticias de los diarios y discutían con Andrés, que sí militaría y que un año y medio después sería secuestrado, el único desaparecido de nuestra promoción dijeron anoche y ella recordó tantas charlas que la llenaban de dudas a ella y a Laura, no a Ariel, que se hartaba y contraproponeía la revolución del amor, la profundización del conocimiento del yo y la vida en comunidad con paz y libertad, y citaba versos de Spinetta o de la antología de surrealistas que había hecho Aldo Pellegrini. Y porque se hartaba hoy, al revés de Andrés, estaba vivo.

Con Laura ella continuaba compartiendo dudas sobre aquellas cosas. Laura estaba más arrugada, claro, quién no, pero seguía hipnotizando a los hombres con sus escotes profundos y se reconocía en su rostro atractivo (no hermoso) aquel rostro atractivo y no hermoso de juventud; no se había hecho mamarrachos en el pelo ni lipoaspiraciones abdominales, no se había inyectado sustancias en los labios o en los pechos ni se había estirado la piel con cirujanos. Y sobre todo había hecho de su potente cerebro, de su extrema sensibilidad, los secretos de un triunfo que anoche pudo refregar en la cara a decenas de mediocres que la habían humillado y después no habían ido ni a la esquina. Ella y Laura, triunfadoras no porque vivieran en un country como Marta, siempre estúpida pero ahora seductoramente estúpida, casada con un abogado penalista que había hecho una fortuna en los noventa defendiendo la línea media de políticos corruptos. Eso se comentaba anoche sobre Marta, a sus espaldas. Se hablaba con asombro y hasta con admiración mientras la exmosquita muerta iba de acá para allá, luciendo ante los ojos de los egresados de la promoción 1975 la belleza que nunca antes había tenido. Belleza hueca, sabía Dalila: corte de pelo de estilista famoso, ropa de la última temporada, cuerpo perfecto moldeado con cirugía y gimnasia hasta el más pequeño músculo. Dalila y varios más habían tenido que hacer un esfuerzo para recordar quién era esa mujer atlética y bronceada hasta que aportando recuerdos entre muchos la habían recuperado: una chica de perfil muy bajo, notas mediocres, amiga callada de otra tan anónima como ella que no había concurrido a la reunión. No había anécdotas que trajeran a Marta desde el pasado y parecía mentira que en el presente luciera tanto paseándose entre los antes indiferentes antiguos compañeros, moviendo su cabello perfectamente teñido y sonriendo con labios bien maquillados, ni mucho rojo ni poco brillo, ante una corte de machos envejecidos y ansiosos; elegante y sensual sin por eso disfrazarse de adolescente, sus piernas lisas y fuertes de jugar al tenis (habló mucho de eso, jugaba al tenis en el country tres veces por semana y entonces alguien recordó a sus espaldas que en el equipo de vóley funcionaba bien y algo de la Marta del pasado se hizo real, la niña deportista sin gracia era la señora del abogado que apareció un par de veces en los diarios durante los años noventa y, como muchos en esa reunión, se exhibía y se esforzaba por recibir hoy el reconocimiento que ayer le habían negado, así como otros se esforzaban por recibir hoy el reconocimiento que ayer habían disfrutado).

Porque así era, pensó Dalila mientras elegía en su vestidor una remerita y una minifalda encantadoras que le quedaban apenas peor que a Marta aunque tenía unos apliques de patchwork que con certeza ella, de imaginación pobre y gusto convencional, jamás concebiría: cada uno de los que estaba en esa reunión esperaba ser reconocido en su continuidad como existencia digna. Algunos se mostraban orgullosos de eso en lo que habían devenido y otros lo enseñaban con timidez y hasta culpa, como diciendo me transformé en esto, qué se le va a hacer pero por suerte ustedes me recuerdan. Y otros paseaban su humanidad por la reunión disfrutando una revancha. Tal

vez incluso ella misma, Dalila, participara un poco de ese grupo: en tanto era una de las que soportó la condena de ser minoría, el don de ser diferente, tenía sus humillaciones por cobrarse. Pero la mayor acreedora de la noche, la que resplandecía de felicidad mientras cobraba, uno a uno, cada peso de su deuda, había sido Laura. Anoche, pensó Dalila con satisfacción, toda esa gente patética había tenido que volverse modesta cada vez que se acercaba a ella, cada vez que Laura contaba con naturalidad, sin siquiera necesidad de jactarse, cómo había llegado a ser una de las cabezas más valiosas de la antropología en el mundo, uno de los nombres más prestigiosos en una de las mejores universidades de Estados Unidos.

Se había hecho amiga de Laura a los trece años discutiendo sobre Jo, la hermana rebelde de la familia March. Ambas amaban y abjuraban a la vez de aquella novela de infancia y rescataban a Josephine, la que no encajaba, la apasionada por la literatura; Dalila fustigaba a una autora sádica y envenenada de judeocristianismo que había forzado a Jo a cortar el largo y abundante cabello — su única belleza— para ayudar a los pobres, en cambio Laura señalaba que al hacerlo, la autora se atrevía a dejar a su personaje femenino sin las armas que hoy se denominan estereotipos del género y entonces las dos acordaron, felices, en caracterizar como: trampasburguesasmachistasyreaccionariasenlasquecaemoslasmujeres. Reconociéndose hermanas de Jo se habían reconocido hermanas ellas mismas y Dalila aprendió rápido a querer —aunque a veces la sacaran de quicio su ansiedad y su verbosidad— a esa chica extraña cuyo uniforme gastado y cuyos útiles baratos desentonaban en la escuela privada. Tampoco su cuerpo armonizaba: su busto era demasiado prominente; sus curvas, extremas. La existencia femenina que se llamaba Laura evidenciaba un desarrollo insultante para las demás púberes del curso; en cuanto la conocieron, las que ejercían el liderazgo hicieron correr el rumor (que Dalila primero creyó y contribuyó a divulgar, para intentar ser aceptada y también por envidia) de que se ponía algodón para rellenar el corpiño y esa mentira explicaba las redondas protuberancias que su holgado jumper gris y el encorvamiento intencional de su espalda no lograban disimular. Las glándulas sudoríparas de Laura también fueron objeto de ignominia: activadas por una producción hormonal febril, agredían sin pudor las delicadas narices de las flamantes señoritas. Luego, cuando se hicieron amigas, Laura mostró a Dalila, antes que nada, los frascos de desodorantes y perfumes consumidos que guardaba en la repisa de su habitación para al menos defenderse ante sí misma, y los frascos aún por consumir que utilizaba muchas veces al día, y le habló con lágrimas en los ojos de los reproches que sus padres le hacían por lo que gastaba en ellos y en los baños de agua caliente, que malversaban el gas y se repetían incluso tres veces por día. Esto no borró el hecho de que Dalila hubiera sido una de las tantas que había difundido la calumnia de que la chica de algodón en el corpiño no se bañaba nunca, y tampoco que incluso una vez hubiera tomado la iniciativa para ofenderla, mostrando a la que sería su amiga su rechazo al correrse unos pasos y murmurar ostensiblemente qué olor y provocar risas cuando la niña se acercó al grupo y ensayó su sonrisa más generosa para ver si la integraban. Una generosidad que había constituido (pensaba ahora Dalila, recordando aquella boca rosada de dientes pequeños, al tiempo en que desayunaba liviano en la barra del bar que delimitaba el área de cocina de su luminoso living integrado) la herramienta espontánea con la que Laura había enfrentado la despiadada maldad del resto de las mujeres, incluida la de Dalila, en esos primeros meses de primer año de secundaria, cuando Laura recién había entrado a la escuela (becada, desde luego) y se enfrentaba con un grupo armado y sólido que arrastraba líderes desde el primer escalón de la primaria. Una generosidad que Dalila nunca había tenido; ante las agresiones y el vacío de sus compañeras, que ya desde años

anteriores mantenían con ella una relación desconfiada, se había distanciado con inicial rencor que se fue volviendo indiferencia después de una sorda pelea con las líderes, de cuya inferioridad espiritual la adolescencia súbita la había vuelto consciente. Aunque durante el primer año de secundaria todavía tuvo ramalazos de interés (o tal vez esperanza) en juntarse con ellas, porque ser aceptada parecía la posibilidad de ser mirada y de seducir a alguno de los chicos exitosos del curso, pronto se alejó rumiando las ofensas recibidas y pergeñando venganzas bastante efectivas que siempre pasaban por doblegar con su verba eficaz a las que detentaban el poder grupal, escupiendo ironías y negros chascarrillos que las atacadas entendían a medias, lo cual las ponía aun más nerviosas y enfurecidas y arrancaba sonrisas en algunas chicas y varones avisados. Pero antes de aquella ruptura definitiva nunca abiertamente declarada, Dalila había tratado en vano de adaptarse. Para lograrlo le faltaba pelo lacio (su mata rebelde y abundante hecha de rulos, gran orgullo todavía en su cincuentena, era lo peor que le podía pasar a una chica de los años setenta, sobre todo si intentaba planchársela con productos químicos que le dejaban el cabello sin ondas pero parado como por electricidad). También le faltaban destreza en los deportes y si no dinero, decisión de sus padres en gastarlo en marcas importadas de la más reciente moda. Y por si fuera poco, le sobraban sensibilidad y falta de habilidad para la hipocresía con los demás y consigo misma. No obstante (Dalila no quería embellecerse) en algún momento —aquel primer semestre del primer año, sobre todo— había intentado cultivar esas virtudes sociales y si no le había ido bien, no había sido porque no pudiera disfrutarlas por un rato, sino porque no alcanzaron: su vocabulario demasiado rico de niña lectora, las simpatías políticas de sus padres, demasiado izquierdizantes, su incontrolable tendencia a complicar con preguntas y análisis que nadie le pedía las afirmaciones seguras de sus camaradas, el poco compartido entusiasmo que expresaba cuando la profesora de castellano o de literatura inglesa proponían ciertas lecturas, y probablemente, en menor medida, su apellido judeo alemán combinado con su condición de atea obstaculizaban que la crema femenina de primer año, primera división, terminara de aceptarla en su seno.

Durante los últimos diez años Laura había ubicado a Dalila por internet. Desde entonces, los largos y esporádicos encuentros de las dos amigas se habían vuelto un agradable compromiso cada vez que Laura pasaba unos días por Buenos Aires, o cuando Dalila viajaba a Estados Unidos, lo cual había ocurrido dos veces: la primera, a propuesta de su amiga recuperada, que la alojó en su casa en Boston, junto a su tercer marido (del que pronto iba a separarse) y sus dos hijos; la segunda, cuando Dalila viajó a Nueva York como conferencista invitada en un congreso de psicoanálisis y Laura se arrimó hasta allá para pasar con ella todo el día domingo. En esas charlas que no solo versaban del pasado (porque los caminos que las dos habían hecho seguían cruzándose de modos nuevos), Dalila le había pedido perdón una y otra vez por su crueldad durante aquellos meses, pero Laura no parecía resentida. Esa era una de las virtudes que Dalila más admiraba hoy, cuando observaba a su amiga: siempre había respondido con ingenua y noble transparencia a las arpias que la acosaban. ¿Algodón? ¡No! ¡Si usaba corpiño desde los nueve años! La menstruación le había venido ya a los diez. Tenía casi cien de busto, lo juraba, lo confesaba y esperaba en vano compasión de las felices de pechitos ochenta y setenta y cinco, patitas de tero y traseros diminutos. ¿Sucia, ella? ¡Se bañaba varias veces por día pero no sabía por qué traspiraba igual! Incluso con esos productos entonces nuevos, antitranspirantes y no desodorantes, que no ofrecían tapar con otro olor el olor culpable de la vida hormonal, sino eliminar radicalmente cualquier segregación, cualquier evidencia obscena de que su piel floreciente se expresaba con fiebre de moral dudosa. Moral dudosa, eso era lo que desbordaba en

toda Laura, eso proclamaban sus vírgenes carnes abundantes y su cabello muy negro, su piel blanquísima, su perfecto óvalo de cara, sus blancos dientitos lascivos, su nariz un poco grande, un poco curva. Falta de ortodoxia en ese extraño rostro de judía sefaradí que era hija de un obrero textil y un ama de casa depresiva y silenciosa y vivía con ellos en un oscuro departamento del Once, observada por ellos con consternación: qué era esta hija prematura y rebelde que aunque estudiaba bien tenía ideas raras, se negaba a practicar la religión, cantaba canciones de letras absurdas en castellano (y no en el incomprendible pero masivo inglés), melodías rarísimas que un grupo insólito de jóvenes herejes entonaba por esos tiempos, y pregonaba ideas y moral ajenas por completo a los valores de ellos. En quién se había transformado su hija, cuyo notable rendimiento escolar en la primaria y algún azar que el insensible sentido común consideraría buena suerte le habían permitido acceder a una beca en una inalcanzable y exigente escuela privada bilingüe, y se desempeñaba perfectamente en el idioma de casi todas las canciones de la radio, una lengua que padre y madre eran incapaces de pronunciar. Escuela extraña, con varios judíos pero ninguno sefaradí y con certeza ninguno incapaz de comprarse una valija de cuero nueva para llevar los útiles, en vez del cartapacio antiguo y gastado que había pertenecido al padre y Laura cargaba con vergüenza.

Eran tiempos en los que la vida transcurría a la velocidad de la luz, recordaba Dalila mientras enjuagaba en la pileta la taza de su desayuno. Después eligió el compacto con el concierto para cello de Bruch y se recostó a escucharlo y recordar en su sillón preferido, calzándose los auriculares cuadrafónicos para no despertar a su hija (la casa era grande y era improbable que le llegara la música del living si no la ponía muy fuerte, pero nada le costaba esa pequeña precaución). Seleccionó el adagio, precisaba esa serenidad para conectarse con tanta fiebre, y recordó asombrada una vez más que no habían pasado sino meses de primer año y ellas dos ya eran amigas cuando el estigma de fea sin remedio que las mujeres del curso habían impuesto a Laura mutó con brusquedad. No el de la pobreza ni el de la consiguiente suciedad a ella asociada, pero la suciedad ahora mostraba explícita su deslumbrante factor sexual: porque Laura, esa feísima y maloliente gordita de blusitas con puntilla, resultó —para estupor de todas— objeto del deseo desenfadado y las fantasías de los varones de primer año primera división y pronto su figura bendecida por curvas que ninguna de las otras ostentaba todavía se extendió a las divisiones aledañas, también a los de segundo y hasta a algunos varones de tercero y cuarto.

De a uno, casi todos la fueron volviendo protagonista de sus hazañas y contaron a cada machito que quisiera escucharlos (y siempre alguno se lo contó a una amiga que se lo contó con indignación a las demás) cómo las viriles manos adolescentes de donde brotaba tanto ensueño erótico habían amasado y presionado los descomunales senos blancos contra la pared de una escalera o habían asaltado las caderas, refregándose en su trasero y mordiéndole el cuello en la penumbra, aprovechando que se había inclinado sobre una cama para tantear, entre las ropas de todos los invitados a la fiesta, el tapado de paño pasado de moda que su madre había adaptado para ella en ese invierno. Variadas escenografías y ocasiones componían con monotonía un relato único en el que la gorda Laura, Laura la tetona, había sido usada breve y audazmente y nunca jamás se había resistido, por el contrario, se había dejado, había respondido con fervor, había marchado sumisa al mismo ritmo urgente de los vírgenes cabríos.

Y así cundió su fama. Llegó hasta el rector de la escuela (quien, inquieto por el mantenimiento de la beca, la interpeló con paternal eficacia y quizás por su experiencia en el oficio supo creerle y reafirmarle su confianza) e incluso hasta su propio padre (quien al escuchar una voz anónima de

mujer que decía por teléfono su hija es una puta no supo qué hacer, ni qué pensar, y cortó en silencio con tristeza infinita). Laura replegó sus sonrisas y su eterna disposición a ser amable en el silencio, aunque nunca logró devolver las agresiones y todos siguieron acostándose con ella mientras ella sufría una virginidad que se había vuelto involuntariamente secreta y sobre todo inverosímil.

Hasta que hubo un varón que de verdad se atrevió a descubrir la virginidad de Laura, uno que no avanzó en la fantasía sino en el árido y peligroso mundo real. Todos los relatos lo habrían convencido (aventuraban hoy las dos amigas, cuando revisaban juntas aquellos hechos de casi cuatro décadas atrás) de que la exuberante chica de piel blanca, nariz curva y pelo negro era la señalada, el regalo que la vida le ofrecía para animarse a su primera incursión en la selva despiadada de las relaciones sexuales, porque esa suciedad asquerosa y envidiada por las chicas, deliciosa y punible para los varones, a él le parecería más bien generosidad extrema, materna omnicomprensión, incondicional entrega que transformaría la ardua y hostil excursión que lo esperaba en un viaje inolvidable al paraíso. Tal vez fue por eso que Andrés no atacó ni asaltó ni manoteó, no intentó imitar los relatos imaginarios de sus compañeros; no porque no los diera por ciertos sino porque no tendría ningún interés en castigar a la experta puta de la escuela, sino en seducirla. Querría estar a la altura de esa magnificencia que se le antojaría infinita y se le habría vuelto evidente no solo por los relatos de sus imberbes y estúpidos (pensaría él en su fuero íntimo, sin atreverse a confesarlo) congéneres, sino también por su propia experiencia, por la generosidad que leería en Laura durante las pruebas escritas, por ejemplo, cuando jamás corría la hoja si alguien espiaba la resolución de un ejercicio, probablemente justa dadas las notas que ella solía obtener, notas apenas correctas en las materias que no le gustaban (geografía, botánica, contabilidad), notables en las que le interesaban en serio (matemáticas, historia, lengua inglesa, castellano). Quizás por eso Andrés logró con Laura lo que nadie había ni siquiera intentado y fue el primero y el único varón que se acostó con ella entre el medio centenar de muchachos que aseguraron durante los cinco años del ciclo secundario que lo habían hecho. Solo que Andrés nunca lo proclamó, tampoco lo ocultó. Se limitó a hacerse buen amigo de la chica y a llevarla a su habitación o a hoteles alojamiento ya en el verano que separó el primer ciclo lectivo del segundo, y a seguir acostándose con ella a veces con mayor frecuencia, a veces esporádicamente, durante los cuatro años que siguieron, intercalando a su amiga Laura entre otras mujeres, para volver siempre a ella, a su entrañable Gorda Tetona, a quien saludaba en la escuela con complicidad alegre, despeinando con afecto su lacio y brillante cabello oscuro, abrazándola como a un amigo cuando no se acostaba con ella porque alguna novia rubia lo había deslumbrado por un rato.

Ah, cómo había amado Laura a Andrés, pensaba Dalila dejándose llevar por la infinita melancolía del adagio de Bruch. ¿Y Andrés había amado a Laura? Posiblemente más de lo que él se había dado cuenta. Y por eso la había hecho sufrir. Ariel no le debía a Dalila ni un instante de dolor, apenas alguna ansiedad, algún momento de incertidumbre o inseguridad que pronto se había disipado. En cambio Dalila recordaba con exactitud el estoico dolor que su amiga había sufrido cuatro años, la ilusión que no logró disiparse hasta que no se fue del país, no partió casi huyendo de tantas cosas (el dolor por Andrés y por el secuestro de Andrés, una de ellas) a estudiar afuera. Solo cuando se reencontraron las dos casi treinta años más tarde vio Dalila a Laura libre por fin de su fijación con ese chico contradictorio que la quería tanto pero nunca como para elegirla, que la respetaba tanto pero nunca como para defenderla con énfasis de las calumnias que levantaban contra ella sus camaradas, nunca como para traicionar a sus compañeros de género

desautorizándolos en público. Recordaba el simple y rotundo amor que tenía Laura por ese muchacho ignorante de sí y atormentado que, ella le contaba, a veces se acurrucaba después del sexo adentro del amplio cuerpo de su amante para susurrarle, sin atreverse a mirarla a los ojos, que ella, su Gorda, su linda y tetona Gorda, era lo único verdadero que él tenía, que pese al lugar de liderazgo que gozaba en el curso, pese a su participación brillante como federado de voley masculino en el equipo de la escuela, al costoso auto paterno que lo dejaba en el colegio todas las mañanas y a las vacaciones en Punta del Este cada enero, ella era lo único que él tenía, la única mujer real entre tantas carcasas de ropa importada y maquillaje y esmalte de uñas que lo asediaban como fantasmas y él lucía a su lado como parte del pesado oficio de ser hombre, uno de los hombres exitosos de esa escuela. Pero unos días, unas semanas después, Andrés le pasaba un papelito en clase donde le escribía excitado tenemos que hablar, tengo que contarte, y en el recreo, si no lo requerían sus obligaciones de varón popular, o en un café al que la invitaba a la salida de la séptima hora, él le hablaba entusiasmado de una chica que acababa de conocer y parecía otra cosa, era probablemente otra cosa, como le dijo también de Teresa, de la otra división de tercer año, la bella Teresa de mirada angelical que estaba ahora en la reunión de egresados y era una señora flaca y seca con finos labios apretados y ojos que desbordaban amargura pero entonces tenía mirada de ángel, eso le dijo Andrés a Laura treinta y cinco años atrás, pureza celeste, y sonreía con tanta sensibilidad, su alma parecía tan rica que a lo mejor sí ella era la que podía ser su novia. Y entonces Andrés suspendió el sexo con Laura y Laura asistió con una sonrisa forzada y triste al periplo del primer noviazgo serio de su amante: el amor loco inicial, Teresa y Andrés con las manos juntas, riendo en los recreos, los besos en cada rincón, la mirada vigilante y hostil de Teresa sobre ella, Laura llegando a la escuela y saludando, Andrés respondiendo con un murmullo avergonzado, los ojos huidizos, Andrés esquivándola, la estudiada distancia. Dalila recordaba a su amiga soportando por meses la euforia de dos adolescentes enamorados y también la recordaba cuando fue entendiendo que avanzaba en ellos la desilusión: los azules ojos de ángel que Andrés había visto en Teresa ya se estarían volviendo vidrio de pupilas de muñeca, la máquina del noviazgo vacío ya estaría atrapándolos en su mezquindad. Se notaba por el final de las risas durante el recreo y fue evidente cuando acontecimientos políticos de 1972 dieron primeras pruebas de ferocidad criminal en el Estado que indignaron a estudiantes jóvenes, incluso en esa escuela despolitizada, y en una conversación grupal, en un recreo, Teresa repitió la frase de la televisión sobre el trapo rojo que nunca podría reemplazar a la bandera argentina y Andrés se rio en su cara, frente a todos, y la llamó estúpida, y entre todos estaba Laura, que se puso a mirar el piso como si la hubieran ofendido a ella, su piel tan blanca enrojecida de súbito, avergonzada o culpable sin razón comprensible. Porque si algo había sido Laura, se dijo una vez más Dalila, si con algo había contado siempre para resistir las dificultades horribles de la vida era con su nobleza. En cualquier caso, el final del amor, o —como Dalila podía entender ahora, a la distancia— la irreparable rotura del deslumbrado y pobre espejo narcisista que Andrés y Teresa habían nombrado con la palabra amor, fue un hecho para Laura mucho antes que para él, que la sufría; no obstante el noviazgo seguía con inercia imparable, tal vez ayudado por los silencios de Teresa (que estaría aprendiendo a entender qué gustos e ideas debía callar para conservar el estatus de novia del chico más exitoso de tercero) y por las dificultades que Andrés tenía para decepcionar las expectativas del mundo que lo rodeaba. Un mundo que lo admiraba y no incluía, claro (interpretaba Dalila), a Laura, a la amiga por momentos amante, a la ahora examiga: es que si Laura admiraba y respetaba a Andrés no era porque fuera lindo, rico, inteligente y deportista, con Laura él podía ser feo y torpe, podía permitirse una frase tonta, confesar con vergüenza un

sentimiento miserable, reír de un chiste malo, sentarse en un barcito oscuro de Once adonde ningún amigo suyo iría, a conversar de libros. Laura, se decía Dalila, debía haber sido para Andrés la estratósfera del mundo, la maravilla externa que estaba siempre disponible y cuya bondad era tal que (al revés de la mezquina Teresa, de la vistosa y rutilante Teresa con padre abogado y dueño de campo) no tendría exigencias ni expectativas. Mucho se hablaba en esos años del libro *El principito*: pues bien, Andrés se hacía responsable de su rosa, la elegante, vana y respetable rosa que había cultivado. Pero Laura era mucho más que una flor tonta y presumida y él no debía considerar que hubiera que cuidarla; Laura (Dalila se perdía en la metáfora) era la opulencia de un río que, por fortuna para Andrés, pasaba muy cerca de su casa. Y por qué entonces no aprovechar el río, no sentarse al menos a su orilla a contarle las cuitas, ya que el noviazgo con Teresa prohibía darse un baño. Y así Andrés volvió a acercarse a Laura a escondidas, se habrá dicho que nada había de malo en buscar de ella lo más importante que siempre habían tenido: una amistad poderosa, divertida, demasiado interesante para que una novia vulgar la tolerara. Y así retornaron la complicidad y las largas charlas en los barcitos donde Teresa jamás había entrado hasta que una vez, ayudándola como caballero a ponerse el tapado, parados junto a la mesa, Andrés quiso abrazarla como al enorme amigo que ella era pero el olor caliente de Laura lo debe haber mareado porque, como ella le contó a Dalila, empezó a besarla, entrándole la lengua con la urgencia de quien necesita recuperar una verdad.

No fueron muchas las veces en que Andrés y Laura fueron a la cama mientras él siguió con su noviazgo. Poco después Andrés decidió que no quería más rosa en su asteroide y abandonó sin miramientos a la chica que había perdido su virginidad demasiado pronto (habrá pensado ella), invirtiendo en casamiento a futuro como un financista poco hábil. Por su lado, Andrés comunicó a su amiga Gorda que no tendría más novias oficiales, al menos no en la próxima década: el mundo era demasiado intenso como para perderselo. Laura retornó al lugar de antes. Cómo me entendés, decía él fascinado, sus quince años entregados de pies y manos a esa diosa comprensiva que lo conocía más que sí mismo y probaba una y otra vez su generosidad infinita. Y aunque lo primero era cierto (porque Laura lo conocía y sabía que lo que él buscaba, lo que deseaba con toda su noble alma de varón era una mujer como ella pero rubia, una que no estuviera becada ni tuviera apellido sefardí ni padre entrado en años a punto de jubilarse de la fábrica ni madre silenciosa, obesa y triste, ni cartapacios ajados, una que pudiera mostrar a sus pares y llevar a su casa como había mostrado y llevado a Teresa, pero enamorado), lo segundo no lo era tanto, porque no era generosidad la razón por la que ella no le decía todo esto y evitaba así que él se avergonzara de sí mismo, que se supiera demasiado imbécil y sobre todo cobarde, no era generosidad sino miedo a perderlo. Saber y no dejarlo saber era el modo que Laura encontraba para soportar un tormento que después de todo le parecía lógico y merecido.

Hasta que llevado por la bullente primavera de 1973 Andrés encontró en la política la legitimidad que le faltaba para enfrentar a sus camaradas de secundaria, a sus padres, al mundo entero, y a finales de ese año entró en la UES, la Unión de Estudiantes Secundarios que era la base social adolescente de los refulgentes Montoneros, los soldados de Perón, los que traerían a esta tierra castigada la luz del socialismo; y liberado por fin de un mundo que lo asfixiaba, Andrés dejó de bucear en carcasas de uñas esmaltadas y zapatos italianos para conocer maravillado un universo donde las muchachas seducían a los varones populares como él con hermosos pulóveres de telar andino, frescas caras lavadas, camisas proletarias de gruesa lona beige, vaqueros que no tenían marca o si tenían marca, era una nacional, y zapatillas blancas de puntera de goma en forma

de flecha, marca igualmente argentina, que se usaban apenas raídas, pero immaculadas.

Y así Andrés se unió por fin a la mujer verdadera que siempre había buscado, solo que ella no fue Laura, no porque Laura se le antojara ahora menos verdadera sino porque había cumplido ya su rol de señalar una alternativa, un modo de relación, un tipo de humanidad deseable, y Andrés desafió a camaradas, padres y mundo entero cuando apareció en las fiestas de sus compañeros de escuela rica, bilingüe y prestigiosa, en la fiesta de graduación de los bellos y bellas flamantes bachilleres y hasta en el chalet de Punta del Este, con una morena de labios gruesos y pechos casi tan grandes como los de la chica tan querida con quien una al otro se habían desvirgado, pero los padres de esta nueva y deslumbrante mujer no provenían de la empobrecida Asia Menor sino de la por igual humilde provincia del Chaco y era ella, no su padre, la que trabajaba en una fábrica textil mientras cursaba con empeño y eficacia el tercer año de una secundaria nocturna en la que se recibiría de Perito Mercantil, un título con salida laboral que la habilitaría para ingresar al trabajo de oficina en lugar del manual de donde provenía y que constituía el ámbito de su militancia. Inteligente, combativa, hermosa en sus rasgos aborígenes, el pelo y los ojos tan renegridos y brillantes como los de Laura, María Concepción Rodríguez le mostró por fin a Andrés su lugar en el mundo. Fue el primer amor que se atrevió a aceptar y el único que tuvo tiempo de tener. Como era esperable, también intentó compartirlo con Laura mas ella supo que esta vez su destino estaba sellado: se le había acabado toda la dicha a la que podía aspirar. Terminaron definitivamente las incursiones sexuales esporádicas o frecuentes pero aunque no volvió a ser tan amiga (porque la conciencia de que había comenzado una etapa en la que ya nunca ocuparía el lugar que había tenido le impedía fingir la disposición de antes), Laura tuvo el talento para retroceder con dignidad y resignación y permitir que el vínculo se apagara sin degradarse; supo guardar la furia y los malos sentimientos para desahogarlos en las charlas con Dalila, porque no se trataba —se decía Dalila ahora— de que Laura hubiera sido una santa durante su adolescencia, de que no hubiera albergado ni una gota de rencor contra Andrés, de que no lo hubiera juzgado, sino de que se valoraba tanto y tan poco al mismo tiempo, que de algún modo lo que había ocurrido se le antojaba lógico, previsible, y si no merecido (porque la sociedad era injusta y el capitalismo, horroroso), al menos esperable; o si no esperable (porque de alguien tan interesante y profundo como Andrés se podría haber aguardado una conducta menos obvia y pusilánime), al menos merecido (porque después de todo en este mundo a ella le había tocado ser fea, judía y pobre, y su culpa era tan real como la tristeza sin interrupción de su madre).

El último recuerdo que Laura tenía de su entrañable Andrés era el mismo que Dalila: el largo abrazo de a cuatro en el que se enredaron él, ellas y Ariel, los cuatro distintos, los cuatro revoltosos, los cuatro disidentes de esa promoción 1975 que llegaba al baile de egresados y a la puerta de salida hacia la vida adulta cuando afuera se anunciaba una tormenta de sangre de la que ya caían las primeras lluvias. Un abrazo que, habían confirmado los tres anoche, en la reunión, hoy estaba indeleble grabado en la carne de cada uno, un abrazo que en ese momento había sido de los cuatro con los cuatro pero ahora era de ellos tres con Andrés, abrazo hoy de pura ausencia que repitieron, dejando la ronda de brazos abierta en un punto para que el fantasma la cerrara, para que la falta estuviera ahí, sangrando, y los abrazara. Y Laura lloró entre ellos dos, sonriendo de llanto con sus labios rosados en su piel blanca de intelectual atractiva y triunfadora, la piel que ya hacía varias décadas enfundaba en camperas forradas con pieles ecológicas cuando salía al campus en los inviernos de Boston y desenfundaba para sentarse relajada en los vestíbulos de los hoteles del planeta donde los periodistas culturales de suplementos multilingües le hacían

entrevistas.

Qué placer, se dijo Dalila apagando el equipo de música, qué regalo de la vida fue ver anoche cómo esos exadolescentes que la habían humillado rodeaban a Laura para preguntarle si podía ser, por ventura, que hubiera sido ella esa que vieron en un programa de cable que nunca miraban pero que esta vez los había capturado cuando la reconocieron; saltando con el control remoto de pronto habían acampado ahí, en esa imagen de la dama que emergía del túnel del tiempo para devolverles en asombrado silencio el objeto de sus masturbaciones y sus risotadas, envuelto en forma de persona famosa, persona que mantenía la carne blanca, la boca carnosa, la nariz algo curva y hasta la mirada lasciva y sobre todo los mismos pechos que ahora no encorbaba ni disimulaba sino lucía con tranquilidad igual que anoche, con qué soltura llevaba el escote de su multicolor vestido vaporoso que subrayaba su trasero ahora incluso más grande y mentaba con su estilo un pasado hippie con el que había coqueteado mientras estudiaba en San Francisco durante los primeros años de su veintena. ¿Era Laura, no es cierto? ¿Había sido ella la que decía no sé qué cosa sobre cuál otra pero estaba tan bien dicha, tan admirablemente modulada?, preguntaba el hombrecito pelado que si había viajado, había sido para encerrarse en hoteles ya reservados con su esposa y para conocer lo que había decidido la excursión turística que había contratado como parte del paquete. Y ella, en cuyos ojos brillaban innumerables horizontes, hombres, experiencias, sufrimientos, delicias, respondía que sí sin jactancia y dejaba llegar la pregunta siguiente para explicar que había estudiado Antropología en una prestigiosa universidad cercana a San Francisco y ahora enseñaba en otra universidad de Estados Unidos y era especialista en temas sobre los que justo en ese programa la habían reportado; lo decía con tono conclusivo, como si le bastara dar esa información ya prestigiosa para terminar el asunto, pero a Dalila no, a ella no le bastaba, Dalila quería ver sangre y se metía y le explicaba al mofletudo dueño de tres verdulerías en Barracas que alguna vez había contado en detalle cómo le había metido a Laura las manos adentro del corpiño, que su amiga era PHD y tenía postdoctorado y muchos libros publicados y enseñaba en una universidad cercana a Boston que era una de las más famosas del mundo, y nombraba a esa universidad para que el verdulero pronunciara ah, imperturbable, seguía informándole que Laura había escrito un ensayo muy extenso sobre las relaciones entre la virginidad femenina y la infamia y que esa había sido su tesis doctoral, y que este ensayo había revolucionado todas las concepciones sobre los imaginarios sociales de lo femenino que venían atravesando la humanidad en las sociedades patriarcales, y Dalila esperaba que se agregara alguien más al grupo para decir, mientras Laura callaba mirándose las uñas limpias y sin pintura como si la situación la incomodara un poco, pero tampoco tanto, como si prefiriera que esa noche no se hablara de eso pero tampoco le disgustara que se siguiera hablando, que esa chica que tenían ahí en la reunión de pura casualidad porque justo faltaban pocos días para las fiestas y había venido a visitar a lo que quedaba de su familia, esa antigua compañera de curso, había sido elegida para asesorar en cuestiones de salud sexual y reproductiva al candidato a presidente de Estados Unidos que todos conocían, ese cuyas características excepcionales (su origen inmigratorio, su extracción social y cultural, su raza) habían iluminado con vanas ilusiones al ala progresista del planeta entero antes de ser elegido, efectivamente, presidente. A él había asesorado nuestra Laurita, decía Dalila sonriendo y abrazaba a su amiga, que se dejaba acariciar silenciosa. Siempre fuiste muy inteligente, le decía uno con timidez, uno cuyo nombre y apellido jamás habían ganado la letra impresa, qué carrerón hiciste le decía otro que nunca se había referido a ella en el pasado con otras palabras que la gorda puta, nunca había terminado la universidad y había quebrado su

molino durante la crisis del 2001 para remontar después en relación de dependencia como gerente de producción de harinas. Mucho cerebro, nuestra Laurita, recordaba con una sonrisa hipócrita Patricia, la hija de la católica nacionalista antisemita, la que una vez había fingido tener arcadas por la cercanía de las axilas de Laura y hoy tenía seis hijos a los que llevaba con mano férrea a la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, domingo tras domingo.

Pero lo mejor, sin duda, fue la Botellita, se dijo Dalila mientras organizaba una especie de merienda almuerzo, descongelando en el microondas un budín de verduras y trigo burgol sin grasas saturadas que su mucama le había dejado preparado. ¿O lo mejor fue cuando la vieja con várices que decía haber sido Cecilia llamó a Laura aparte para rogarle agresivamente que le dijera la verdad y le contara por qué se había acostado con su novio Martín en 1973, por qué le había destrozado con su malvado gesto ese noviazgo tan importante para ella, si ella, Cecilia, nunca le había hecho nada, si Cecilia no tenía hombres y a Laura le sobraban? Yo no te juzgo, decía la vieja y sus ojos recobraban la desesperación de los quince, te juzgué y lloré muchos años por el daño que me hiciste pero no te juzgo más, repetía e insistía lo que quiero es saber por qué, por qué me hiciste eso justo a mí, cuando a mí no me miraba nadie salvo Martín, Martín que se fue por tu culpa, porque se acostó con vos y me dejó porque le diste lo que yo no quería darle. Y Laura le había contado a Dalila que no había sabido si reír o llorar, si sacarse de encima a esa mujer con un insulto, si abrazarla, y optó por lo que siempre había optado en vano, por decir la verdad, y una vez más vio los ajados ojos incrédulos de Cecilia, abandonada a los quince, casada a los veinticinco y abandonada a los treinta y seis con tres hijos, para siempre. Cecilia, jefa de hogar y contadora pública nacional que se había relatado durante más de tres décadas que la lujuria de Laura era la responsable de todos los fracasos de su vida y no pensaba revisar una creencia y un odio que la constituían. Esa había sido, reflexionaba Dalila, la escena invertida de la que poco después protagonizaría Teresa. La consumida Teresa, sus mismos rasgos bellos en una piel ajada, la misma delgadez y una elegancia ahora anodina, que saludaba con sonrisa fría e informaba sin énfasis soy escribana, tengo tres hijos, mi marido está en el negocio inmobiliario.

Cerca de la una de la mañana la reunión empezó a decaer por sectores: mientras algunos se iban yendo (argumentaban que la familia los estaba esperando, sonreían con melancólica complicidad, decían que habían pasado los tiempos en que se regresaba tarde), otros no tenían intención de partir. Eran los más audaces, cada vez más entusiasmados con el reencuentro, o los que aún aguardaban de ese reencuentro algo que ni siquiera entendían. Fue entonces cuando uno recordó una escena de incipiente erotismo, transcurrida en el primer año alrededor de una botella vacía que se ponía a girar para que apuntara al azar a alguien de la rueda. Muchas versiones existían y existen de ese juego; en una de ellas, la que más jugaron, el o la señalada estaba obligada a elegir, adelante de todos, a una persona del otro sexo a la que se le autorizaba a besar en la boca (los besos eran primero tímidos y rápidos pero con los meses y el año se fueron demorando, sobre todo cuando los daban los varones), o a abofetear (opción que las chicas solían elegir en mayoría por hipocresía y miedo, aunque a menudo propinaban el golpe con una suavidad que decepcionaba al público), o a hacer una pregunta comprometedor, que debía responderse con completa verdad. Mientras reían de alguna de las absurdas situaciones que ese juego inmortal, practicado generación tras generación, había provocado en la promoción 75, alguien propuso y si jugamos ahora. Silencio, respiración detenida: la idea no había caído en el vacío. En seguida apareció una botella de gaseosa consumida en la misma reunión, manos nerviosas distribuyeron las sillas en ronda; Dalila no lo podía creer, esto debe ser lo más excitante que le pasó en la vida

a la mayor parte de esta gente le susurró fascinada a Laura, al oído, y vio con asombro que su amiga asentía pero al mismo tiempo miraba sin ninguna ironía las sillas que se disponían en círculo y la arrastraba a ella a sentarse a su lado. La mano húmeda, temblorosa con que Laura la agarró del brazo y la hizo sentar dejó perpleja a Dalila: ¿la mujer que terminando la veintena había mantenido un apasionado trío durante dos años con otra muchacha y un varón en San Francisco, la que acababa de fumarse un porro con ella, antes de asistir a la reunión de reencuentro, la que disfrutaba (como ella) todavía hoy una vida sexual con pocas rutinas y encierros, estaba emocionada porque iba a jugar un juego ridículo y tardío con adolescentes que ya no existían?

La Botellita giraba y giraba, los varones y las mujeres sobrevivientes de la reunión en madrugada se señalaban y se daban abrazos enormes, fraternales, abrazos de un amor y una emoción tan intensos como sostenidos en una ficción: esa intensidad habían tenido las emociones que alguna vez habían compartido, entre las que estaban el amor y la camaradería, es cierto, sin embargo también (en grado incluso más alto, aunque no quisieran recordarlo), la traición, el oprobio, la sevicia, la envidia, la mezquindad; el frenesí con que abrazaban ese ayer idealizado probaba la blandura con que vivían el hoy, cuanto más querían esas personas desgastadas olvidar tantas complicidades irreflexivas con el mismo mundo que pronto los aplastaría y arrasaría sus mejores sueños adolescentes, tanto más amorosamente se abrazaban ahora con el permiso de la Botellita, tanto más dulcemente se besaban (besos respetuosos, a lo sumo un audaz piquito tierno, nada que desbordara el código de amable reencuentro de gente que se había casado con otros y tenía hijos). Hasta que la Botellita señaló a Dalila y ella sintió hartazgo y rabia y lo miró a Ariel, que le sonrió como sabiendo, entonces entendió que como siempre él seguía siendo un aliado para dar al mundo un poco de verdad. Así que avanzó al centro de la rueda, lo señaló y lo llamó plegando el índice con complicidad; Ariel se acercó sonriente, sus lentes gruesos, su bigote nuevo y entrecano, y ella le sacó delicadamente las gafas, lo atrajo y le dio un largo beso de lengua que ese señor grande respondió con entusiasmo mientras sentían ambos el silencio consternado que los rodeaba. Pasaron segundos que parecieron siglos y cuando se separaron, Dalila miró con fingida inocencia al grupo y preguntó qué, ya se olvidaron cómo se juega a la Botellita, mientras Ariel y ella regresaban conteniendo la risa a sus lugares alejados y nadie se adelantaba a hacer girar otra vez el objeto vacío, la hélice tan hueca detenida en el piso, y como nadie se adelantaba fue Laura y la hizo girar.

Y la Botellita apuntó a Teresa, y Teresa se sobresaltó. Se incorporó casi con violencia y no avanzó hasta el centro de la ronda sino que lo atravesó: sabía adónde iba. Se detuvo, firme, frente a Laura, la miró a los ojos. Una expectativa tensa recorrió al remanente de la promoción 75. Es verdad que... empezó Teresa y por el tono no se sabía si era realmente una pregunta, Teresa respiró hondo, Dalila vuelve a sentir el silencio, a escuchar el aire que se le quedó a esa mujer adentro y después se soltó despacio mientras ella recomenzaba es verdad que es verdad que vos cuando yo estaba de novia con... Teresa se interrumpió y el silencio total pareció durar un siglo. Con Andrés la ayudó de repente Laura y cada letra del nombre resonó con contundencia y el acento final pateó las sillas de todos, que se movieron incómodos al mismo tiempo. Teresa cerró los ojos y pareció que no quería abrirlos más pero lo hizo y murmuró no quiero jugar a esto, una mujer se incorporó y la tomó por los hombros suavemente, la devolvió con cariño a su lugar, che no nos pongamos tristes pidió alguien, esta noche es nuestra fiesta, son cosas que pasan, dijo otra, son cosas de chicos y Dalila se pregunta si hablaban del noviazgo o del secuestro y sabe que

estuvo por preguntarlo pero no le dieron tiempo porque Richie el jodón, Richie el que no paró de hacer reír toda esa noche y hasta se puso a saltar y empujar unos segundos que bastaron para que rompiera un vaso como si fuera el mismo Richie terrible que los profesores señalaban todo el tiempo, el viejo Richie de la edad del pavo se levantó y dijo juguemos juguemos que la noche está en pañales y puso la botella a girar, y la botella señaló a Silvia que eligió a César y le despeinó el pelo gris y ralo y le dijo cómo me gustabas guacho ahora te lo voy a confesar y orgullosa de su coraje le dio un pico apenas más intenso que lo decente y todos aplaudieron y alguien gritó essssaaaaa y Teresa trató de dibujar una sonrisa con sus finísimos labios roídos.

Entonces se levantó alguien para hacer girar a la botella. Dalila pensó en el azar que se parece a la justicia porque si antes había ido a Teresa, ahora la Botellita se detuvo señalando a la gran intelectual promoción 75, nuestra egresada estrella, y la estrella acudió al centro con la misma decisión que su amiga y señaló vos, vení vos, no, vos, Alejo Dolton, sí, vení, y Alejo (que esa noche —había observado Dalila— había vuelto a mirar los pechos de la antropóloga famosa con el mismo hambre de sus trece años, cuando había inventado para su cofradía de varones que le había roto el himen tirándola en el piso de un baño, que le había tapado la boca para que no gritara por el dolor, Alejo, que dijo que las axilas de Laura hedían como era sabido, pero sus chorros de jugo vaginal dejaban un olor que no se podía quitar con nada, Alejo Dolton el primero, el invasor que abrió la picada de mentiras por la que avanzaron todos los demás) caminó al centro de la rueda resoplando, ya por la emoción, ya por los veinte kilos de sobrepeso, intentó una sonrisa estúpida y deseó probablemente que esta loca tomara de su otra loca amiga el indecente ejemplo y por fin, por una vez en su vida, lo llenara con su lengua caliente y oscura, así que esperó ahí, parado, entrecerrando los ojos, pero la bofetada fue tan fuerte que lo hizo tambalear pese a la contundencia de su grasa, no porque se hubiera vuelto débil de pronto sino porque el asombro no le permitió responder con mínima resistencia al envión de la mano que le dobló el cuello. Terminado lo cual la eminencia explicó sonriendo que ella tampoco se había olvidado cómo se jugaba a la Botellita y la miró a Laura y le preguntó nos vamos, y ambas tomaron sus bolsos y se levantaron y ahí quedaron las dos sillas vacías mientras hacían su salida teatral y en la calle se rieron y se abrazaron y lloraron un poco también y después se fueron a un bar de la calle Corrientes que todavía quedaba abierto hasta altas horas de la noche, pidieron cerveza y hablaron largo rato, felices porque habían hecho trizas esa Botellita exasperante aunque ya no fuera de vidrio, aunque los años impusieran envases plásticos que parecían irrompibles pero no, nada era irrompible para las temibles amigas. Brindaron por Andrés, por haber pronunciado su hermoso nombre en voz alta y brindaron por la justicia que llegaba tardía pero llegaba y también acababa de manifestarse justicia de mujeres; coincidieron en que la reunión había sido lindísima y compartieron recientes anécdotas vividas por separado, se rieron de buena parte de los asistentes pero no de algunos y por supuesto, en especial, no de Ariel, se excitaron juntas por las expectativas eróticas que acababan de renovarse, treinta y tres años después, entre Ariel y Dalila, se preguntaron si la historia seguiría, si correspondía ahora esperar a que él mensajeara o llamara o escribiera o si era ella, Dalila, quien con naturalidad podía hacerlo. Hablaron y rieron como niñas, como jóvenes, como las mujeres grandes que eran, dejaron enredar y fluir energías, felices de haber devenido en ellas, y después se dieron otro abrazo y tomaron sendos taxis a sus casas.

En una de esas casas está ahora Dalila, ya ha despertado a Milena, que se está duchando para ir a lo de su papá. Los sábados a la tarde no atiende, la joven que a veces le pide una sesión de

urgencia no ha llamado (buena señal, ha ido logrando otra autoestima, ya no necesita confirmarse en el deseo de los hombres). Tal vez sea hora de prender su *Smartphone*, ver qué dice, quizás ya tenga incluso noticias de Ariel proponiendo la cena. A instantes de encendido se le anuncia un mensaje y Dalila piensa contenta que es de Ramiro, que su amor ingresa en ese sábado pleno para acordar su cita de esta noche (han planeado ir al cine y después cenar comida hindú en Las Cañitas), pero es Laura y tiene ya algunas horas, *viste q mierda ese certamen q patéticos de mierda* y Dalila siente dolor y rabia en su amiga así que se preocupa porque no sabe de qué habla y se apresura a mirar. Hay sesenta y siete correos nuevos, cantidad excesiva que (pronto descubre) está motivada por unos cincuenta del grupo Egresados 75 que se formó semanas antes como herramienta para preparar la reunión. Metódica, empieza a abrirlos por orden cronológico ascendente. Fascinante, impresionante, espectacular, alucinante, mágica, ha adjetivado con mayúsculas y muchos emoticones la reunión, citando adjetivos de correos anteriores, uno de sus excompañeros, hoy comerciante, siempre anodino, el único de los varones que anoche permanecía delgado y joven y el único que no formó pareja y habita incluso todavía la vieja casa con sus padres; de él se rumorea que ha tenido intentos de suicidio así que en la intensidad absurda de sus palabras Dalila lee con preocupación profesional la excitación que anuncia la depresión nueva pero qué se puede hacer, nadie la está consultando profesionalmente y además el resto de la promoción 75 sigue el mismo juego: lo de anoche fue inolvidable, los quiero, los quiero mucho, los amo a todos, son los mejores amigos que tuve en mi vida, con ustedes pasé los mejores años, ídolos totales, grandes personas, gracias por todo lo de anoche, gracias por ser como son, desde aquellos años dorados no me divertía así, qué personas maravillosas forman este grupo, me encantó verlos a todos y fundamentalmente verlos muy bien, esto se lo debemos a nuestro querido colegio, nuestros queridos profesores. En las comunicaciones se repite el nombre del colegio privado bilingüe donde todos fuimos tan felices, el fuego sagrado de nuestro colegio, cuidemos ese fuego, levantemos ese fuego para siempre. Siempre. Todo. Dalila piensa consternada que en esas voces todo es entero y absoluto: el bien, el amor, el compañerismo, la felicidad, ninguna otra cosa ha existido nunca jamás entre ellos. Habían estado en la reunión la gorda María Adela a la que llamaban la Chancha y frente a la cual hacían onomatopeyas porcinas cada vez que se acercaba, había estado el petiso debilucho Di Mauro (hoy un homosexual culposo y tímido), depositario sistemático de los golpes de los varones y las burlas de muchas mujeres, incluyéndola a ella. María Adela y Di Mauro también escribían, como los otros, lugares comunes sobre la alegría del reencuentro. No escribía Adriana, no había ido a la reunión: a Adriana el rector la había expulsado de la escuela en segundo año porque le llegaron en forma anónima fotos donde posaba desnuda; todos sabían que las fotos las había mostrado y regalado a muchos varones Daniel Corzi, de quinto, y que algunos de esos varones las habían mostrado y regalado a algunas chicas, y sabían también que con esas fotos Corzi había ganado una apuesta; todos sabían que las había conseguido haciendo creer a Adriana que estaba enamorado de ella y desvirgándola primero, probablemente el rector también lo supiera pero no expulsó a Daniel Corzi sino a Adriana, a la que Daniel había dejado en cuanto confirmó en el cuarto oscuro de su hermano fotógrafo la buena calidad de los negativos. Y no obstante tanta miseria humana, a decir verdad, Dalila guarda un recuerdo bastante cariñoso de su secundaria; lo guarda en especial de su reducido grupo de amigos reales, ciertos selectos profesores e incluso de ese rector conservador y severo que pudo ofrecer relativa contención, al menos a ella y a Laura, durante el torbellino de sus adolescencias. La reunión le ha gustado, ha sido bueno reencontrar a alguna gente y lo de la Botellita ha estado genial. Dalila imagina el silencio después de que Laura y ella arruinaron el

juego y partieron. Se pregunta divertida quién habrá ido a levantar del suelo tristemente la gaseosa vacía para pararla junto a los demás esqueletos de las mesas, junto a platitos de plástico blanco donde queda algún pedazo de jamón que alguien ha quitado del sándwich para cuidarse el colesterol. Cómo habrán hecho los jugadores frustrados para remontar el clima hasta borrar el incidente, quizás lograron la certeza de que allí no había pasado nada salvo dos chifladas que después de todo siempre han hecho lío porque son así, rebeldes, encantadoras, toda promoción que se precie tiene su integrante revolucionario, qué decir una de los años 70, y ellas acaban de mostrar una vez más esa capacidad de trastornar que se les conoce desde tan jóvenes. Y qué habrá hecho o dicho Ariel, eso sí Laura no puede imaginarlo, se habrá ido pronto detrás de ellas, negándose a participar en la tardía farsa de ecuanimidad y espíritu de inclusión que estos mensajes que está leyendo despliegan, una farsa en la que por primera vez caben todos, ahora que incluir a todos no quiere decir nada, ahora que cada uno de ellos protagoniza como adulto la sociedad tal cual es y cuida las puertas que dejan afuera a los excluidos para confirmar así, en el espejo invertido, su propia inclusión; ahora que cada egresado de la promoción 75 preside en su micromundo de clase social algún estrato donde se solaza mirando a los que quedaron debajo y es siempre, lo sepa o no, responsable activo de una cultura que odia a los diferentes, los niega y enmudece (y si hablan los ridiculiza; y si insisten los desprecia; y si siguen insistiendo los castiga; y si vuelven a insistir, los mata); ahora, recién ahora, sus compañeros envejecidos pueden darse el lujo de inventarse una inolvidable edad de oro, un pasado de arcadía donde el león y el cordero supieron pastar juntos y nadie fue lobo de nadie. Qué asco piensa Dalila, que se sabe irremediabilmente loba de tantos y cordero de otros y siente agobio, entonces piensa otra vez como buscando oxígeno para respirar, breeze in the air, qué habrá hecho Ariel cuando ella se fue, eso le preguntará durante la cena que se prometieron, y sigue leyendo de a uno los mensajes y vuelve a leer que nuestra maravillosa escuela es la responsable de que haya persistido en todos nosotros intacto el sentimiento de compañerismo y amistad que tanto nos emocionó anoche pero no aparece ese certamen del que habla su amiga y entonces lo ve en un email.

El asunto dice resultado y otra vez la noche maravillosa de ayer pero ahora uno de los rechonchos machos viejos escribe que los de su género se han comunicado y han hecho un certamen para elegir entre todo el bello sexo que acudió anoche a la hembra madura que tiene más glamour; glamour, eso sí dice tal cual, y en la palabra se percibe que han hecho esfuerzos buscándola mientras intercambiaban risotadas y cerveza, porque los señores casados y con hijos no escriben a las señoras las groserías que les decían antes, y ya no admiten que lo que eligieron fue la más cogible, la que todavía está para darle, y el mail informa que votaron treinta y un varones y que la afortunada ganadora es Marta, cuál Marta se pregunta un segundo Dalila y recuerda de inmediato a aquella antes ignota Marta que hizo brillar su estampa en la fiesta y se casó con el abogado defensor de políticos corruptos. Dalila mueve la cabeza con desprecio y un poco harta lanza una rápida mirada a todo el mail, que anuncia que más abajo se transcribe la lista de rubros tenidos en cuenta para el certamen, y sigue moviendo la cabeza enojada porque ella creía haber ido a una reunión de reencuentro pero los hombres acaban de decidir que ella fue a una competencia, y se entera de que ha sido forzada a competir con Laura y con cada una de las demás mujeres que se pasearon despreocupadamente, saludándose y mostrando su celulitis y arrugas mientras comían con sus solapados jueces (arrugados y arruinados como ellas) empanadas y sándwiches de miga, riendo con ellos, emocionándose con ellos, queriéndolos en nombre del pasado, hablándoles con la boca llena, piensa que también pusieron a competir a Cecilia, la

anciana prematura y jefa de hogar que calza sandalias demasiado parecidas a chancletas y tiene las gruesas piernas reventadas de várices por tres embarazos y al menos dos abandonos: el primero, de uno de los jueces del certamen que treinta y cuatro años atrás la dejó creer que se iba porque había tenido sexo con la puta de la clase; el último, del padre de sus hijos, quien a lo mejor en otra reunión parecida ha sido o será juez de un certamen, él también. Dalila echa un vistazo a una lista de ítems que informa el puntaje máximo discriminado que cada una de las participantes podía obtener. Observa que en la formulación de los rubros, los varones se han esforzado por demostrar ingenio y su poco peculiar sentido del humor, y han recurrido a la invención de eufemismos que, igual que glamour, intentan con torpeza disimular la brutalidad de treinta y un miradas masculinas. Hay metáforas estúpidas y remanidas como tren delantero, otras algo más sutiles (perímetro de retaguardia), generalidades como simpatía y vitalidad. Debajo, un cuadro de doble entrada que tiene de un lado los rubros y del otro los nombres de los votantes; pero para Dalila ya es suficiente así que cierra el e-mail sin leer más y se dice que se borrará del grupo de inmediato. Aunque no es el último mensaje, a los dos o tres que faltaban cuando comenzó a leer se han agregado algunos en este rato, todos firmados por mujeres, así que decide terminar de verlos antes de sacarse de encima a toda esa gente, reubicarla afuera de su vida para seguir con su mundo, para seguir con eso que aprendió a construirse con dolor y esfuerzo desde que dejó la escuela secundaria. Una vida, piensa Dalila, que si bien no la salvó de ser cómplice, pese a sí misma, de la sociedad en la que vive, si bien no la curó de la frustración y el fracaso por no haber podido destruir la injusticia social como en su adolescencia creyó (junto con tantos y tantas) que podría, al menos le permite un refugio dulce, una familia y una profesión que ama, una pequeña red de amores y una amplia red de intereses que fue tejiendo y en las que logró ser un poco más libre, más humana que los que malviven afuera. Y para seguir su querida vida siente la imperiosa necesidad de escapar de esa lista, de sus mensajes miserables que cantan loas a la Arcadia y también de este correo canalla del certamen en el que los lobos dejan de fingir y clavan sanguinarios los dientes en las corderas, y de los e-mails que siguen, los que está leyendo ahora, donde las envejecidas chicas otrora seductoras felicitan a la que envejeció pero tiene la fortuna de seguir seduciendo. Hipócritas, heridas, cada mujer que firma congratula; algunas optan por un entusiasmo inverosímil por excesivo ¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡marta felicitaciones qué emoción!!!!!!! otras por dejar adivinar con habilidad un resabio de ironía resentida ¡jaja Marta cuánto glamour, te felicitoooooo!, pero en ese caso son sutiles como para que no se note tanto su herida, que nadie las pueda acusar con fundamento evidente. Felicito a la agraciada de corazón escribe lastimeramente Cecilia. Grandes felicitaciones Marta te lo merecés estás preciosa gran beso para nuestra querida ganadora dice Patricia experta en hipocresía y de pronto Dalila recuerda que los treinta y un varones del jurado figuran nombre por nombre en el cuadro de dos entradas que descuartiza en tren delantero, perímetro de retaguardia y otros ítems a la señora Marta, y se hace la pregunta de pronto y se contesta que no, que es imposible, pero igual siente con angustia que debe comprobarlo y regresa al mail con los resultados del certamen y lo busca, porque Dalila tiene cincuenta años y ya sabe que vivir enchastra y corrompe y lo imposible no existe.

No, no existe: ahí está Ariel con nombre y apellido, uno de los treinta y un jurados, entonces sí a Dalila la aplasta el mundo con su entero peso y los ojos se le llenan de lágrimas de rabia y vuelve a ver al Ariel de anoche, sus arrugas, la piel caída en la mandíbula y cada deterioro se llena de un sentido nuevo. Entiende en ese instante que el que fue su amigo tampoco está más y no compartirá con él cenas ni hoteles ni sonrisas cómplices, sabe que el largo beso que se dieron fue

una mentira tan estúpida como los abrazos pudorosos que la exasperaron y justo entonces ve que acaba de entrar un mensaje de Laura para el grupo y se precipita a leerlo con ilusión, porque ahí llega su amiga, su valiente amiga, ella va a explicar a estos hombres grandes que son la misma bestial porquería que aprendieron a ser mientras crecían y a las mujeres que son los mismos vegetales serviles sin solidaridad ni coraje, pero el mensaje es breve y la frase clarísima, felicito a la ganadora dice Laura, Dalila vuelve a leerla incrédula, vuelve a controlar el nombre porque a lo mejor se ha equivocado pero no hay error alguno y entonces piensa que Laura siempre usó la generosidad para evitar ser agredida y si bien no le funcionó nunca, a lo mejor ahora sí porque ahora la ficción es la Arcadia pero después intenta pensar que al menos escribió algo seco y discreto, que la ausencia de mayúsculas y signos de puntuación, la ausencia de efusividades increíbles y frases altisonantes, la ausencia también de sutiles indicios de ironía en el texto brevísimo de su amiga la salvan de evidenciar lo que evidencian todas las demás, el sangrado por la herida, la pérdida resignada de la dignidad, y eso, que haya sabido no acentuar ni entusiasmar su frase, ni permitir que la rabia justa que rezumaba el mensaje que le envió un rato antes se notara, le parece de pronto lo más importante, le parece inteligencia, un modo de preservarse ante toda esa gente que después de todo finalmente ha bajado la cabeza frente a Laura y ha admitido su superioridad y hasta la ha festejado.

Entonces Dalila se dice que si las batallas sociales que emprendió han sido siempre derrotadas, tal vez sea hora de aflojar, así que cliquee responder y teclea ella también discreta, escueta, parca, felicitaciones a Marta mientras, preocupada, siente en la tensión de su bonita minifalda con patchwork el tamaño no enorme pero evidente de la pancita que miles de abdominales y toneladas de verduras y productos diet no logran absorber. Su mensaje está saliendo cuando Dalila empieza a pensar en preguntarle a Marta, que tiene la panza chata como si tuviera diecisiete, si conoce una clínica confiable donde pueda pagarse una lipoaspiración.

PÁJAROS CONTRA EL VIDRIO

*The whole place was empty.
But it wasn't really empty.
Because here in the Overlook things just went on and on.
Here in the Overlook all times were one.*

Stephen King, *The Shinning*

I

Ella no siempre le entendía los chistes y cuando él se ponía a hablar con su amigo, un poco se aburría, pero el tipo era divino: alto, se vestía muy bien, lindísimo. Y sabía tantas cosas, era muy inteligente, Marita nunca había conocido a uno así y además hasta hacía pocos días creía que en la vida nunca le iba a ocurrir de verdad nada. Por eso le aceptó la invitación al viejo hotel casino en la Ciudad de Piedra, por eso se atrevió y entonces empezó, pero también terminó, todo para siempre. No aceptó porque quisiera conocer ese lugar, menos frecuentado que otros por el turismo. Ni porque la estuvieran esperando allá (aunque la esperaban). Ni porque ese fuera su destino (aunque entendió tarde que lo era). Ni porque quisiera enterarse por fin de lo que desde niña se había preguntado. No. Fue con él porque estaba sola, porque no podía creer que se hubiera fijado en ella un tipo como ese, porque si se emperraba en que no, iba a quedar como una tonta y ella, para seguir gustándole a ese tipo, hubiera hecho cualquier cosa.

Cuando Marita lo vio en la playa, estaba sola y se sentía insegura, pero sobre todo él tenía buen aspecto, era argentino y ella estaba harta de no entender nada de lo que le decían en ese idioma parecido y tan distinto. Todos hablaban muy rápido como un castellano diferente y lleno de sh (un castellano viejo, le habían dicho una vez: que no era un idioma en serio). Estaba en un país peligroso con mucha gente distinta, alguna de otra raza. No es que ella tuviera algo contra otras razas pero no estaba acostumbrada a convivir con esas personas, pese a que todo el año trataba personas muy diferentes, muchas horas por día, que pasaban por su ventanilla y a las que ella tenía que orientar. Y las trataba bien. Pero ahora, ahí, no había nadie para orientarla a ella.

En realidad, Marita había tenido un poco de miedo de hacer ese viaje cuando se lo propuso su supervisora Moira, pero no quería quedar como una tonta frente a ella. La supervisora parecía

valorar su trabajo en la ventanilla de informes. Ella se daba cuenta y lo agradecía, por un lado porque en su vida era poca la gente que la había hecho sentir valiosa y por el otro, porque realmente se esforzaba por hacer bien las cosas. Y cuando la invitó tuvo miedo de que si le decía que no, Moira no la valorara más. Sí, el país tenía algún riesgo pero las playas eran increíbles, le había dicho la jefa. Además su propio país también era peligroso, peligrosísimo: una sabía que salía de su casa pero no si volvía, como decían todos. Y las playas de su país se habían puesto horribles. Esta playa extranjera era muy linda. No era fría, no tenía viento, qué distinta de la nuestra, y la costa hacía dibujitos: bahías, penínsulas. El mar, muy fuerte, demasiado. Las olas más bajitas tenían una potencia que revolcaba pero a cambio, en el horizonte había islas con montañas verdes. Y atrás, en la costa, también: montañas verdes caían sobre el mar, algo hermoso que ella nunca había visto porque había viajado muy poco. Los tipos parecían homosexuales porque usaban sungas chiquitas pero se fue dando cuenta de que no eran todos así por cómo la miraban. Era costumbre, nomás, usar la sunga, decía Moira. Sí, contestaba ella. Qué raro. Se les marcaba todo ahí en los slips, era un asco aunque Moira se lo mostraba divertida y ella al final se reía, a lo mejor no era tan feo. Las bikinis de ellas no eran tan chicas como las de la mayoría. Marita se sintió incómoda por estar mostrando poco cuando todas mostraban tanto, se sintió rara y si algo no le gustaba era sentirse rara. Así que pronto se compró, carísima, una bikini que era una cintita apenas entre los glúteos, en un negocio del hotel. Si todavía estuviera de novia con Ronnie, él nunca hubiera dejado que se la pusiera y además la hubiera retado por gastar, pero debía entender que Ronnie era historia antigua y seguir extrañándolo no tenía sentido; en cambio olvidarlo resultaba ahora más fácil de lo que había creído. Cómo lo había llorado, qué dolor cuando él le dijo cosas crueles que no quería recordar. Y sin embargo... ¿estaría haciendo ese viaje si fuera por él? Jamás. ¿Estaría luciendo esa bikini? Cara, sí, pero por un lado estaba esa sorpresa enorme del departamento heredado, que parecía que valía un montón aunque ella todavía no se habituaba a la idea; por el otro era plata ganada con sacrificio: nueve horas por día en la administración pública; plata ganada para disfrutar que no la miraran raro, que la admiraran incluso. Porque sabía que esa bikini le quedaba bien y que, hubiera dicho Ronnie lo que hubiera dicho, ella se estaba animando a ser alguien. Si para él Marita había sido aburrida y como una nada (como una nada, había dicho), eso también fue porque él la callaba cada vez que iba a opinar, porque no la escuchaba cada vez que trataba de contarle algo y porque nunca, nunca le hubiera propuesto a ella que veranearan, tan lejos, en otro país con otra cultura.

Moira había encontrado por internet un paquete de avión más hotel enfrente de un balneario bueno, alejado de los riesgos de la ciudad. Un lugar bastante exclusivo, según Google. Traslado y doce días con desayuno espectacular. Se podía pagar en muchas cuotas sin interés con tarjeta de crédito, en moneda nacional. A Marita su sueldo le permitía hacerlo, calculó que al año, cuando terminara la deuda, podría comprar otro paquete para nuevas vacaciones. Y se decidió. Igual que ella, Moira se había separado hacía poco, no quería veranear sola. Marita juntó lo útil a lo agradable y le dio el gusto. Faltaban tres días para partir cuando recibió el llamado y se enteró de la herencia: un piso enorme y lujoso en una de las zonas más caras de la Capital. Ella no lo podía creer. Ni siquiera vivía en Buenos Aires. ¿Qué iba a hacer con eso? No habló con nadie, atinó a buscar precios de departamentos similares en páginas de compraventa y no pudo concebir las cifras que veía en la pantalla. Lloró de tristeza y de alegría, lloró de miedo... Ni siquiera pudo viajar a conocer el lugar, todo trámite quedó postergado hasta su regreso, así que con esa novedad inverosímil danzando confusa en su cabeza, Marita subió las escalerillas de un avión por primera

vez en su vida.

Igual nada terminaba por cerrarle, en el avión estaba muy nerviosa y siguió nerviosa después. Nunca había volado. De pronto, demasiadas cosas raras todas juntas: el legado insólito de una mujer que nunca había conocido pero la había dado a luz, un veraneo en el extranjero, un paisaje tan distinto, ver gente que habla diferente, como esos dos nenes negros que jugaban en el agua un poco a lo bruto pero había que ver cómo se reía la madre negra mirándolos: con los dientes muy blancos y haciendo ruido, con su bikini diminuta y la panza blanda, negra, que se le sacudía. Una mujer tan gorda, ¿no sabe que la bikini le queda mal? Pero parecía tan contenta de ver a sus hijos jugar. Una madre es una madre, pensó Marita, negra o blanca. Y como la señora se sintió observada y levantó la vista, ella le sonrió y recibió a cambio una sonrisa más ancha, más franca que la suya. Había buena gente, Marita empezó a relajarse. Pero esos muchachos negros que la miraban, ¿qué querían? Pero si acá hay turismo de nivel, no pueden querer algo malo, me miran porque les gusto; se sintió protegida. Mientras no se alejara de esa playa, no le iba a pasar nada.

En la primera noche Moira le propuso ir a un barrio de la ciudad donde se armaban fiestas en la calle. Ella le preguntó quiénes iban a esas fiestas. Iba la gente común, la gente de la ciudad, con sus distintas razas. Y tomaban en las veredas y bailaban, ese era un país donde se bailaba mucho dijo Moira, pero Marita bailaba solamente en lugares preparados para bailar y prefería hacerlo con gente que conocía. No iba a alejarse mucho del hotel, quién sabe lo que podría pasar. Le dijo que ella no quería ir y Moira le insistió un poco pero esta vez Marita se sostuvo, y Moira se resignó. En cambio se pusieron sus vestidos cortos, escotados, se maquillaron bien y fueron al lindísimo bar sobre la playa, con el mar ahí al lado. Se sentaron a tomar unos tragos típicos del lugar con un nombre que Marita aprendió enseguida, antes de marearse con delicia y sentirse rica como los otros turistas. Y entonces apareció un chileno elegante, fuerte, todo bronceado aunque bastante panzón. Era abogado, dijo. Les pagaba tragos a las dos pero se veía que era con Moira la cosa. El tipo les habló justo de ese mismo barrio adonde Moira había querido ir y les dijo que era viernes, que ese era el día para recorrerlo, cómo iban a quedarse ahí sentaditas, él estaba con auto y las llevaba. Moira dijo rápido que ella ya se lo había propuesto a su amiga y su amiga no quería ir pero ella sí, y antes de que Marita pudiera aclarar que con el chileno y con el auto del chileno ella se animaba, se fueron los dos y la dejaron sola.

Maldita Moira que la plantó después día tras día. Primero se había alegrado por ella, esa primera noche cuando volvió a las cinco de la mañana y le contó que el chileno era divino y la había llevado en su auto divino y habían bailado en las calles y él después le había hecho ver la ciudad de noche desde arriba de un cerro y la había besado ahí, qué romántico había pensado Marita, y el chileno había querido llevarla a su habitación pero Moira le había dicho no, mañana puede ser, ahora quiero volver a mi cuarto porque si no, mi amiga se va a preocupar. Y sí, gracias, Moira, porque yo ya estaba preocupada, menos mal que volviste, gracias. De nada. Igual la primera noche yo ni loca, dijo Moira y Marita asintió. Y al día siguiente Moira le preguntó si le molestaba que la dejara sola, porque el chileno la había invitado a visitar un barrio de la ciudad y después quería llevarla a cenar a otra zona muy linda y al volver, bueno, ahí ella esta vez le iba a decir que sí...

A Marita ya sí le molestaba pero se las aguantó. Y cuando se despertó al otro día Moira no estaba, se había quedado en la habitación del chileno. Pero como le había avisado, Marita durmió bien. Y después se vieron en la playa y estuvieron un rato los tres juntos pero ella sentía que sobraba y se fue a caminar, a mirar el agua azul; ese color ya mostraba que era otro país, alegraba

el alma. Cuando volvió, Moira la invitó a darse un baño y otra vez una ola la tumbó pero ya no pudo ni reírse porque tragó bastante agua y se le fue por la nariz, qué mar horrible ese. Y después Moira le dijo que el chileno era divino, coge increíblemente bien y esta noche otra vez me invitó a cenar a un lugar recaro. La llevaría con gusto pero el chileno era muy romántico y quería estar con ella a solas. Y Marita entendió que el resto de los días del veraneo iban a ser todos así. Sos una buena amiga, gracias por no enojarte. Ojalá encuentres a alguien acá vos también, alguien tan divino como el que encontré yo. Te lo merecés. Marita se puso roja.

Esa noche volvió a tener el sueño horrible y se despertó transpirada, gritando sola en la habitación. Pensó que era mejor que Moira no estuviera porque iba a creer que estaba loca y no es bueno que la supervisora de una, que tiene tan buen concepto del trabajo que una hace, descubra que su subordinada es loca. Hacía mucho que no soñaba eso, mucho tiempo, creyó que no iba a volver a soñarlo y sin embargo otra vez había visto la escalera estrecha de caracol, escalón por escalón, cada escalón daba más terror que el otro. ¿Por qué? ¿Qué daba tanta angustia si lo único que pasaba era que subía una escalera? Una escalera interminable, un cilindro de paredes rugosas que había sentido sobre sus hombros desnudos. Marita se debatió confusa entre las dos sensaciones: subir y subir, como si no pudiera resistirse a seguir subiendo, y los hombros desnudos contra la pared curva de la escalera. Pero las escaleras no se suben de costado, le susurraba algo a Marita, cómo saben tus hombros de la pared rugosa, cómo lo sabés. Era raro. Marita no se detuvo a pensar más. Solía usar la palabra «raro» para cerrar un tema.

Se dio una ducha y se fue a desayunar. En el comedor no vio a Moira ni al chileno y se dijo que ya que había volado hasta ahí, tenía que aprovechar el viaje. Se animó a probar unas frutas desconocidas, después de tantear con una banana muy pequeña y manchada que para su asombro fue más dulce y cremosa de lo que ninguna banana jamás había sido. Luego volvió a la habitación, se puso su bikini parecida a las de todas las chicas de ese país, fueran de la raza que fueren, admiró en el espejo los efectos del gimnasio tres veces por semana y se puso una remerita suelta que dejaba al aire el ombligo y parte de la espalda. La espalda contra la pared rugosa de la escalera de caracol pero las escaleras de caracol no se suben apoyándose en las paredes, el agujero negro interminable de la cúpula contemplado desde adentro, el agujero sin fondo hacia arriba ¿por qué un agujero hacia arriba? Las escaleras de caracol no se suben mirando el tubo negro que una tiene sobre la cabeza... ¿O la subiría así en el sueño? ¿Acostada? Raro, pensó, pero normal porque los sueños son así y es normal no acordárselos enteros. Y miró el reloj y vio que era temprano y se dijo hoy voy a aprovechar la playa, qué bueno estar acá para aprovechar este sol y mirar estas montañas. Tengo que estar agradecida a Moira porque aunque ahora me deje sola, yo nunca hubiera llegado hasta acá si ella no hubiera confiado en mí. Y sonrió mirándose al espejo.

Fue entonces, en el tercer día de estadía, cuando conoció a ese tipo que la volvió loca. Ese tipo alto, tenía treinta y cinco (diez más que ella) y pelo entrecano ya; ella no había salido con hombres con pelo entrecano, qué atractivo. En realidad ella había salido con Ronnie demasiados años y antes había tenido dos novios, uno casi como cosa de chicos y el otro... Del otro mejor no acordarse, porque del mal no hay que tener memoria para no juntar odio porque el odio se vuelve contra vos, es mala energía. No le gustaba a Marita pensar en el pasado. En cambio, esto nuevo que le estaba ocurriendo, eso sí le gustaba recordar una y otra vez, rehacer en su mente de nuevo cómo había empezado. Lo había registrado cuando se instaló con su amigo feo muy cerca de la sombrilla a la que ella tenía derecho porque se alojaba en ese hotel. Y le encantó escucharlo

hablar bien, como hablan los argentinos, y sintió su mirada sobre el escote de la bikini mientras tomaba sol y le pareció que él y el amigo feo hablaban de ella, así que cuando se levantó para ir al mar se le acercó sonriendo, sonriéndole solamente a él, y le preguntó si no le cuidaba las cosas, como si el amigo feo no existiera, y se dijo que ella nunca había sido de hacer eso, se asombró de no tener miedo a quedar como una regalada y aunque le inquietó, le gustó esa nueva chica que no era aburrida, si la viera Ronnie, además no era por regalada, estaban en un país extraño con diferencias culturales y no se podían dejar las cosas sueltas y además él y ella vivían en un lugar donde sabías que salías de tu casa pero no cuándo volvías, a ella una vez que fue a la Capital le robaron en el colectivo. O sea que no era asombroso tomar precauciones. Por eso le preguntó bien, mirándolo a los ojos (¿pero desde cuándo ella miraba así a los ojos a un tipo?), me podrás cuidar la sombrilla que me voy al agua y él sonrió mucho, con toda la cara, qué dientes lindos. Y ella se dio vuelta y supo que él clavaba sus ojos en sus glúteos redondos completamente al aire y agradeció tantas horas de transpirar en el gimnasio y se preguntó qué pasaba si otra vez el mar la revolcaba, qué papelón. Pero tampoco iba a quedarse en la orilla mojándose con las manos, como hacía su madre. Gordas, las piernas chorreando celulitis, agachada en la playa de su país para agarrar agua con las manos y mojarse los hombros. Le dio culpa recordar así a su mamá que la quería, hacía lo que podía. Había hecho lo que podía y además... Pero mejor no pensar en eso. De su pequeña ciudad hasta aquel mar marrón y ventoso, ida y vuelta, eso era todo lo que había viajado su mamá y ella... ella ahora estaba en una playa exclusiva, mar azul. ¿Ese hombre la miraría si supiera que una mujer así era su madre? ¿Pero qué estaba pensando? ¿Por qué de pronto pensaba de esa forma en su mamá? No se parecían en nada ella y su vieja porque claro, ella no era en realidad su hija; su hermana del medio sí, se parecía mucho. Marita tampoco se parecía en nada a su hermana menor, que estaba volviéndose una vaca igual que las otras. Unas vacas las tres. Qué cruel. ¿Pero de dónde le salían esas palabras? Marita siempre había sido distinta de todas las personas de su familia pero las amaba aunque era tan distinta que muchas veces se había preguntado si no sería adoptada. «Si no te sentís cómoda con quien te dicen que sos...» había escuchado por la televisión. Era una propaganda de esas Abuelas que descubrían bebés robados por los militares. Y ella nunca se sentía cómoda, no, y esa frase la había sacudido aunque no había nacido en los años que decía la propaganda sino un poco después, así que de esos bebés robados no debía ser. Y además seguro eran ideas tuyas y era hija de su madre, nomás, aunque fotos del embarazo no había visto nunca. Pero a mí no me gustaba mostrar la panza, decía la mamá. Con tus hermanas, después, ya sí. Eso había dicho mucho tiempo. Hasta que no lo dijo más. Hasta que se sentó y dijo hija, tenemos que hablar, vos ya sos grande y tenés derecho a saber. Y de algún modo ya lo sabía. Menos mal que no había resultado ser hija de esa gente desaparecida. Y ahora se enteraba de que su madre de verdad había sido rica. ¡Y su mamá le había dicho que la entregó porque era pobre! Después de que te adopté mirá, me embaracé sin problemas, mi amor, fuiste vos, viste que dicen que a veces es psicológico, mirá qué lindo lo que trajiste: hermanitas bajo el brazo. Y menos mal que no estaban allí con ella, volvió a pensar Marita y volvió el dolor por lo que estaba pensando. Es que este lugar es tan distinto y este tipo es tan lindo, se disculpó. Desentonarían. Ellas mismas, las hermanas, le decían que ella era distinta, que ese cuerpo..., que ellas hacían gimnasia pero no lograban... El tipo miraba allí en la sombrilla, Marita lo comprobó disimuladamente. Qué bien. La ola había venido más suave y la que acababa de romper estaba lejos, iba a llegar bajita. Aunque las bajitas igual eran muy fuertes. Tenía que entrar más adentro, el bombón observaba, si se ponía bien firme a lo mejor podía pasarla por arriba, no, mejor por abajo, otro papelón no. Marita se zambulló con estilo y sintió el terremoto de la ola pasando sobre

ella, qué feo: el mundo vibraba y su cuerpo esta vez resistía y salía a la superficie como si no le hubiera pasado la tormenta por encima. Mejor irse rápido ahora que estaba fresca y había dado un espectáculo breve, pero digno.

Volvió a su sombrilla. El sol, la sal, el agua y el aire, el paisaje, la convencieron de que no era tan distinta así, bronceada ya, con su bikini diminuta, de esas modelos que hacían publicidades de aperitivos en la playa. Y justo los dos argentinos estaban tomando algo amarillo de vasos altos con hielo. Qué coincidencia, la publicidad ahora estaba completa. Lástima el feo, porque su bombón daba perfecto. Ellos habían contratado un parasol y habían pedido algo al servicio de bar. Le sonrieron cuando llegó. El lindo la había observado todo el tiempo mientras ella se acercaba y Marita se había hecho la interesante, eludiéndole la mirada, fingiendo estar ensimismada en otra cosa. Cuando volvió del agua él la invitó a sentarse, le dijo me llamo Matías y le presentó a su amigo Leo, la invitó a un trago. Moira llegó con el chileno a la playa y pasó al lado de los tres, Marita la saludó levantando su vaso amarillo y helado, la otra devolvió la sonrisa pero Marita registró la falsedad y le dolió: ¿le molestaba que estuvieran empatadas? ¿O que en realidad ella estuviera mejor? Porque su argentino entrecano era más lindo que el gordo chileno. Tenía un cuerpo soberbio, no se le salía la panza como un globo del pantalón de baño ancho y largo casi como un pijama. Su bombón también usaba uno de esos pantalones horribles pero le quedaban bien, aunque definitivamente Marita hubiera preferido verlo en sunga.

¿Prefería las sungas en los hombres? ¿Ella había pensado eso? ¿Desde cuándo? Le pareció escuchar adentro una risa ajena. Se estremeció. Era una risa diabólica. No. Era el rugido del mar. ¿Rugía el mar, acaso? Sus ojos no se despegaban de los abdominales trabajados de Matías. ¿Desde cuándo ella era tan evidente? ¿Era la bebida que estaba tomando? Pero los pensamientos raros habían aparecido antes, con su mamá. Su mamá. ¿Sería su madre biológica que le hablaba adentro? Esa mujer rica habría tenido hermoso cuerpo cuando era joven. Seguro. ¿Y cómo era que de pronto estaba muerta? Cáncer, le dijeron. Pobre. No debía ser tan vieja. Si la hubiera conocido, si estuviera con ella en esa playa, no sentiría vergüenza.

Los amigos comentaban algo que Marita no escuchaba: solamente miraba a Matías, intentaba adivinar un bulto interesante ahí donde había demasiada tela suelta. Le subió desde la vulva un ramalazo, le estremeció el vientre. Pero yo no soy así. No soy así. Marita supo que tenía miedo y tomó un trago largo de esa bebida donde el limón y el alcohol picaban cada vez con más delicia y consiguió no pensar más que en su bombón, que resultó ser profesional como el gordo chileno: Licenciado en Ciencias Políticas, dijo. Yo de política no entiendo nada, dijo Marita riendo pero como los dos la miraron serios, no se rio más. Matías vivía en Buenos Aires y ella no, ella vivía en una pequeña ciudad que quedaba a algunas horas de viaje. Él le preguntó a qué se dedicaba. Administrativa, dijo Marita y enseguida le preguntó a él, lo suyo no era interesante, lo único interesante era lo de la herencia pero ella de eso no hablaba. Matías y su amigo tenían el mismo título y habían enseñado en la Universidad, pero Matías seguía trabajando allá mientras que el otro había ganado una beca y se había instalado en esta ciudad con mar y playas donde ahora estaban los tres. Qué suerte tuviste, dijo Marita. Los dos decían además que investigaban en una institución que se llamaba con una sigla que ella conocía. Me suena, dijo. Es un lugar del Estado, le aclararon. ¡Qué coincidencia!, se asombró Marita. ¡Ella también trabajaba en un Banco del Estado! Matías insistió en saber, así que lo contó aunque le pareciera poca cosa: atendía una ventanilla de informes y venían viejitas y viejitos que se desorientaban y muchas veces ella tenía que salir de la ventanilla y ayudarlos con los cajeros automáticos. La tecnología no la entienden,

pobrecitos y yo les tengo paciencia. Matías y su amigo la escuchaban con simpatía y le encantó que la valoraran dos investigadores. Marita creía que solo investigaban los médicos, los de laboratorios, gente científica. Pero no, eso que ellos hacían era investigación también, qué interesante. Cobraban sueldo del Estado, como ella, con ese gobierno que sufrían todos. Lo empezó a decir pero menos mal que se calló después de «Estado» porque ellos parecían contentos. No decían las mismas cosas que los noticieros, era como si hablaran de otro país. Igual tan mal no estaba ninguno de los tres ¿no?, porque habían volado hasta ahí y disfrutaban de esa playa. Una playa llena de argentinos, eso sí lo comentó Marita, ¿vieron cuántos argentinos hay? Y eso que la yegua que sufrimos de presidenta tiene las fronteras cerradas, dijo el amigo feo y Marita no entendió todo aunque empezó a asentir pero él lo había dicho sonriendo, a lo mejor con ironía, de modo que se quedó callada y sonrió también. Matías cortó el momento raro explicándole que paraba en otra parte de la ciudad, bastante lejos. Habían venido hasta esa playa para conocerla. ¿El hotel y la playa de él serían tan exclusivos como esta zona?, se preguntó Marita algo decepcionada, pero era hombre, a lo mejor se alojaba lejos por espíritu de aventura. Los hombres se podían defender. Algo en el fondo de ella le preguntó por qué estaba tan prevenida, de dónde venía el miedo. Mejor escuchar a Matías que escucharse. El bombón estaba contándole que tenía pensado hacer muchos paseos. ¿Ella qué había conocido? Todavía nada, murmuró Marita y sintió que se ponía colorada. Es que recién llegaba, se justificó, y se juró salir de esa playa de una buena vez.

Él hablaba mucho, era muy culto, usaba palabras extrañas, le gustaba explicarle cosas. En eso de hablar él y preguntarle poco a ella era igual que Ronnie y todos los que había conocido: no le interesaba tanto lo que Marita le pudiera decir como lo que le pudiera mostrar. Sabía muchísimo ese hombre sobre esa ciudad y ese país, le contó varias cosas. Política. Algunas cosas que contó le entusiasmaron pero también la inquietaron. Matías y Leo parecían tan inteligentes que ella prefería callar a quedar como una tonta. Escuchó asintiendo y deseando que tuvieran razón. Lo miraba gesticular, opinar, dialogar con el amigo, que a veces se metía y daba más ejemplos, retomaba los argumentos y les hacía un rulo, una colita y la miraba a ella pero no como el canoso, sino para hacerla entender. Otras veces le objetaba a él algo y los dos se trenzaban en una discusión que a Marita le resultaba interminable.

Hablaron un buen rato hasta que se instaló un silencio pesado, era como si se les hubieran acabado los temas. Matías le sonreía pero todo era incómodo. Entonces el otro propuso jugar a las cartas. Pánico. Marita sintió pánico. Para Truco no da, somos tres, pero podemos jugar un Desconfío. Yo no juego a las cartas, murmuró, no sé jugar a nada. Nunca había podido, era ridículo, idiota, pero nunca había podido. Es muy fácil, se entusiasmó Matías, yo te explico. Es que yo no juego... no juego a las cartas repitió ella y bajó los ojos. No era el terror irracional de siempre. Era mucho, mucho peor; no podía disimularlo. Un papelón mucho peor que si la revolcara una ola, si la hiciera boquear y vomitar agua y la embarrara de arena. Imaginarse sentada ahí, las cartas listas para arrojar en la mesa, la espera del turno en el que llega el momento de ganar o de perder, el gesto definitivo. Las manos le traspiraban y la boca le empezó a temblar. Llegó un ramalazo de la pesadilla: la escalera, la escalera que subían los desesperados. ¿Qué estaba diciendo? No quiero jugar, vio que repetía. Ellos se alarmaron, pareció, porque el feo retiró enseguida la propuesta, no te preocupes, se me ocurrió nomás, quedate tranquila. Juego a la paleta, propuso ella esperanzada pero no tenían paletas. Entonces él le preguntó si iba a almorzar y el miedo se evaporó. Qué hermoso estar así, charlando en esa playa. Marita pensaba comer unas

frutas, unos panes y un yogourth que había guardado del desayuno en la heladera del cuarto de su hotel, para ahorrar un poco (¿pero no iba a ser rica ahora?). De todos modos dijo sí, claro que iba a almorzar. Él propuso que se fueran de ahí. Había unos bolichitos muy lindos más hacia el centro, en la ciudad, le dijo, y ella con él y el amigo y el auto se animó a alejarse, le dijo que iba a su cuarto y se cambiaba enseguida. Pero él le contestó riendo que con el short de jean que le quedaba tan bien y con las ojotas ya estaba, en esa ciudad nadie esperaba que la gente se vistiera de ciudad y dijo algo sobre la cultura que Marita entendió, porque en difícil era lo mismo que le había dicho Moira: hay que respetar las costumbres del lugar. Se sacudieron la arena y se subieron al auto del amigo feo y Matías dijo manejo yo y Marita se sentó adelante y pudo ver qué lindo era pasear por ese camino cercado de montañas de piedra y verde, qué grande, cuánta costa que daba vueltas, cuántas islas enfrente, cuántos puentes enormes, cuántas ramblas había bajo el cielo inmensamente azul. Menos mal que tenía sus anteojos negros, la luz era descomunal. Marita resplandecía. Estaba agradecida a ese hombre precioso que le había permitido animarse al paseo. Matías, Mati, le dijo ella enseguida, qué lindo paseo. Y Mati sacó una mano del volante para acariciarla con suavidad.

La llevaron a comer mariscos en un restaurante que tenía ventanales al mar y pidieron cerveza. Marita tomó bastante mientras los escuchaba hablar, esta vez sobre música que ella no conocía y letras de canciones en ese idioma diferente. El feo lo sabía hablar perfecto y Mati, bastante. Le traducían el menú y al mozo le hablaban diciendo sh y shi y vacilaban a veces, como si buscaran con preocupación la palabra correcta. Ella se animó a decir algo que había escuchado: hablando despacio en castellano, los argentinos se hacían entender perfectamente porque ese no era un idioma en realidad, sino una especie de español viejo que no había progresado. Pero entonces el feo le contestó que era cierto que muchas formas antiguas del castellano coincidían con formas de ese idioma, que había quedado aislado en una franja entre el mar y las montañas, pero eso no significaba que no fuera un idioma ni que hubiera progresado menos. Y que con el mismo criterio, ellos podrían decir que el castellano no era un idioma en realidad sino que era como ese idioma ajeno, pero corrompido en sus auténticas formas primigenias. Marita se quedó con la boca abierta. Los idiomas no progresan ni se corrompen, siguió el amigo, simplemente cambian y mientras sirven para comunicarse bien, el cambio no es ni mejor ni peor, los transforma la gente cuando los habla, cuando vive, y los transforman quienes hacen arte, música, literatura, y las clases populares (así dijo) con sus jergas, y los jóvenes con sus jergas, y la ciencia que descubre cosas y tiene que poner nuevas palabras. Marita asintió, ¡eran argumentos muy buenos! Y sintió de repente qué dulce, qué maternal era esa lengua de sh y shi y música. Lengua antigua porque es lengua mamá pensó y no entendió qué estaba pensando y por qué sentía dolor (¿fue cáncer?). Y alegría, pues vio que Mati asentía sonriendo, le gustaba que ella le diera la razón a su amigo. El abogado de Moira nunca iba a poder decirle a Moira cosas así. Estaba muy contenta, aprender cosas era ser mejor persona, lo dijo y miró el mar otra vez y lo repitió y sintió que Mati, que se había sentado a su lado, dejando al feo frente a ellos, le ponía una mano sobre su muslo tibio. Se estremeció.

Marita sabía que tenía que decir que no y esperar al día siguiente para ir a la cama pero no se atrevió, tuvo miedo de que si esperaba, Matías dijera más cosas que ella no supiera responder y entonces él también se aburriría de ella mucho, mucho antes que Ronnie. Ya había sido horrible cuando afirmó que si no estabas bien con vos misma, no podías estar bien con los demás. Mati y el amigo discutían algo sobre la alegría y felicidad en ese país: ¿era «genuina» o un «artificial estereotipo»? Matías sostenía lo segundo y ahí ella dijo, solo por participar, si no estás bien con vos mismo, no podés estar bien con los demás. Hubo un silencio y enseguida Mati largó claro,

pero se notó que era por cortesía. Y siguió hablando con el otro como si ella no hubiera dicho nada y Marita se puso roja. Ahora el otro le decía a Mati «es como si creyeras que existe una esencia, una idiosincrasia, un ser nacional». Lo decía con desprecio, como si nadie, nunca, jamás pudiera creer que eso existía, como si cualquier persona que creyera eso fuera sin discusión alguna imbécil y no mereciera estar con ellos tomando cerveza helada, mirando el mar increíble con las islas y las montañas verdes, no mereciera comer con ellos mariscos frescos en un país extraño. Marita se acordó de que decía a veces «los argentinos queremos vivir en paz». Le gustaba esa frase, la decían en la tele, la decían contactos de sus redes sociales. ¿A quién podía no gustarle? Ella quería vivir en paz y era lógico que todos quisieran lo mismo. Pero ahora parecía que eso significaba que entonces ella creía en «los argentinos», un todo, ¿una esencia, como decía el feo? De pronto se dio cuenta de que en el noticiero también mostraban a otra gente argentina y decían que les gustaba sembrar odio y enfrentamiento, y esa frase era contra ellos. Pero esos también eran argentinos. ¿El noticiero creía que no merecían serlo? ¿O sea que no todos los argentinos eran verdaderos argentinos? Escuchando a estos amigos discutir y nombrar libros con tanta seguridad, tanto entusiasmo, Marita aceptó una vez más que solamente pensaba idioteces pero que Ronnie, que se creía no se sabía qué y la ninguneaba a cada rato, no leía más que ella, no era como estos que ahora conocía. Leer te informa, qué suerte enorme haber conocido a Mati. Por eso, cuando los muchachos pagaron el almuerzo («Marita es mi invitada» afirmó él, un caballero, mientras ella se preguntaba, incapaz de concebir su nueva fortuna, si iba a tener que poner su tarjeta de crédito para afrontar su parte en la cifra sideral que había llegado en la factura), cuando después el feo dijo que se iba y los dejó solos, cuando Mati la invitó a caminar y la besó en la rambla, contra la balaustrada que los separaba del mar, y Marita sintió un fuego en el cuerpo que no recordaba haber sentido en su vida, decidió que era preferible que él pensara que era una regalada a que perdiera el interés porque le parecía boba. Iba a violar la regla: no iba a ser el día después. Así que se dejó llevar a un hotel que era peor que el de ella pero estaba limpio. Se dejó desnudar. Consciente de que se jugaba el todo por el todo, quiso dar a Matías una tarde de sexo inolvidable con sus hermosos pechos y sus glúteos perfectos y las técnicas que había leído en revistas femeninas para la felatio perfecta. Era lo que hacía con Ronnie. Le venían a la mente imágenes de películas. Sin embargo, este Matías era tan increíblemente hermoso y le hacía cosas tan bien que de pronto la mente se le apagó, se olvidó de todo, no había ya imágenes que la reflejaran ni le importaba la vista que ofrecía de sus glúteos en cada posición o si su lengua daba el giro que la revista consideraba exacto, en el lugar adecuado. Hubo silencio en su cabeza o mejor, hubo barullo, mucho, y en el silencio y el barullo habló y gimió, dijo cosas raras, cosas que jamás se hubiera atrevido a decir, obscenas y verdaderas. Las olvidaba después de pronunciarlas y él respondía, enloquecido. Era su cuerpo que hablaba, su cuerpo y él; el placer que recibía y el placer que daba se volvieron lo mismo. Nunca le había pasado así, se descubrió en medio de un orgasmo eterno que no esperaba ni buscaba. Gritó, se encontró gritando. Y sintió su espalda sacudirse contra la sábana rugosa, rugosa como pared de ladrillos de una torre de cúpula con escalera caracol y techo negro, interminable. Entendió de pronto eso: en la pesadilla recurrente que después de años había vuelto a soñar aquella noche, Marita había estado contra la pared del tubo siniestro y oscuro de la escalera caracol. Pero había estado mojada, moviéndose, besando, y si recordaba el abismo negrísimo arriba de su cabeza era porque le habían hecho tener un orgasmo eterno ahí mismo, un poco después de estar contra la pared, acostada como se podía contra los escalones, un orgasmo como el de recién, el más fuerte de su vida. No. El último. Eso recordó Marita: había tenido lo que sabía era el último orgasmo de una vida antes de subir los escalones,

como si arriba algo atroz estuviera llamando.

II

La mina era bastante tonta pero tenía el mejor culo que Matías había visto en su vida. Decidió que se la iba a coger en cuanto la vio en la playa, con esa bikini asesina. Resultó además gorilona pero se adivinaba que en el fondo era buena chica y él no estaba buscando pareja, acababa de terminar mal (muy mal) una relación larga y difícil. Demasiados años con Vera, mucha vida. Por suerte no habían tenido hijos, por suerte él no había cedido cuando ella empezó con el reloj biológico y la ansiedad y las interpretaciones de psicoanalista manipuladora: no te podés pensar como padre porque estás atravesado por el abandono de tu propio padre; de dos, por si fuera poco. Pero ahora sabés la verdad, ya no podés creer que tu padre biológico te quiso dejar, sabés que no tuvo oportunidad de enterarse ni de elegir; llega el momento de enfrentar tu propia paternidad, tenés que juntarte con tu deseo, porque tu deseo está, yo lo sé. Tenés que, lo que a vos te pasa es, en realidad vos. La batería de certezas sobre lo que él necesitaba que solo hablaba de lo que necesitaba ella, las intervenciones psi al servicio de conseguir que él hiciera lo que ella quería que él hiciera. Qué problema armar pareja con una mujer que dice que sabe, qué problema creerle (porque le había creído durante tanto tiempo... porque la había querido durante tanto tiempo...). Y después, el asombro, el dolor, comprender el refinamiento del robo y la venganza. La mañana siguiente a la que ella se fue de esa casa Matías entró a su banca electrónica y descubrió que su saldo era cero. Habían desaparecido sus ahorros de siete años. ¿Pero quién era entonces esta mujer? La llamó frenéticamente al celular y no fue atendido, se encontró bloqueado en todos los canales de comunicación. Cuando llegó el resumen de la tarjeta de crédito leyó, atónito, que en pocos días debería pagar un pasaje aéreo comprado por internet, que Vera ni siquiera había tenido la gentileza de prorratear en cuotas, más un monto por alojamiento durante seis meses. Matías había dado de baja la extensión de la tarjeta de Vera horas antes de que ella partiera del departamento con sus cosas, pero estos gastos figuraban como propios y databan de una semana atrás, cuando habían decidido la separación. Entendió de pronto que no había sido un descuido la vez en que quiso pagar en un negocio y no tenía la tarjeta, tampoco era descuido que la hubiera encontrado abandonada sobre su mesa de luz. Una pareja conocida le confirmó que Vera había volado a París cuarenta y ocho horas después de haber abandonado su casa y Matías comprendió hasta dónde todo había sido planificado con perfección matemática desde el mismo momento en que él le comunicó que no aceptaría más sus presiones: ni tendría un hijo con ella ni seguiría conviviendo. Había decidido separarse.

En los primeros años de relación, Vera había tenido la chance de hacer su posdoctorado en París y había renunciado. Matías no había querido acompañarla. Acababa de ganar una suculenta beca del Estado para hacer, a su vez, su doctorado y casi al mismo tiempo, en la universidad, le habían otorgado un cargo académico estable. Viajar a París dos semanas lo entusiasmaba pero quedarse un año le cortaba perspectivas por las que venía peleando duramente. Para Vera, en cambio, París era una solución. En su ciudad, su reciente título de psicóloga no ofrecía demasiado: realizaba acompañamientos terapéuticos desgastantes mientras atendía a dos pacientes en un consultorio que alquilaba por hora. La beca que había ganado le permitiría no solo seguir

formándose como le interesaba, en una ciudad extraordinaria, también vivir con él allí. La asignación mensual era generosa, Vera ofreció sostener los gastos mayores mientras Matías seguía cobrando el dinero por su doctorado y lo hacía desde allá. Pero él se negó. No iba a renunciar a su nombramiento académico ni a alejarse de la militancia política, que tanto le entusiasmaba, justo en el momento en que el futuro de país que proponía el gobierno se acercaba a lo que él soñaba. Matías le pidió a Vera que se quedara con él y como quien le pone una frutilla tentadora al postre, le propuso que vivieran juntos. Era cierto que ella ganaba poco pero él ahora tendría los ingresos de la docencia universitaria, más la beca. Consolidemos este proyecto; el nuestro, el del país, le pidió. Y Vera aceptó. Siguió trabajando como antes mientras él aprovechaba la tranquilidad de recibir buen dinero para sacar un crédito hipotecario y comprar el departamento adonde se mudaron. Estaban tranquilos, vivían con cierta sobriedad y Matías lograba ahorrar mes a mes un pequeño sobrante que en varios años resultó en unos cuantos miles de dólares. Fue una buena etapa: se conjugaron el placer de la formación, la investigación y la enseñanza, con la serenidad y plenitud del amor. Cuando Matías lo recordaba, no podía creerlo. ¿Era Vera? ¿Era realmente ella, la que le había hecho lo que le hizo? ¿Quién era, por favor, quién era esa mujer? ¿Vera, que lo había acompañado con coraje y lealtad a toda prueba en la situación más difícil de su vida? A toda prueba, evidentemente, no. El despecho le quitaba la máscara. El golpe de ella había cambiado su vida. Estaba arruinado. Seguía recibiendo un buen sueldo pero debía una fortuna al banco. Por supuesto, no había podido con la cifra desmesurada de aquel vencimiento de tarjeta y había debido conseguir un crédito de urgencia. De ahora en adelante y durante bastante tiempo la mayor parte de sus ingresos deberían destinarse a pagarlo y a seguir cumpliendo con la hipoteca. Para colmo, la angustia por semejante separación le había jugado una mala pasada y no había presentado a tiempo los papeles para continuar investigando en la institución que había cobijado su doctorado y un proyecto posterior, ya terminado. Matías sabía que era imposible pagar todo eso solo con su sueldo de la universidad y sus ingresos como investigador se terminarían en el tercer mes del año que empezaba.

Matías despertaba cada mañana apretando insultos con los dientes. Maldito fuera el día en que la había conocido, el día en que la había amado, maldita la confianza que le había tenido, la docilidad con que se había dejado llevar por todas esas cosas que ella decía acerca del deseo. Deseo de verdad, decía, y lo besaba. Vos tenés deseo-de-verdad. Sí, lo peor era que estaba siendo injusto: ese era su deseo, averiguar la verdad. Y su novia lo había sabido y lo había impulsado y apoyado cada instante de ese largo proceso doloroso que había podido atravesar porque estaba bien, porque estaba sereno, porque vivía de lo que quería y con quien amaba. Con ese mismo monstruo que después... Ella era quien lo había alentado a insistir y acorralar a su madre hasta confirmar lo sospechado: su verdadero papá no era la basura que su mamá había descripto empecinadamente todo el tiempo, no los había abandonado cuando él era todavía bebé: ese era su padre de mentira; el biológico había desaparecido antes de que él naciera, se lo llevaron los militares pocos meses después de la noche en que él y su madre de diecisiete años tuvieron sexo una sola vez, escondidos en los médanos de un balneario en el Atlántico, desafiando el frío; y ese padre verdadero (Abel, le había dicho la vieja que se llamaba) habría muerto sin saber del embarazo. Desesperada, avergonzada, sin nadie en quien confiarse, juzgándose con la misma ridícula impiedad con que lloró y se juzgó mientras le contaba por fin la verdad a su hijo de más de treinta años, mientras pronunciaba ante alguien, por primera vez en su vida, la verdad que había jurado llevarse a la tumba, aquella muchacha había solucionado el problema a la hipócrita

manera de esos tiempos: casamiento de apuro con el novio oficial, casi tan adolescente como ella. Tenía un novio oficial al que achacar el asunto con verosimilitud y él, presionado por sus padres, sus suegros y la culpa, no tuvo más remedio que hacerse cargo, aunque durante poco tiempo: Matías tenía dos años cuando el esposo los plantó y armó una vida lo más lejos que pudo de su madre y de él, y jamás pasó un centavo.

La revelación dinamitó un relato establecido que Matías repetía pero casi sin saberlo, rechazaba. En lugar de una mamá heroica que lo había criado sola —esfuerzo que denotaban sus piernas reventadas de várices, sus arrugas tempranas, su cuerpo deformado por fregar en casa propia y en casas ajenas—, en lugar de un padre cobarde y bajo que los había dejado librados a su suerte, la nueva versión invertía los adjetivos: madre pusilánime y mentirosa, épico Abel. El compromiso político, la militancia (justo eso que Matías había elegido por su cuenta, eso que, creía, lo diferenciaba de su origen) eran ni más ni menos que su herencia natural. Pero él ya no era un niño capaz de idealizar a un papá de bronce (¿no lo era?): el fusil en una mano, la guitarra en la otra. Abel había tocado la guitarra al comienzo de la noche que fundó la existencia de Matías, la noche del fogón en la playa. Su madre había sido arrastrada ahí por una amiga fugaz de ese verano en el que su novio estaba haciendo el servicio militar. Y allí, deslumbrada por un mundo diferente del mundo de ese novio, de sus padres, descubrió a su perdición: Abel, futuro desaparecido y futuro papá. Destino incierto. Abel sobresalía por su belleza y su guitarra. Sonaban canciones nuevas para ella: batea que se menea, la clara, entrañable transparencia de una querida presencia, al pueblo lo que era del pueblo, un juan salía a buscar otro juan y después comían todos del mismo pan. Qué difícil imaginar a su madre no blanda, no caderona, sin su perpetuo olor a lavandina, sin el ceño marcado de dolor entre las cejas, imaginarla parecida, al menos por esa noche única, a las chicas que imaginó tantas veces, las chicas del pasado de radicalización política que Matías añoraba sin haber conocido: mamá con largo pelo lacio, jeans y zapatillas, sentada con las piernas cruzadas entre todos, rodeando el fuego; un pibe guitarrista de canciones distintas, patilludo, boina verde militar y borceguíes gastados para imitar al Che.

¿De ahí venía él, entonces? ¿De una escena como las que hasta ese momento aparecían cuando quería entender la distancia irreconstruible entre su origen y uno interesante? La verdad nunca es desdeñable pero a veces es preferible olvidarla. Este no era el caso. Matías se puso a investigar sobre el destino de su padre: nada. Figuraba su nombre en las listas y hasta halló una única foto donde se lo veía innegablemente igual a él, pero era uno de los tantos cuyas familias no habían dado señales de buscar o reivindicar. No encontró gente dispuesta a hablar de Abel y no existía información sobre su probable final, salvo el dato del lugar donde lo habían mantenido secuestrado y lo habían torturado.

Matías ya no era un niño, era tarde para enojarse con su madre (¿era tarde?). Ella había tenido entonces diecisiete años y ninguna capacidad de maniobrar. Si a él le resultaba casi imposible juntar a la muchacha nocturna (largo cabello agitado por el viento frío de la costa Atlántica) con la señora prematuramente envejecida que le revelaba su historia, le era muy fácil hallar otro puente por donde las dos se encontraban: el miedo. Un miedo que él había intuido desde muy niño habitaba a su madre desde siempre. Un miedo que la aplastaba contra la roca áspera y sólida de la resignación. Ahora, mientras ella hablaba, podía casi verle el miedo como una cosa concreta, como quien le ve a otro su nariz o una mancha enorme en el cachete, un pelo que crece, loco, negro y solo, en la barbilla. Miedo: las lágrimas culpables por el pecado de desear tanto y no haberse podido resistir habían rodado, inútiles, imbéciles, por el rostro inimaginable de aquel

entonces y rodaban ahora otra vez por la piel agrietada. Miedo: los padres de su madre hubieran preferido reventarla a palos antes de facilitarle un método anticonceptivo; la habían insultado y zamarreado cuando confesó su embarazo, qué hubieran hecho de haber sabido que ni siquiera era de su novio. Miedo: el novio, ¿la dejaría?; el aborto: ¿a dónde?, ¿cómo pagarlo sin acudir a alguien, sin confesar? ¿Cómo pagar una intervención que fuera segura? Y si la lograba pagar, ¿cómo evitar arder en el Infierno? Ni loca. La madre no lo decía, Matías existía y no era siquiera razonable discutirlo, pero Matías podía imaginar con contundencia a aquella jovencita siguiendo su embarazo por una única razón: miedo. Él era el hijo del miedo y de la culpa.

Y en estos pensamientos angustiosos Vera había estado. Instando a saber. Alentando a comprender, a no juzgar. Abrazando. Vera. Qué manera atroz de arruinar todo lo que podría haber finalizado con naturalidad. Las cosas cumplen un ciclo y el reloj biológico de las mujeres a veces sirve para eso, para poner un despertador y que uno se despierte y diga qué hago acá, mejor me voy. ¿Era tan terrible? ¿Merecía un castigo tan tremendo?

Olvidar. Necesitaba divertirse, relajarse, olvidar. Matías había armado sus vacaciones ya en octubre y ese había sido su modo de decidir internamente que se separaba. Fue un impulso: de pronto se encontró buscando vuelos, anticipando la alegría de visitar solo a su amigo del alma en esa ciudad de música y de sol. Hacía meses que Leo estaba allá y le insistía para que fuera. Podría haberse alojado en su casa pero encontró un paquete de aéreo más hotel con precio irrisorio. Lo sacó con la misma tarjeta que luego Vera le robaría. No le dijo nada. No quiero veranear con ella, pensó, quiero tranquilidad, desenchufe. Quiero separarme, se admitió por fin, casi enseguida. Menos mal, pensaba ahora, menos mal que ya había hecho esa compra y no podía deshacerla aunque abultara el monto de pesadilla que debía pagar todos los meses. Menos mal porque si no, no hubiera tenido vacaciones y con un año así y con todo lo que se viene, quedarme enterrado en Buenos Aires... me vuelvo loco... Ya estoy acá, ya estaba allí, en marzo vería qué hacer. Mientras tanto, a refugiarse en ese paraíso donde la solidaridad de Leo le hacía tanto bien y donde era tan oportuno el par de glúteos desnudos, curvos y macizos de Marita. Estaba golpeado y melancólico pero tranquilo, contento, después de todo, de haberse librado del monstruo con el que había vivido sin saberlo, agradecido por recibir de su amigo una contención que incluso incluía lo económico en esos días de charlas profundas pero también de joda, días para hacerse de alguna historia interesante y rapidita que le sacudiera la decepción y el hollín de una pareja larga y archivada con ferocidad.

El sexo fue soberbio, y eso incluso es decir poco. O Matías nunca había sentido eso, o había olvidado que existía. Quiso ver a Marita de nuevo porque no se cansaba de tocarla. No se instalaron del todo en el mismo cuarto pero él convenció al hotel de que la dejaran dormir ahí por una pequeña diferencia y despertaron juntos casi todas las mañanas. A ella le quedaban bastantes días antes de retomar su oscuro trabajo administrativo en un pueblo aún más oscuro, vecino a la Capital, que Matías le había prometido sin convicción visitar cuando finalizara el verano. Él, por su parte, pensaba quedarse un poco más. Mientras tanto, ahí estaban los dos, revolcándose con una ansiedad incomprensible varias veces por día y recorriendo la hermosa ciudad, trepando los cerros verdes y selváticos que rodeaban la bahía, bebiendo tragos helados con mucho limón y mucha bebida blanca y consumiendo algunas sustancias interesantes que conseguía Matías a través de Leo (y en las que ella era prácticamente virgen) para que, ya que no la afinidad, siguiera siendo cualquier tipo de embriaguez lo que le permitiera mantenerla a su lado.

Ya se va, pensaba Matías cuando los días pasaban y recibía la inquietud de su amigo. ¿No

estás exagerando, Mati? Garchan muy bien, ok, es buena mina... ¿pero no estás exagerando?, le había dicho Leo. Además ella está enganchadísima... ¡Le dijiste que vas a ir a visitarla en Semana Santa! ¿Vas a ir? Ni en pedo, decía Matías y se reía molesto de estar riéndose. No iba a ir pero no exageraba. Algo muy oscuro allí al fondo le susurraba que estar con esa mujer en ese lugar y en ese momento era lo más verdadero que podía hacer en su vida. Era una sensación profundamente real que no tranquilizaba.

Ella se estaba enganchando. Ok. Problema suyo. ¿Suyo? ¿De cuál de los dos? Todavía estaban ahí, todavía era verano. Y fue en una de esas noches de la burbuja del verano cuando Matías y Marita tuvieron, por una vez, una conversación verdadera con palabras y no con sus cuerpos. Ella le contó de su madre obesa que resultó adoptiva, de sus hermanas, y a Matías le asombró la coincidencia: a los dos les habían ocultado su origen, los dos habían crecido engañados. Pero no le relató su propia historia porque había que hablar de lucha armada y de desaparecidos, y tuvo miedo de que Marita repitiera ciertas pavadas o canalladas que podía haber escuchado por televisión y él no podría soportar. No obstante sintió que debía retribuir la intimidad que ella le había ofrecido y le contó su historia con Vera, el final, el agujero negro económico y vital en donde estaba metido. Marita se conmovió. La charla fue coronada con sexo, esa intensidad que no dejaba de asombrarlos. Después ella se acurrucó en sus brazos y acercó la boca a su oreja. Yo puedo ayudarte, susurró. Así fue que Matías supo del llamado telefónico, la misteriosa madre muerta, el piso de lujo en la calle más exclusiva del barrio de Recoleta, el precio abismal. Y escuchó su susto y su angustia porque no sabía qué hacer ni cómo hacerlo, a lo mejor él, que sabía tanto, podía explicarle cómo actuar cuando llegara, podía llenar papeles, no sé, dar una mano, ella no se manejaba, le habían dicho algunas cosas por teléfono, trámites pendientes, todo complicado. ¿Y si la estafaban? ¿Y qué iba a hacer con esa casa enorme, si ella no vivía en Buenos Aires? ¿Venderla? ¿Alquilarla a la distancia? ¿Y si la engañaban? Marita tenía una propuesta y él tembló: me va a decir vivamos ahí juntos, cómo zafó; pero la había subestimado: ella se ofreció a darle todo el dinero que le habían robado y todo el que precisaba pagar. No conocía la casa pero por lo que le habían dicho era inmensa, no quería vivir ahí donde había muerto joven esa mujer desconocida. A lo mejor sí quería vivir en Buenos Aires, sería cuestión de pedir un traslado en el Banco y seguro la plata de esa casa daba para ayudarlo a él y comprarse un departamentito. Porque quería ayudarlo, porque él era bueno y una mujer mala le había hecho un daño que no se merecía y aunque era verdad que lo conocía hacía poco, las cosas pasan por algo y vos sos el hombre que yo necesito. Sos el que yo estaba buscando sin saberlo, dijo y Matías escuchó molesto pero le sonrió y le besó los labios. Ayúdame, siguió ella, es verdad que trabajo en informes en un banco pero yo de manejar plata no entiendo nada.

Y a lo mejor Marita no era tan tonta, pensó Matías algo después, mirándola dormir, plácida, con los pies enredados en los suyos; a lo mejor las cosas sí pasaban por algo y ella también era la mujer que él no estaba buscando pero necesitaba: linda y tonta y buena, no inteligente y admirable y culta y mil veces traidora y vengativa, como Vera. Una le arruinaba la vida, la otra se la solucionaba. De pronto, la certeza de que existía una fuerza de justicia se apoderó de Matías. El universo y sus compensaciones, se escuchó decir al día siguiente mientras compartía con su amigo, a solas, una cerveza. Y cuando Leo pidió una explicación dijo apresuradamente es que me siento mejor, es que todo empieza a acomodarse. Pero entonces lo golpeó un ramalazo de culpa: supo que lo mejor era callar la charla que había tenido con Marita y agregó acomodarse acá adentro (se tocó el pecho, la cabeza), sigo en el horno pero lo voy a enfrentar. No quería escuchar

las opiniones de Leo, quien no está en mi situación entiende poco, se dijo. Qué suerte verte bien, Mati, decía Leo, qué suerte que estar acá te sirva.

Entonces a la mañana siguiente, cuando a Marita le faltaban dos días para partir, alguien durante el desayuno les habló de la Ciudad de Piedra y del hotel del Casino que no fue. Y mientras Matías sentía un vahído nebuloso vio asombrado que las manos de ella, cuya delicadeza y precisión él venía de disfrutar, hacían un movimiento espástico y dejaban caer sobre el piso blanco de cerámica el cuchillo enmantecado y un vaso de jugo de fruta, y se quedó mirando extasiado el rojo violento del zumo tropical que se expandía por las baldosas. No sé por qué van pocos a ver esa maravilla, ustedes tienen que ir, se entusiasmaba la pareja de turistas argentinos. La ciudad de los emperadores. El hotel del juego y el suicidio.

III

Los bichos se estrellaban contra la luneta del auto que serpenteaba al sol, subiendo por la ruta con las ventanillas bajas. Desde la vera del camino los acompañaba el tupido bosque de árboles muy altos que cubría las laderas de la sierra. De pronto una enorme mariposa azul se aplastó en el vidrio. Matías gruñó y apretó el botón que ponía en marcha el limpiaparabrisas. Los brazos de metal y goma no habían alcanzado a barrerla cuando vieron a un pájaro pequeño pasar como ráfaga en picada, lanzándose contra el costado izquierdo del coche. Pareció que una piedra golpeaba algo adentro, hubo una especie de salto y Matías bajó la velocidad para estacionar en la banquina.

El espectáculo era desolador y repugnante: se adivinaba la cabecita triturada entre el freno y la llanta, había plumas que salían del costado. Qué triste, qué feo, murmuró Marita. Y qué raro. No chocó con nosotros, bajó en picada. Se suicidó, bromeó Matías pero estaba serio. Quiero limpiar, es un asco, la voz le temblaba un poco, quiero encontrar un palo para... Marita ya lo tenía en la mano y él la miró con gratitud. Sin embargo no era tan fácil: el palo se atrancaba contra algo duro que debían ser huesitos del cráneo encastrado arriba del neumático. Apenas lograron sacar algunas plumas ensangrentadas. Cuando lleguemos, cuando devolvamos el auto, que lo limpien ellos, es un accidente, no te pongas así.

Entre sierras y selva, rodeada de cascadas, la ciudad imperial los recibió como si los hubiera estado esperando. El auto pasó a través de la puerta de piedra que daba la bienvenida y el aire cambió de repente: se respiraba un frescor desconocido, un microclima inesperado donde el trópico permanecía en la vegetación exuberante pero renunciaba a la atmósfera y dejaba que las sierras rodearan todo con su frío. Parecían encerrados en otro mundo, en otro tiempo.

Raro, pensaba con terquedad Marita, mientras el suave temblor en el estómago reaparecía. Para detener un temblor parecido, Matías estaba verborágico: explicaba con solvencia la historia de la ciudad del antiguo Imperio tal como la había leído en Wikipedia la noche anterior. Era bueno escucharlo, Marita se lo imaginaba dando clase en la Universidad, comprobaba una vez más cuánto sabía de todo este hombre deslumbrante que el destino había puesto en su camino; nunca había conocido alguien así, con un profesor como él ella hubiera sido buena alumna, a lo mejor hubiera estudiado. Con un profesor así que se fijara en ella, a lo mejor hubiera sido inteligente. Y si el profesor se quedaba, si aceptaba su ayuda... Aunque quería prestar atención a cada cosa,

Marita se concentraba en la exposición de Matías solo por momentos pero siempre disfrutaba. Una hermosa música de fondo que de paso la ayudaba a olvidarse del estómago, que seguía estremeciéndose como otra música de fondo, pero fea; la olvidaba mientras le seguía ahí abajo, un murmullo en la panza, una presencia constante y molesta que ya que no tenemos otra opción que aceptar, logramos que se vuelva imperceptible. (Es que en realidad ese temblor... ¿no la acompañaba desde el avión? ¿No venía creciendo desde que conoció a Matías?).

Matías tampoco sabía qué pensar. ¿Por qué esa inquietud, si todo estaba perfecto? Era una suerte haber encontrado a esa mujer tan generosa, era una suerte que él se hubiera tomado el trabajo de leer sobre el lugar antes de emprender la visita, que la historia de su continente perteneciera a la esfera de sus intereses, que esa pareja en el hotel le hubiera contado que existía esta excursión, un viajecito para hacer ida y vuelta durante el último día con Marita (¡pero no iba a ser el último día!), algo que lo libraría de tener que inventar temas de conversación, porque llenar el tiempo en que no había sexo se volvía cada vez (¿se seguiría volviendo, cada vez?) más trabajoso.

Trabajoso... No había sido fácil convencerla de que lo acompañara a la Ciudad de Piedra. Después de ese líquido tan rojo que avanzaba por el piso y el mozo del hotel se había apresurado a limpiar durante el mismo desayuno, Marita había planteado un obstáculo tras otro: a mí no me gusta jugar, no me gusta (¡pero si ese Casino no funciona desde los años cuarenta!), no me gustan los casinos, me ponen nerviosa, me dan... (pero no está más el Casino, te digo), es muy lejos y al día siguiente ya me voy (por eso, mirá qué programa interesante para despedirte de este país), el autobús tarda mucho y los horarios de regreso me van a hacer volver muy tarde, mi vuelo sale a la mañana (pero si le pido a Leo el auto y salimos temprano, estamos allá en poco más de una hora y estás de vuelta acá antes de que anochezca, para preparar todo tranquila), tengo náuseas en los caminos de montaña (hay una pastillita mágica para eso, vamos a un lugar hermoso, rodeado de sierras y selva y hay un lago, y es un lugar histórico, hay un palacio de cristal y un palacio imperial y dicen que el museo...), por qué no nos quedamos tranquilos vos y yo acá, tomando sol, no me gustan los casinos. En mi pueblo también hay un museo pero no hay playa, lo del palacio de cristal debe ser lindo pero seguro están las fotos en Google.

Los últimos argumentos desmotivaron tanto a Matías que dejó de insistir, en realidad era mejor evitar un día más entero con Marita. Si iba por su cuenta podría visitar todo lo que quisiera y después volvería y se la llevaría al cuarto del hotel donde todavía tenía pendiente hacerle el culo, que Marita retaceaba como si fuera el tesoro de don Pedro II.

Y fue por eso, porque dejó de insistir y ella entendió con angustia que estaba incluso satisfecho de ir solo durante el último día que tenían para estar juntos allá (y quién sabía qué iba a pasar cuando llegaran, aunque tuvieran proyectos, aunque ella estuviera dispuesta a ayudarlo para que tuvieran proyectos), que Marita empujó a un rincón de su cerebro su poderoso deseo de quedarse y le dijo que había cambiado de idea. Sin embargo, esa noche en que acordaron dormir en el hotel de él para partir bien temprano, gritó demasiadas veces. Primero por los orgasmos pero después por la pesadilla de la escalera de caracol, de la que esta vez se despertó justo cuando la trepaba con desesperación. Ya no subía lentamente y con miedo, ahora escapaba de alguien, y sentía la mano de su perseguidor aferrándole el tobillo. Fue como si esa mano la trajera a la vigilia, Marita cayó de boca sobre los escalones rugosos con un grito que despertó a Matías, quien la abrazó y la tuvo contra su pecho mientras volvía a dormirse de inmediato. Ella, en cambio, no logró casi conciliar el sueño.

El hotel apareció cuando comenzaba la ciudad. Se extendía frente al lago como una enorme y sólida tela de araña. Lo rodeaba un parque muy verde, además de esas aguas artificiosas y contorno extraño sobre las que Matías explicó una curiosidad que ella no retuvo. Bajaron del auto y avanzaron con los ojos fijos en el edificio: el blanco de las paredes golpeado por el sol la encandilaba, aunque en realidad todo era una sinfonía de blanco pero también de negro: negro en la pizarra que cubría los techos como un manto y dibujaba bonetes puntiagudos, negro en las vigas de madera que sostenían ventanas y balcones, en los barrotes y persianas, ébano contra una piedra blanca inmaculada. Negro en la equilátera ventanita triangular que coronaba, en lo más alto, el cuerpo central del edificio: una pequeña y elevada apertura que los ojos de Matías enfocaron de pronto mientras todo su cuerpo se paralizaba. Qué te pasa preguntó ella, que tampoco podía dejar de mirar la ventanita, pero él no respondió y retomó con énfasis su exposición wikipediesca: el hotel había sido construido por un arquitecto famoso en la primera mitad del siglo pasado: estilo normando por afuera, Hollywood de los 40 a todo trapo, por adentro. ¿Hollywood, de las películas? Marita se interesaba. Sí, dijo él y percibió con alegría su entusiasmo y sintió que por una vez no estaba arrastrándola, podían compartir eso, un instante. Habían hecho venir para decorar los interiores a una famosa escenógrafa del cine de aquel tiempo. Habían gastado fortunas. La piscina era una sinuosa y abigarrada invención de esa mujer, imitaba las piscinas de Esther Williams. Marita recordaba a su madre mencionando a Esther Williams, recordaba haber visto en la TV alguna película vieja. Los dos se rieron de las ridículas muchachas maquilladas que sonreían bajo el agua, braceando hacia la cámara, mostrando sus dientes como si se pudiera y, atléticas, sensuales, formaban estrellas y corazones y coronas y nenúfares y simetrías perfectas, danzarinas, con sus cuerpos nadadores, al son de una música chorreante de violines. Matías había leído que para la apertura del hotel había sido invitada Esther Williams en persona, que su preciado cuerpo musculoso había cortado por primera vez el cristal de cloro y agua. Marita quería saber si podrían visitar esa pileta, ¿podrían meterse?, ella tenía la bikini en el bolsito. Visitar seguro, meterse no sé, dijo Matías, pero entremos. Y la ventana triangular de la cúpula más alta los vio avanzar hacia la gran puerta.

Iban tomados de la mano por el ancho camino en el que estaban dibujadas recargadas simetrías, sobre un fondo blanco de pequeños mosaicos octogonales. Pisaron esas curvas de piedritas negras: cálices, penachos, formas que ondulaban. Matías soltó la mano de Marita, la abrazó y al llegar al portón se detuvo sin saber por qué para atraerla, besarla largamente. Sus lenguas ondularon como los dibujos del camino.

Habían llegado. Cuando entraron, algo en el edificio pareció estremecerse.

IV

Para Marita el lugar fue de una belleza deslumbrante; para Matías, un insólito, pasmoso despliegue del kitsch (pero pese a su ironía, estaba fascinado, conectado con sus ojos de niño cuando se fugaba de su casa pobre, navegando por el lujo que salía por televisión). Un set de Hollywood pero sin cartón piedra. Mármoles para que Doris Day tomara su baño de espuma o Fred Astaire hiciera retumbar las chapitas de sus pies en salones poblados de columnas. En todo caso ninguno de los dos había visto espacios con una personalidad tan definida y alejada del

global lujo uniformado de los hoteles cinco estrellas.

Se unieron al grupo de la visita guiada. Era, les dijeron, un hotel casino; concebido para albergarse y jugar, o mejor, albergarse para jugar. Matías se vio despertándose entre sedas, sin pensar más que en jugar, desayunando con vajilla de plata y porcelana mientras anticipaba los sonidos de las fichas que se arrastrarían en las mesas, el ulular de las cartas que mezclaría el crupier. Cada detalle de esa arquitectura, les dijeron, de los muebles que les mostrarían durante la visita que empezaba, había sido pensado para que las almas mordieran el hambre de jugar. Tenía que ser el hotel más grande, el más bello, el más caro. Una inversión ingente de dinero para generar dinero ingente, una rueda de fortuna girando —pensó Matías— como había girado la rueda medieval que atormentó a mujeres y a hombres acusados de pecar. Ese delicioso riesgo, ese temblor en el estómago, la libido desatada de la apuesta cuando la vida es, como estos pisos, blanco o negro. Miraba el culo de Marita, que avanzaba adelante: se adivinaban sus cachetes redondos al final de la bronceada espalda descubierta, se movían bajo la tela roja del solero. Pero el hotel, seguía explicando la guía, había albergado a sus exclusivos pasajeros solo un lapso breve. Pocos años después de inaugurado, un decreto presidencial prohibió el juego y ahí quedaron el edificio y su exceso, casi intactos, como un absurdo dinero congelado, que se ofrecía a la mirada de turistas como se ofrece el hielo eterno de las cumbres.

Marita y Matías caminaron los corredores de paredes curvadas como un útero, bañadas por una luz extraña, artificial, que predominaba en casi todo el edificio. La luz surgía desde abajo y la guía les mostró lumínicos en forma de cuerpos estelares horadados: bordeaban el piso a intervalos regulares. Visitaron lo que había sido el salón donde se servían las comidas: en el centro, una enorme jaula blanca, con los barrotes enredados por plantas tropicales (¿reales o sintéticas?) guardaba una pequeña fuente donde flotaban las amapolas de agua (¿de un plástico perfecto?); sobre la fuente colgaba, desde lo alto de la ojiva de hierro, un enorme tucán embalsamado.

El hotel era una burbuja marmolada, taraceada, alfombrada, incrustada, parcelada con enrejados de artesanía. Abroquelada. Brillaba sin estridencia, con la luz exacta. Un vientre para jugadores de bolsillos poderosos, dispuestos a la temeridad. Ese magnífico festival del mal gusto, racionalizaba Matías y se forzaba a ensayar su mejor sonrisa cáustica; ese lujo nunca visto, se encandilaba Marita. Y sin embargo: estaban estremecidos. Es la exuberancia, pensó él con los ojos clavados en el escote rojo de su presa del verano. Bajó por las hermosas piernas calzadas con sandalias. La sangre se le concentró en el sexo, la boca se apretó. Marita se acercó para susurrarle algo pero percibió ferocidad y se detuvo, asombrada.

La guía los llevó a uno de los pocos lugares con ventanales al parque: la biblioteca. Ese era el momento en que el hotel impostaba seriedad: el rey de la biblioteca era el roble oscuro, magníficamente trabajado tanto en la enorme mesa del centro, como en los anaqueles repletos de libros que llegaban hasta el techo, encuadernados en cuero azul, granate, verde oscuro, con los títulos y autores labrados en dorado. Shakespeare, Edgar Allan Poe, Baudelaire, Stendahl, Descartes, Platón, leyeron en los estantes más cercanos. La guía los invitó a acercarse a contemplarlos. Hizo ademán de sacar un tomo pero se movió en conjunto todo el contenido del anaquel. No son de verdad, dijo. Era un bloque de cartón piedra y por dentro estaba vacío, una cáscara tapizada de cuero imitaba los lomos pegados uno junto al otro. Vamos ahora por esta puerta, indicó la guía. Los turistas fueron saliendo pero ellos permanecieron fascinados frente a la escenografía. Por motivos diferentes, nunca habían imaginado que algo así podía ser el decorado de un ambiente. Marita se preguntaba si eso le gustaba y no sabía qué responderse, Matías estaba

atónito. En definitiva este es el verdadero homenaje a Hollywood del hotel, murmuró y ella no entendió qué quería decir con eso. A Matías encontrar alguna reflexión le trajo alivio. Se reconocía, estaba volviendo a ser él. Su cabeza no había funcionado bien desde que ingresaron al edificio, aunque no pudiera decir qué fallaba. Ahora, por las ventanas abiertas entraba con suavidad la brisa de las sierras y mientras la respiraba con placer entendió que en los salones había algo con el aire. Es la alta cultura lo que trae el oxígeno, se burló, rozando los lomos. Si se ponía en puntas de pie lograba leer los anaqueles más altos: Flaubert, Cervantes, Tolstoi, Kant.

—Los encargaron por metros. Los fabricó mi padre.

Se dieron vuelta, sobresaltados. El viejo tenía una chaqueta cruzada de color granate oscuro con charreteras y doble fila de botones dorados, pantalones de la misma tela y el gorro cilíndrico y chato en la cabeza. Era raro que trabajase en un lugar tan distinguido un tipo mayor y mal afeitado, pensó Marita mirando los mechones blancos ralos, desprolijos, que le asomaban por las sienes. Aunque era cierto que eso ya no era un hotel, después de todo. Pero el tipo estaba vestido de botones. Tantas diferencias culturales en ese país. Todo podía pasar. ¿Su padre trabajó acá?, le preguntó al hombre. Y yo también, asintió el viejo. Mantenimiento. Un poco de todo. Hablaba con el acento extranjero de esas tierras y aunque la voz era desagradable y profunda, como llena de aire, se entendía con claridad. A Matías le repugnaron la boca desdentada, la piel amarillenta. Poco sol en este hotel, se justificó el viejo como si le leyera la mente. Pocas ventanas de verdad. Mucha luz eléctrica. Es para que jueguen. ¿Para que jueguen? Para que no vean si es día o noche, si cae la tarde, si asoma la mañana, y no piensen otra cosa que en jugar. Por eso este es uno de los pocos espacios con ventanas que no engañan. Engañan los libros nada más, dijo el viejo y se rio. Se reía sin ruido, un sonido que le chocaba mudo en la garganta. Me da miedo jugar, susurró Marita. Es que se gana o se pierde, señorita. ¡Si hasta el hotel perdió!, dijo el viejo y volvió a reír. Y contó que los casinos no duermen; ese, cuando era casino, no dormía: día y noche se poblaban sus mesas de madera y felpa, sus ruletas giraban sin cansarse, las fichas eran empujadas para un lado y para el otro, las mandíbulas tensas de los huéspedes mientras la rueda giraba, el humo compacto chupado y expulsado de innumerables cigarrillos con el filtro ensalivado de ansiedad. ¿Pero usted estuvo acá en ese entonces? ¿Usted lo vio? Yo vi todo, siempre. Era muy chico y me acuerdo hasta de los cimientos. La construcción. Yo vi el pozo, señorita. Hasta se podría decir que yo salí del pozo, dijo el viejo y se volvió a reír. ¿La inauguración? ¿La vio en persona a Esther Williams? El viejo paró la risa para hacer memoria. Nuestra sirena, dijo, asintiendo, y los ojos parecieron humedecerse entre las arrugas. ¿Su padre era carpintero?, preguntó Matías. Más o menos. Era anarquista, caballero. Un rebelde engañado por los libros. Los padres rebeldes nos hacen sentir a los hijos demasiado obedientes, ¿verdad? Mi padre trabajó acá desde que empezó el hotel, se daba maña con todo. Darse maña. Era extraño que esa voz usara un giro tan castizo, escucharlo con la pronunciación nasal, extranjera, usted habla demasiado bien español dijo Matías y se registró en la voz la desconfianza. Ah yo hablo muy bien muchos idiomas, cómo trabajar en un hotel como este, si no. Bueno, gracias, dijo Marita y en su voz había prisa de repente. Vamos, Mati, vamos a perder al grupo de la visita, nos vamos a perder. No se preocupen, el grupo está acá nomás, yo ahora los llevo y nunca se van a perder si vienen conmigo. Esa guía sabe poco y nada, ni les mostró las fotos. ¿Fotos? Las fotos de cuando funcionábamos, las fotos de los años en que el hotel fue el hotel. El viejo señaló un enorme álbum sobre la mesa de roble. ¿Cómo no lo habían visto antes? Marita lo abrió y suspiró de asombro y maravilla: toda esa gente fina con ropa de película, las sombrillas junto al lago, las muchachas sonriendo,

sentadas al borde de la piscina que inauguró Esther, luciendo mallas ridículas, sus preciosas piernas colgando sobre el agua. Y la foto del salón con la jaula en el centro: los turistas jugadores estaban desayunando; mujeres de uniforme llevaban bandejas de plata. Pero parecéis vos, dijo Matías de pronto con asombro, el dedo sobre la imagen de una muchacha con delantal y cofia que le servía el café a un caballero. Marita se observó, petrificada. Es en efecto muy similar a la señorita, confirmó el viejo. Era una buena chica, muy joven, la recuerdo. Ni veinte años tendría. Humilde pero honesta, como se dice. Trabajaba bien. El problema era que la clientela masculina la apreciaba... mucho... Tenía... dos buenos argumentos... La risa horrible otra vez, usted es asqueroso dijo Marita con odio y Matías la observó estupefacto. Precisamente... dijo el viejo como si le diera la razón o como si no la hubiera registrado, un cliente... un hombre de negocios... un hombre especializado en estas cosas... en fin, ese negocio siempre bienvenido por los caballeros... Ella trabajó acá un tiempo breve, enseguida se fue... Bueno... más exacto es decir que se la llevaron... la incorporaron a otro rubro, mejor pago, señorita, el oficio más antiguo aunque servir la mesa también es un antiguo oficio femenino, ¿o no? El viejo se rio otra vez. Marita había buscado la mano de Matías, la apretaba. La brisa que entraba por las ventanas era cada vez más fría. Voy a cerrar, dijo el viejo de pronto y se dirigió a las ventanas, no tiene que entrar tierra de afuera, va a arruinar nuestros muebles. Creo que a esa chica la llevaron justamente a su país, señorita, siguió mientras trababa una a una las fallebas. Digo, por el acento que tienen ustedes, inconfundible ¿no? Se la llevaron y por lo que supe... tuvo después algunos problemitas. ¿Problemitas? Algo así. Gajes del oficio. No todos los hombres son amables. Pero basta, son historias tristes. Y ahora entiendo por qué quise hablar con ustedes: tienen caras que me resultan conocidas. La señorita, el caballero... El viejo cerró el álbum y metió la mano en el bolsillo del almidonado pantalón de su uniforme. Mire, ordenó desplegando el recorte de diario sobre la mesa. Marita gritó. En la foto, Matías miraba al frente con los ojos rígidos, obnubilados. Usaba el cabello y las patillas largos. La noticia era de treinta y cinco años atrás: mayo de 1979. Desde entonces no dejan más subir a los turistas, dijo el viejo. ¿Subir?, murmuró Matías. Ya lo van a ver, es la escalera de caracol que sale de la cúpula. La cúpula donde funcionaba el casino. Atrás de una de las columnas está la escalera. ¿Qué lleva a dónde?, preguntaron y se miraron: lo habían dicho al mismo tiempo. Pero los dos ya lo sabían. Sí, adivinó otra vez el viejo, la ventanita triangular que vieron desde afuera, la más alta de todo este edificio. Muchos saltaron por ahí cuando el casino funcionaba. A veces se gana y a veces se pierde. Qué pena que no se visita más ese lugar. Es una sala grande aunque la ventana es chica, pero una gorda también pasa por ahí, no se crean. Adelante están los prestamistas, el escribano. Estab..., empezó a corregir Matías mientras el viejo lo cortaba: estaban, sí, sí, antes, claro, eso les quiero decir. La guía no lo va a contar, le dijeron que nos trae mala imagen. Escribanos, prestamistas: para los que ya no tienen qué jugar pero van a seguir jugando. Hay que atestiguar el traspaso de los inmuebles, señorita. A veces se gana y a veces se pierde, susurró Matías y ella lo miró: tenía los ojos fijos en los ojos de la foto. Levantó el recorte con las manos que temblaban. La noticia contaba el suicidio de un turista pero el nombre y apellido no tenían nada que ver con los datos que le había dado su mamá sobre su padre, sí la nacionalidad. El diario decía que el hombre tenía residencia en el país aunque acento y documento de la nación limítrofe. No habían aparecido parientes que reclamaran el cuerpo. La Embajada no había hecho declaración alguna sobre la identidad del suicida. Es un caso extraño, estaba explicando el viejo. Se dijeron muchas cosas acá, yo ya no era tan joven y me acuerdo, pero vamos, van a perder al grupo que ya debe estar por llegar a la cúpula azul. Qué se dijo, levantó la voz Matías y le salió aguda y Marita se sobresaltó: tenía la cara deformada. Ah...

pero contarle un rumor a usted, su compatriota... Cómo saber si es cierto, se hizo rogar el viejo, recuperando con suavidad el papel y plegándolo sobre la mesa con sus manos antiguas, amarillas y manchadas. Se dijo que era un aparecido, el viejo se rio. Un fantasma no, no se asusten, un fantasma no puede suicidarse ¿verdad? Un desaparecido que apareció, eso se dijo, uno de los desaparecidos de allá que dejaron salir, uno que había hecho pactos, había dado informaciones, había... cómo lo llaman ustedes... marcado... Yo no juzgo a nadie, cómo juzgar, ¿yo, juzgar? El menos indicado. ¿Usted quién es?, casi le escupió Marita. Hablaba con una violencia que no se conocía. Usted no puede trabajar en este hotel. Cómo que no, señorita, cómo me dice eso. Desde chico este hotel y yo... Qué más se dijo, insistió Matías. ¿Del último suicida? Lo llamaron así, es que hubo muchos antes y este apareció cuando el casino ya no existía. Uno que también perdió pero no en la ruleta... el viejo volvió a reírse y Matías le soltó la mano a Marita para atrapar la del viejo, que todavía tenía el recorte entre sus garras, pero el botones se apartó con agilidad y devolvió el papel plegado a su bolsillo. No se impacienta, caballero, no se gana nada con la impaciencia. Se dijo eso: que los que se lo llevaron lo dejaron salir, cruzar la frontera con una identidad nueva, que el tipo se quedó viviendo acá tranquilo, o él creía que tranquilo, hasta que un día vino de visita y vio la ventanita y... Bueno, tan tranquilo no estaría.

Yo no puedo creer que esté pasando esto, gimió Marita. ¿Pasando qué? ¡Pero no pasa nada, señorita, cálmese! Todos nos parecemos a alguien, acá trabajó una chica linda como usted que podría ser su abuela, la gente nace y muere, las caras se repiten. Disculpen si los incomodé, me pareció que les interesaba este lugar que para mí es toda mi vida, quise compartir con ustedes mis conocimientos. Es tan mala la guía que les tocó, hoy se muestra tan poco de este lugar que es lindo, lindo como su abuela, señorita, es una broma, es que es tan parecida, usted podría hacer carrera... Basta, dijo Marita. Matías la miró: los enormes ojos castaños habían dejado de ser húmedos y suaves y esos dientes que se abrían tan fácil estaban apretados, miró el carácter verdadero de la mosquita muerta, al final son todas como Vera, como mi vieja: creés que las conocés y de pronto... Farsante. El pecho de ella había avanzado contra el viejo, que parecía estremecido y lo miraba a él como pidiendo auxilio. ¿Pero qué se creía esa yegua, asustar a ese pobre hombre, un laburante, un tipo grande? Y a mí dice que quiere ayudarme. ¿O quiere que le tenga miedo, que le coma de la mano? El tipo es desagradable, sí, pero ¿no era que socorrías a los viejitos en el cajero electrónico? Quiere humillarte, quiere cagarte, a esta sí la tenés que poner en caja, escuchó al viejo pero el viejo seguía observándolo asustado, con la boca cerrada. Mirale las tetas cómo se le pusieron, te provoca, quiere que la aplastes.

Un golpe en la ventana quebró el silencio de los tres. Un pájaro se había estrellado contra el vidrio. El viejo meneó la cabeza, casi triste. Otro más, dijo, contemplando las plumas y la sangre. Salgamos, pasen por acá, invitó suavemente, como si el estallido de Marita hubiera ocurrido hacía siglos y ya no tuviera sentido comentarlo. Indicó con una sonrisa amable la misma puerta por la que se habían ido los turistas. Yo voy detrás, dijo. Hay que subir.

En su español preciso se escuchaba, grotesca, la música del idioma de su país. Soplaban, más que resonaban, las cuerdas vocales del viejo. Estarían llenas de nódulos, pensó Matías, que había vuelto a detestarlo. Destruídas. Mucho humo en la cúpula, amigo, mucho tabaco, como su padre, le pareció que le decía el tipo y se dio vuelta para pegarle, sería fácil tumbar de una piña a ese esqueleto uniformado pero no, el hombre estaba serio, como ausente. Era como si no hubiera dicho nada. La ira que trepaba por sus tripas chocó contra la garganta y se detuvo ahí: un carozo que pinchaba. Volvió la cabeza hacia adelante: Marita caminaba, sus ricos glúteos se movían bajo

el solero rojo.

V

La visita terminaba en la cúpula donde había funcionado el casino. Era un inmenso salón redondo con paredes celestes y un perímetro jalonado de columnas azul eléctrico, color que Marita siempre había detestado. En el mismo azul se hundía el alto techo cóncavo bordeado por una gruesa moldura dorada, con un círculo también dorado en el centro, de donde emanaba una luz tan eléctrica como el azul. No era una araña, no era un plafón, era una especie de rosca enorme y pesada que amenazaba con precipitarse contra la cabeza de quien se arriesgara debajo. Toda la circunferencia del salón estaba rodeada por ventanas, arcos de medio punto que también emanaban luz. Era una irradiación demasiado blanca y uniforme para ser natural: simulacros como los libros de la Biblioteca, superficies de vidrio que tal vez daban hacia afuera (hacia los árboles y el aire) pero estaban selladas y veladas en esa fosforescencia amarillenta que se mantenía día y noche igual, exasperante.

Marita y Matías entraron y permanecieron quietos observando el vacío. No había nada en el salón y eso, precisamente, subrayaba todo lo que había existido en ese centro irradiador del edificio entero. Les fue fácil percibir los espectros de las mesas de baccarat tapizadas de felpa verde, las ruletas que giraban y se detenían y volvían a girar, las máquinas tragamonedas; sombras de hombres y mujeres nerviosos, concentrados, hacían subir y bajar palancas; mánadas oscuras en el inmenso universo, contemplaban sus fichas y sus cartas ajenos a todo: a sus hijos que jugaban en las guarderías del hotel (convenientemente abiertas a toda hora para que pudieran olvidarlos por completo), a sus amores que los esperaban en algún lugar; ajenos al trabajo, a las leyes que fundan el intercambio de trabajo por dinero, buscadores de moneda mágica, la que viene de la nada y se gasta en la nada, la que hunde y la que salva. Hombres y mujeres extremando el riesgo para que las leyes sean otras, para que el mundo sea otro. Ustedes perdieron, preguntó, afirmó la guía. No. Habían escuchado mal. Ustedes se perdieron, había dicho. Su voz se mezclaba con los ecos que fabricaban los turistas, que daban vueltas por la inmensa estancia desierta diciendo palabras contra las paredes para ver cómo el lugar las repetía. En la voz de la guía había reproche y Marita y Matías se dieron vuelta para que el viejo botones le explicara por qué habían llegado tarde y no habían escuchado las valiosas informaciones acerca del salón azul, el de los ecos, una de las cúpulas más grandes del mundo, el corazón del hotel, el lugar construido para que los que entraban allí se jugaran el destino a todo o nada. Pero el viejo los dejaba solos: lo vieron guiñar un ojo cómplice, llevarse el dedo a los labios en una divertida señal de silencio y desaparecer sin ruido por la ancha, fastuosa escalera alfombrada. La visita terminó, dijo la guía ofendida, y partió por donde el viejo se había ido. También los turistas empezaban a seguirla después de algunas caminatas perimetrales en las que exclamaban ¡ah!, ¡oi!, ¡oh!, para escuchar la respuesta del enorme espacio cóncavo de la bóveda superior. Qué había para ver, después de todo: piso, columnas, techo.

Este lugar habla, susurró Marita y puso con delicadeza una mano en la pared celeste y estrecha que crecía entre ventana y ventana. Sintió que la acariciaba. Porque algo había querido permanecer ahí atrás de las paredes, de las ventanas. Algo que no eran los fantasmas del juego

hubiera querido quedarse y ser otra cosa pero no lo habían dejado. No la dejaron, murmuró Marita en femenino no supo por qué, pensó con dolor que en ese día había visto la muerte de dos pájaros. Matías la sacó del ensimismamiento. Vení, lo escuchó. Era una orden.

La llamaba con la voz apretada del deseo, parado atrás de una columna, ante una puerta cerrada. Había seguridad en esa voz, la misma certeza tensa con la que le había dicho tantas cosas en la cama, en esos días febriles. Marita sintió los labios de la vulva, el cosquilleo. Obedeció. Esta puerta, adónde va, dijo Matías y no era una pregunta. La abrió mientras hablaba.

Estrecha, rugosa, una curva ascendente rodeada de pared tosca y agrietada, ahí estaba el alma del centro del alma del hotel. Donde está siempre la verdad: inadvertida en un costado. Frente a ellos, la escalera que había subido su padre.

Pero ninguno de los dos se dio el tiempo de mirarla. Matías tomó en sus brazos a Marita y la empezó a besar, empujándola contra el canto de la puerta primero y después contra el muro, ya del otro lado. Ella se deshacía, no sentía los rasguños que se le hacían en los hombros, que se frotaban contra la pared rugosa. Le levantó el solero y le metió la mano en la bombacha. Marita se restregó desesperada; el pene grueso y duro como piedra (la Ciudad de las Piedras) se le aplastaba contra el pubis y ella se apretó más, le ofreció el cuello y otra vez se sumergió en el sinsentido. Ardió profundamente. Ardía. Él la empujó hacia la oscuridad, más adentro, y miró por un instante el agujero negro interminable hacia arriba, sobre su cabeza. Escucharon que la puerta se cerraba y la oscuridad fue total. Tal vez la había cerrado él, tal vez se había cerrado sola. A Matías no le importó saberlo pero a Marita la alarma la despertó. Gritó. No. Abrí, quiero salir. Es una trampa. Salgamos. Pero él buscaba ahogarle las palabras con besos en la boca. ¿Así que me querés dar algo? Dame el culo, le dijo y a ella le pareció ver un brillo feroz en la negrura: ¿los dientes; los ojos? Quién sos. Quiénes somos. Como él le cerraba la salida, Marita corrió escaleras arriba como pudo, deseando despertar. Pero no estaba soñando. Matías tardó un instante en reaccionar, ella subía de a dos los peldaños y le había sacado ventaja. Se lanzó detrás, el vestido rojo era un faro en la negrura, desaparecía en las curvas, retornaba. Matías avanzaba veloz, las piernas más largas tragaban los escalones de a tres, las piernas y el rojo brillaban en lo negro. Manoteó y logró aferrarla de un tobillo. Marita cayó boca abajo con un grito de dolor. Todo el cuerpo de él se le lanzó arriba. Las manos le arrancaron la bombacha, Marita siente el chicotazo del elástico roto sobre la piel y la piedra caliente que le avanza, le empuja el esfínter y ve a su abuela gritando de dolor y humillación y la ve pariendo a la niña que será su madre y ve a su madre que para no ser como su abuela elige jugar, antes que perder sin siquiera haber jugado, y entonces trepa, sube a cualquier precio por escalones lujosos, muestra su culo bello a hombres poderosos para dejarse comer y encuentra otra forma de derrota: dinero, poder, soledad para la muerte, todo tan cruel y tan indigno como la oscuridad donde a Marita la violan, donde le dicen puta. Putas dice Matías y la abre, las abre brutal, y ella vislumbra a sus queridas putas de donde le viene la vida y se ve ella misma abofeteada por ese novio antiguo en el que no quiso volver a pensar más y lee el desprecio en el rictus de Ronnie y en el rictus de la gente que contempla a su familia de mujeres obesas, la que contempla a su abuela puta esclava y a su puta madre rica que se muere de cáncer despiadadamente sola, su madre que la entregó para poder seguir trepando una escalera pero la recordó al final y habrá estado antes así también, como ella, hundida boca abajo, cara contra la piedra padeciendo, mordiéndose los labios y arrodillado en lo oscuro Matías empuja y no se frena, sigue insiste desgarra y Marita ahora está rabiosa y lo insulta como si insultara al mundo pero de pronto el placer.

De pronto el cuerpo entero se relaja, aloja. Marita calla, su madre deja de sufrir, sonrío mientras la delicia le sube a la hija hasta el fondo más profundo de su alma y entonces Marita entiende, por fin. Se acaricia el clítoris, se mueve triunfante, enloquece a ese pobre tipito que la está enloqueciendo y él enterrado en ella también sabe de pronto que su padre llegó ahí destrozado en pedazos, me quebraron entero me arrancaron cada idea cada sueño y quién sos, porque yo ya no soy yo soy un imbécil que aunque se sacuda hasta el fondo de ese culo no va a llegar jamás. Perdiste imbécil jugaste como este orto y no hay revancha posible pero el orgasmo les llega como nunca a los dos. Les llega juntos, separados. El orgasmo final.

Matías gime en el último golpe y se arranca de ella sin contemplaciones. Colmada, Marita lo escucha respirar en lo oscuro, se incorpora trabajosamente y se calza la sandalia que se le escapó. Se pone de pie, puede tocar cada pared del tubo y se queda quieta, erguida en un escalón, mirando abajo, sabiéndolo agachado. Sos una bestia, dice, un animal. No es un elogio y él lo sabe. Quisiera hablar pero está llorando. Se gana y se pierde, dice Marita, tan buena con los viejitos en el Banco donde en pocos días presentará su renuncia. Y ahora tantea en el cuerpo de Matías como si fuera un mueble hasta encontrar las llaves del auto en el bolsillo de la bermuda todavía abierta, enredada en las rodillas. Baja sin mirar atrás, después de todo no se puede ver nada. Abre la puerta escondida detrás de la columna y la deslumbra la luz artificial del gran salón. Sin embargo, sabe que cuando vea el cielo de verdad, cuando respire el aire que se mueve sobre las montañas, el mundo va a reacomodarse, será otro. Será un mundo adonde ella va a saber qué hacer.

Adentro, Matías escucha de nuevo el crujido de los goznes y lo ilumina la esperanza: Marita ha regresado. Pero es el viejo botones quien se recorta contra la luz del mundo. Matías lo ve levantar el brazo señalando hacia arriba. Hay que pagar las deudas abismales, dice el viejo sonriendo. Matías se levanta y empieza la subida, escalón por escalón, cada escalón da más angustia que el otro. Lo esperan la sala de los préstamos inútiles donde se hipoteca la nada, la pequeña ventana triangular que corona la cúpula.

VI

El ruido del motor que arranca tapa el del golpe seco del cuerpo contra la grava. La sangre se expande, roja entre la grava roja, alrededor del cadáver. La mancha que deja es enorme, pero solo se percibe si se aguza la mirada.

AGRADECIMIENTOS

Siempre me hizo reír y me admiró que la extraordinaria *Kalpa Imperial*, de Angélica Gorodischer, comience agradeciendo a Tolkien, a Calvino, a Andersen, «sus palabras de aliento». Por mi parte, podría nombrar varias obras que me alentaron a imaginar las ficciones de *Checkpoint*, pero dejo ese punto abierto a lectores y lectoras. Quiero sí agradecer a personas concretas, cercanas, amigas, sin las cuales este libro existiría, pero no sería como es.

Un cuento se alimenta de experiencia social pero se gesta en soledad. Luego se lee, relee, se pule, corrige, en largos procesos que podrían no terminar nunca, si no fuera porque hay que publicar. Esos procesos para mí son siempre de diálogo con buenos, buenas lectoras, y colegas.

Así, cada uno de estos relatos tuvo lecturas que a veces objetaron, sugirieron, o subrayaron cosas que incentivaron la consciencia de cada procedimiento (una de las claves de este oficio). Todo fue muy útil: cuando tomé la sugerencia, por ese preciso motivo; cuando no la tomé, porque me obligó a justificar mi decisión y muchas veces modifiqué otros aspectos del cuento gracias a esa sugerencia. Por todo esto agradezco los aportes de Alejandro Horowicz, Cati Galdeano, Juan Diego Incardona, Patricia Suárez, Andrés Neuman, Pía Bouzas (a quien debo el título), Ariadna Castellarnau, Facundo Piperno, Edgardo Scott, Isabel Vassallo, Guillermo Virués, Fernando Troncoso, Guillermo Martínez, Martín Kohan, Mariana Enriquez, Bruno Petroni, y los muy recientes comentarios de Clara Obligado.

Hubo dos momentos particularmente dichosos. Uno tiene que ver con «Anteúltima cita»: los integrantes del taller literario que coordino hace años lo discutieron y de sus comentarios tomé detalles que modificaron la versión final. El otro refiere a la totalidad del libro: mi editor, Juan Casamayor, leyó con detenimiento cada línea y fue clave para mi última corrección. Su generosa mirada de conjunto se detuvo tanto en detalles como en tendencias estructurales y ayudó a que este libro diera lo mejor de sí.

El trabajo artístico no se ejecuta conectándose con un don que baja del cielo. Como cualquier trabajo, es social y se nutre de un entorno, no solo de nuestros fantasmas; se carga de posibilidades y fuerza en un momento histórico, depende de lo que su tiempo y/o los tiempos a los que se ofrece puedan encontrarle. No sé qué ocurrirá con *Checkpoint* pero quienes, de un modo u otro, lo ayudaron a ser, merecen mi gratitud.